

LA ESPAÑA MODERNA



*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*



AÑO 21.

NUM. 246.

LA  
ESPAÑA MODERNA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
DEL  
AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

**Director: JOSÉ LÁZARO**

—  
JUNIO 1909  
—

MADRID

EST. TIPOGRÁFICO DE VALENTÍN TORDESILLAS  
Calle del Tutor, 16.—Teléfono 2.042.







## LITERATURA FRAUDULENTA

---

# LA ILEGITIMIDAD DEL BUSCAPIÉ

---

Pellicer fué el primero que se alzó contra la quimérica tradición del *Buscapié*, casi dos años antes que D. Vicente de los Ríos publicase su *Vida de Cervantes* y su *Análisis del Quijote con Las pruebas de la vida de Cervantes*, que, como se sabe, acompañaron á la valiosísima edición del *Ingenioso Hidalgo* hecha por la Academia Española en 1780. De esta impugnación de Pellicer hablan varios autorizados cervantistas y excelentes críticos literarios, entre los que se hallan: D. Martín Fernández de Navarrete, D. Diego Clemencín, D. Julián Apraiz, el ilustre Ticknor, y sus traductores y anotadores Pascual Gayangos y Enrique Vedia, y, por último, D. Cayetano Alberto de la Barrera y D. Bartolomé José Gallardo, algunos de los cuales impugnaron á su vez las afirmaciones de Ríos, secundando á Pellicer; y hasta los hay, entre los citados, que intervinieron en las discusiones suscitadas por la publicación del *Buscapié* de 1848, tan apócrifo como el primero, y del que nada diré ahora, porque él sólo ha de constituir la materia de otro capítulo de este trabajo.

Pudiera objetárseme que, siendo amigos ambos académicos (aludo á Pellicer y á Ríos), el primero debió comunicar al se-



gundo las dudas que le había sugerido acerca del *Buscapié* la lectura de sus trabajos en la Academia de la Lengua; pero á esto puedo responder: que la amistad de los dos escritores era íntima y cordial en apariencia, pero fría é hipócrita en realidad; no era esa estrechez de relaciones franca y casi fraternal que sostuvieron Espronceda, Miguel de los Santos Alvarez, Ferrer del Río y Enrique Gil, y para demostrarlo tomo las pruebas de un artículo de Vidart. Cuenta este autor que, con fecha de 15 de Agosto de 1778, escribía D. Vicente de los Ríos á su amigo D. Manuel de Lardizábal lo siguiente: «Tuve muy luego la obra de Pellicer (el *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles*, ya publicada), que me regaló su autor así que salió... La vida (se refiere á la de Cervantes, que él preparaba por encargo de la Academia) que yo presenté hace cuatro años á la Academia (en Marzo del 73), contiene lo mismo y más; de lo que se infiere que á mí nada me ha servido esta obra para la composición de aquélla»; y siete días antes, ó sea el 8 de Agosto, escribía el mismo á Pellicer lo siguiente: «Celebro el retardo de la publicación de mi *Vida de Cervantes*, porque así podré añadir á lo escrito dos ó tres noticias muy útiles que ignoraría sin la... ilustración de usted, á quien doy muchas y cordiales gracias por ello.» He ahí probada hasta la evidencia la poco leal amistad que mediaba entre ellos; y esto es, hasta cierto punto, disculpable, porque se trata de dos autores que escribían sobre el mismo asunto, con conocimiento mutuo y sabiéndolo recíprocamente; por eso no tiene nada de extraño que los distanciara un justificado egoísmo, una rivalidad hija de la aspiración que cada uno abrigaba de superar la obra del otro antagonista. Con estas premisas, fácil es ya sentar la conclusión de que Pellicer guardó con su rival la más impenetrable reserva acerca de la cuestión, no manifestando sus dudas hasta que no publicó su libro.

Noticioso D. Vicente de los Ríos de las objeciones que se le hacían, pudo contestar á ellas en su obra que todavía no estaba publicada; tal circunstancia fué lo que me impulsó á



decir antes, que la carta de Ruidíaz la conservaba para el caso de verse precisado á acreditar y justificar su aserto. Este caso, como él mismo vaticinó, fué llegado, y esperó que saliese á luz su escrito para expresarse en los siguientes términos: «Se ha dudado en estos últimos tiempos de la existencia del *Buscapié* (alusión á Pellicer); pero á más de la opinión de que le compuso Cervantes, fundada en la tradición que ha llegado hasta nuestros días (aún considera obstinadamente como dogma la burda invención de Ruidíaz), tenemos también un documento que no nos deja la menor duda. Tal es la carta en que D. Antonio Ruidíaz asegura haberlo visto y leído, y da las señas individuales de esta obrita, que, por el extracto que hizo de ella, manifiesta ser una de las invenciones propias del ingenio del autor del *Quijote*.» Continúa luego diciendo que el autor de la carta es un sujeto de reconocida sinceridad: y antes de insertar la epístola prosigue en su empeño, y dice: «Que como se ha hecho tan rara esta obra, ha dado lugar á creer que no ha existido.» Seguidamente intercala, desde el encabezamiento hasta la firma, la tantas veces nombrada carta de D. Antonio Ruidíaz. El *exordio* de la carta es un torpe tejido de lisonjas y adulaciones, que no merecen ni el tiempo empleado en leerlas; cuando agota el caudal de sus ditirambos, dice sagazmente: «El *Buscapié* que vi en casa del difunto conde de Sacedo, habré como unos diez y seis años (hacia el de 1759), y leí en el corto espacio de tiempo que me lo confió aquel erudito caballero, porque se lo prestó para el mismo fin con igual precisión (ignoro quién), era un tomito anónimo, en 12.º, impreso en esta corte, con sólo aquel título (no tengo presente el año ni en qué oficina); su grueso como de unos seis pliegos de impresión, buena letra y mal papel.» Después afirma que aparentaba estar escrito por alguien que no había parado mientes en el *Quijote*, y que, por tanto, no lo había ni comprado ni leído; pero habiéndolo al fin adquirido, tuvo ocasión de leerlo y de admirar su gracia y donosura, quedando prendado de las bellezas y encantos de la obra, que eran muchos y de alto mérito.



to; el fingido lector, apesadumbrado de que la ignorancia ó la maledicencia impidiesen que el regocijado libro fuese por todos conocido y admirado, determinó ponderarlo y ensalzarlo en su justo valor y precio y hacer universal su lectura; á lo antedicho se agregaba que los personajes principales de la obra, aunque ficticios y novelescos en apariencia, no eran del todo imaginarios, y que los protagonistas y los sucesos en ella relatados eran una ingeniosa y velada parodia de personas y acontecimientos recientes, y hasta se diseñaba la idea de que esas alusiones estaban dirigidas á censurar ciertas empresas realizadas por el emperador Carlos V y por alguno de sus cortesanos; se aseguraba, como muy posible, que entre los satirizados figuraba D. Francisco de Sandoval y Rojas, marqués de Denia y duque de Lerma, que fué valido ó privado del rey D. Felipe III. La carta añade más tarde, que el citado ejemplar del *Buscapié* debió devolverlo el conde de Sacedo á su dueño, que se lo prestó con urgencia; pero como murió el conde, no pudo volver á consultarlo, y á pesar de cuantas pesquisas y esfuerzos hizo para volver á hallarlo, no lo consiguió; pues hasta la persona que lo prestó al de Sacedo, no la conocía Ruidíaz, á despecho de cuanto trabajó por conseguirlo. Pero no concluye aquí la carta, como tampoco terminan sus traviesas manifestaciones; para dar más carácter de verdad á la extravagante desaparición del libro, que parece fué arrebatado al cielo, prosigue Ruidíaz en su epístola diciendo que lo mismo le ocurrió con otro libro escrito por un irlandés; cuenta que éste, llamado Jorge Henin, á instancias del marqués de Bedmar, embajador de España en Venecia, publicó una obra, en la que se relataba que se había mandado formar una junta para oírle; pero que el duque de Lerma, temiendo ver comprometida su aviesa política y sus perversos planes, impidió que viese al rey, con varios pretextos, todos ellos pueriles, que fueron precisamente los que sugirieron la idea del libro; éste se hizo imprimir con mucho recato, como hace notar Ruidíaz con mucha astucia. Sigue la carta asegurando que la obra del



irlandés la tuvo en su poder hasta 1761, en que la entregó á otro dueño. Fácilmente se comprende que toda esta urdimbre se concibió para hacer verosímil lo que ocurrió con el *Buscapié*; por esto exclamaba, en el colmo del convencimiento: «Lo mismo discurro yo, le sucedería á nuestro Cervantes con su *Buscapié*, y más cuando no podía ignorar que aquel propio ministro (el duque de Lerma) no era amigo suyo.» Finalmente, una tal epístola era forzoso que tuviera su *post-scriptum*, pero no coligió su autor que este epílogo pudiera comprometerle. Dice así: «Escrita ésta, hube de suspender su remisión, en la noticia que me dieron de que un sujeto tenía el *Buscapié* de Cervantes M. S.; y aunque esta circunstancia inducía la sospecha de que fuese invención ajena, solicité ver este papel para formar juicio de su legitimidad; pero en vano, porque han sido inútiles mis diligencias, pues hasta ahora no ha parecido, sin embargo de las ofertas que me hicieron.» Termina con la fecha en la Corte á 16 de Diciembre de 1775.

Que D. Antonio Ruidíaz escribió esta carta entre las dos lecturas hechas en la Academia por D. Vicente de los Ríos, es una verdad irrefragable; que la escribió en ocasión de estar el último de estos autores ocupado en transformar el *Elogio histórico* de 1773 en la *Vida de Cervantes* de 1776, es también un hecho irrefragable; que la hubo de escribir á instancias de su amigo, por haber hallado éste de poca solidez la narración tradicional que se le hiciera antes del 73, es axiomático; y, por último, que la carta en cuestión la conservaba Ríos con intención de no publicarla hasta verse precisado á ello, es incontrovertible, y lo demuestra él mismo, pues ya conocemos su frase inserta en *Las pruebas de la vida de Cervantes*; se ha dudado en estos últimos tiempos (ya dije que aludía á la obra de Pellicer, publicada en 1778) de la existencia del *Buscapié*, y en seguida, en contra de esta aserción, aduce él dos testimonios: el de la *tradición*, en primer lugar, y en segundo, *un documento que no nos deja la menor duda* (es decir, la carta de Ruidíaz),



ó sea que, si la fábula forjada en 1772 y empleada en la epístola del 75, no se hubiese combatido por Pellicer tres años más tarde, ó sea en 1778, D. Vicente de los Ríos no hubiera dado á la prensa la carta de Ruidíaz, al editar la Academia el *Quijote* dos años después.

Sería prolijidad notoria demostrar que con anterioridad á las *manifestaciones novelescas* del eminente Ríos, nadie habló del *Buscapié*. ¿Qué mejor testimonio pudiera aportar en pro de esta verdad que el del mismo infatigable Pellicer? Me parece, en extremo, concluyente el hecho de que resultasen inútiles sus investigaciones, que, como suyas, debieron ser sabias, numerosas y concienzudas; pero, por si no fuera bastante, ahí está el de Ticknor, el cual, hablando en su *Historia literaria* de la tan discutida tradición, dice que la encontró por vez primera en la *Vida de Cervantes*, que salió á luz en 1780. Claro es, que el sabio crítico no tuvo ocasión de conocerla antes, como la tuvo Pellicer, por haber asistido á las sesiones de la Academia en que Ríos dió cuenta de ella, y por lo mismo la pudo rebatir dos años antes de que Ticknor la conociera.

Examinemos ahora la carta de Ruidíaz. Como está escrita en respuesta á otra en que se le pedía que fuese más explícito y diese más amplios detalles acerca de la novela que verbalmente debió contar á Ríos (ó acaso en otra carta), hemos de tropezar en ella con sutiles evasiones y con estudiados rodeos, que no convencieron á la posteridad, aun cuando convencieran momentáneamente á los contemporáneos y, sobre todo, al recipiendario de la carta. Las frases encomiásticas con que la comienza son de muy mal agüero, y dan á entender al más lego, que con ellas quiso preparar favorablemente el ánimo de Ríos, para que no le suscitase sospechas cuanto á continuación le comunicaba. Puede, por esta causa, ponerse á Ruidíaz en parangón con el farmacéutico que endulza el exterior del medicamento para que éste no sea repulsivo al enfermo, y enmascara con sugestiva y delicada apariencia las sustancias más



amargas y las drogas más repugnantes. Sigamos analizando la tan famosa epístola. Dice su autor en ella, que el *Buscapié* lo vió en casa del difunto conde de Sacedo: R. I. P., dirá á su vez el lector; pero juro que no dejará de hacer la siguiente reflexión: ¿Cómo no había de reposar en la *silenciosa y muda* mansión de los muertos, el que con una sola palabra podía desmentir á Ruidíaz y derrumbar desde sus cimientos el edificio por él levantado? En verdad que aquí no anduvo muy ingenioso; en su invento de la tradición hay algunos puntos vulnerables (los atacados por Pellicer), pero la carta toda es una pura delación de las falsedades que con tanto trabajo urdiera; y si aquí cesara la futilidad de sus razones, se podría ser transigente; pero la carta prosigue, y con ella lo deleznable de sus argumentos. Asegura luego, que leyó el *Buscapié* *habrá unos diez y seis años, y en corto espacio de tiempo*. Ruidíaz dejó también malparado al tiempo; porque, ¿hay cosa que más debilita la memoria que el curso, jamás interrumpido, de las horas? ¿Qué no hace olvidar el tiempo? Estaba, pues, en terreno firmísimo, al decir que leyó el opúsculo hacia 1759, porque si se le objetaba que hacía recordación de pocos datos y pormenores de aquella lectura, podía él á su vez argüir, que en el decurso de los años, y absorto en otros trabajos, los había olvidado; y por si tal respuesta era tachada de frívola por los descontentadizos, la reforzaría aseverando que, como lo leyó en poco tiempo y apremiado por el de Sacedo, le fué imposible penetrarse de su contenido y recordarlo en sus mismos detalles, como pudiera en buena lógica exigírsele. El enredo está magistralmente trazado; no parece sino que renació en Ruidíaz el espíritu de Pellicer de Osaw, aun cuando en la creación del primero hay más amenidad y más tacto y es más acabada que la del segundo; la labor de aquél sólo se hizo sospechosa por el exceso de precauciones y de habilidades que desplegó para que fuera inatacable, y esto, que parece una paradoja, es un hecho ciertísimo, pues aquellos puntos donde más se esmeró para escudar sus engaños y eludir su persona, son precisamente



los más flacos de toda la fábula. Más pruebas. Aún hubiera sido posible, después de muerto el conde de Sacedo, hacer un escrupuloso registro en su biblioteca, ya la conservasen sus herederos, ya hubiese pasado á manos extrañas, y para evitar esto, afirmó Ruidíaz, con su natural perspicacia, que el libro no era del conde, sino que le fué prestado y *con premura*, para que de ninguna manera pudiese estar en su biblioteca, garantizando de este modo que el opúsculo fué llevado á su dueño, y en manera alguna lo conservó el de Sacedo; pero aún se hubiera podido inquirir el nombre y paradero del *prestador*, y para ponerse á salvo de esta última asechanza que se le pudiera tender, se excusaba bonitamente al decir que se lo prestó al conde con la misma premura que éste se lo prestó á él, *ignoro quién*. He ahí completa é invulnerable la novela concebida por Ruidíaz; que el último epíteto no lo merece, es lo que trato de probar.

Es muy violento suponer que ninguno de los que vieron y leyeron el *Buscapié* conociese el mérito de Cervantes, pues no otra cosa demuestra el no haberse inmediatamente dado á conocer el famosísimo librito. Si éste hubiera existido realmente, el de Sacedo, el ignorado prestador, y hasta el mismo Ruidíaz, lo hubiesen reimpresso ó mandado publicar de nuevo sin pérdida de momento, y al poco tiempo se habría conocido en todos los ámbitos del mundo. Pues qué, ¿es acaso baladí encontrar una obra del príncipe de los escritores casi dos siglos después de haber fallecido? ¿Quién de los que lo vieron ignoraba que si se daba á la estampa sería recibido con universal aplauso y unánime asentimiento? ¿Qué editor no se hubiera apresurado á publicarlo? Juzgo á ésta como una de las más poderosas razones que hacen insostenible lo fantaseado por Ruidíaz, no obstante lo atinado y discretísimo que estuvo al crear su infeliz tradición.

Sigue la epístola: «Era el *Buscapié* un tomito anónimo, »en 12.º, impreso en esta corte con sólo aquel título.» «No tengo presente el año ni en qué oficina.» A pesar de sus acertadas



reservas, se aventuró mucho Ruidíaz al aparentar que ignoraba la fecha de publicación del *Buscapié*, encerrándose en el más impenetrable mutismo. ¿Pero era tan flaco de memoria, que olvidó que en su famosa tradición se encontraban los datos suficientes para precisar la época en que se imprimió? Se recordará que en ella se decía: el *Quijote*, después de editado, apenas era leído, y Cervantes, para excitar al público á su lectura, escribió é imprimió el *Buscapié*; pero algún espíritu malféfico debió perseguir las concepciones de Ruidíaz. A la sazón se ignoraba que en el año de 1505 se hicieron cuatro ediciones del *Quijote*; por eso dice Ticknor «que este era un hecho generalmente ignorado, cuando la Academia publicó su edición en 1780.» Entre los que no lo conocían se hallaba el autor de la carta y tradición; por esta sola causa, tan mezquina en apariencia, aseguró (desconociendo la verdad) que el *Quijote* fué al principio muy mal recibido. Error crasísimo, que está hoy completamente desmentido por la fuerza de los hechos, pero que entonces no fué tenido por tal, á causa de haber, en lo concerniente á este detalle, absoluta carencia de noticias. Si fué la incomparable novela poco estimada del público, ¿por qué se hicieron de ella cuatro ediciones en menos de un año? ¿No prueba hasta la saciedad esta sola circunstancia, que el *Quijote* se hizo popularísimo con extraordinaria brevedad? Ahora bien; como se dijo que el *Buscapié* se dió á la imprenta, con la mira de propagar el *Quijote*, se debió imprimir antes que tal obra fuese de todos conocida, pues si se imprimió después, su misión no sería lo que la tradición y la carta de Ruidíaz testifican; por otra parte, ha de admitirse forzosamente que el *Buscapié* salió á luz después de la primera edición del *Quijote* (que era la que Cervantes se propondría divulgar en su opúsculo) y antes que las otras tres ediciones hechas en el mismo año (que fueron el fruto recolectado por el *Buscapié*); luego nada es más lógico, ni más racional, que admitir como cierto que el imaginario librejo se imprimió después del mes de Mayo de 1605, en que apareció la primera edición del *Quijote*; además de esto,



no creo pecar de pródigo al señalar un lapso de tiempo de dos meses (en el que debió publicarse el malhadado *Buscapié*). Pues aun haciendo esta concesión á Ruidíaz, sólo quedaban cinco meses del año para hacer públicas las otras tres ediciones del *Quijote*. Y hasta admitiendo por un momento todos estos absurdos, conviene á saber: que Cervantes escribió el *Buscapié*; que el *Quijote* no era leído en un principio; que el *Buscapié* provocó la publicación de las tres ediciones últimas de 1605, etc.; aun transigiendo con tan estupendos dislates, repito, surgen nuevas y más vigorosas dudas. El *Buscapié* debió imprimirse en *Junio ó Julio de 1605* «en esta Corte». ¿Cómo iba á imprimir Cervantes en Madrid una obra, estando en Valladolid? ¿Quién iba á dirigir la publicación? La rapidez de comunicaciones de aquella época no está ciertamente de parte de Ruidíaz. ¿No diríamos que era un demente ó un insensato el que afirmase que en aquel tiempo era posible presidir la edición de una obra en la Groenlandia desde el cabo de Hornos? Cervantes no pudo imprimir entonces el *Buscapié*, y de no hacerlo en aquellos momentos, no se puede atribuir á este libro la popularidad del *Quijote*. ¿No se desprende de lo expuesto, como deducción racional, que el inmortal Cervantes no pudo *imprimir ni escribir con tal objeto* el trabajo que con tanta tenacidad se le prohija?

Nada diré, porque huelga cuanto se diga, acerca de las sucesivas afirmaciones que se encuentran en la carta; no recuerda la oficina en que se editó el *Buscapié* por no comprometerse; y precisamente porque en nada le comprometían, enunció las minuciosidades de que constaba de seis pliegos de impresión, y que la letra era buena y malo el papel. ¡Peor era el papel que él desempeñó engañando al benemérito D. Vicente de los Ríos!

Maravilla en extremo que D. Antonio Ruidíaz no reparase en ciertas incongruencias, tales como ésta: entre la publicación del *Quijote* y la ficticia edición del *Buscapié* debieron transcurrir dos meses (y es demasiado grande el intervalo de



tiempo admitido). ¿Y en dos meses juzgó Cervantes que su obra no era leída? ¿Y á principios del siglo xvii, cuando en trasladar un libro de un extremo á otro de la Península se hubiera empleado más tiempo? En la actualidad, acaso podrá decir un autor al cabo de sesenta días si un libro suyo ha tenido aceptación ó no; pero en la época de Cervantes, es una insensatez admitirlo. Además, no tomamos en cuenta el tiempo empleado en escribirlo y publicarlo, y mucho menos el que tardó en extenderse y despertar la afición al *Quijote*. Es casi deshonoroso para el Príncipe de nuestros ingenios el achacarle semejantes absurdos y atribuirle impaciencias que nunca tuvo.

Prosigamos desentrañando las falsedades que encierra la carta. En la de Ruidíaz se encuentran ciertos detalles aclaratorios de un texto aseverado por la tradición; estos detalles son los denunciadores del mencionado escritor, y son los que delatan y patentizan que el inventor de la tradición y el autor de la carta son el mismo sujeto. Lo que en mi humilde juicio pudo ocurrir fué lo siguiente: D. Vicente de los Ríos, en la epístola que escribió á Ruidíaz, debió, entre otras súplicas, hacerle la de que indicase, si recordaba quiénes eran las personas satirizadas por Cervantes en el *Buscapié*. A un ruego de esa entidad no pudo sustraerse, porque precisamente esa sátira constituía la substancialidad del contenido del folleto, y de un detalle de tal magnitud debía conservar, no vagas reminiscencias, sino verdaderos recuerdos, que eran los que debían ser evocados en la carta, según la petición de Ríos. Grave debió ser el aprieto de Ruidíaz, pero salió de él con temerario denuedo, señalando como blanco de las satíricas insinuaciones de Cervantes al gran Carlos V y al duque de Lerma. Prescindiendo del anacronismo que envuelve una ficción de tal naturaleza, es absurdo suponer que el insigne soldado de Lepanto censurara á quien con tanto amor ensalzó siempre. En el prólogo de las novelas ejemplares dice que militó «debajo de las »vencedoras banderas del hijo del *rayo de la guerra, Carlos V, »de felice memoria»; y en cuanto al duque de Lerma, no tenía*



para qué criticarlo, aparte de que era deudor de algunos favores á un miembro de su familia, y este solo hecho hubiera decidido á Cervantes á alejar del duque sus censuras. Oigamos cómo combate estas suposiciones el donoso escritor gaditano Castro y Rossi: «Cervantes, con pequeñas excepciones, nunca »señaló en sus escritos satíricos persona alguna. Él mismo »dice, en su *Viaje al Parnaso*:

«Nunca voló la humilde pluma mía  
por la región satírica, bajeza  
que á infames premios y desgracias guía.»

»No era Cervantes, como el conde de Villamediana, autor de »tantos versos burlescos contra el duque de Lerma, Fray Luis »de Aliaga y el conde duque de Olivares, y hombre, en fin, »que ni aun respetaba la desgracia; pues el día mismo que cayó »de la privanza el de Lerma, y se vistió éste la púrpura cardenalicia (pase el error de Castro; pero en el mismo día no ocurrieron ambas cosas), puso un pasquín por las calles de la Corte, en el cual se leían estos versos:

«Para no morir ahorcado  
el mayor ladrón de España,  
se vistió de colorado.»

También establece Rossi un paralelo entre Cervantes y Quevedo, diciendo que el primero nunca fué como el autor del *Gran Tacaño*, que tuvo la osadía de enviar al rey Felipe IV una glosa del Padrenuestro, que inserta seguidamente, y que yo no copio por no ser prolijo y por parecerme más ingeniosas las sátiras de Quevedo contra Montalván. Es fama que visitando una Pinacoteca, varios amigos, entre los cuales se hallaba Montalván, se detuvieron ante un cuadro que representaba á San Jerónimo azotado por los ángeles, y pretendiendo aquél dar explicación del asunto interpretado por el pintor, improvisó los versos siguientes:



«Los ángeles á porfia  
al santo azotes le dan  
porque á Cicerón leía.»



Quevedo convirtió el terceto en quintilla, de la siguiente manera:

«¡Ira de Dios! ¿Qué sería  
si leyese á Montalván?»

En la memoria de todos está aquella otra mordacísima sátira dirigida contra Góngora:

«He de untarte mis versos con tocino  
porque no me los roas, gongorino.»

Y no cito, por estar ya considerada como trivial de puro conocida, aquella otrá en que ridiculizaba al Dr. D. Juan Pérez de Montalván, y que comienza:

«El doctor tú te lo pones.»

También es del dominio del vulgo la que envió al Conde-Duque de Olivares, en la que se halla aquel famosísimo retruécano, que dice:

«¿No ha de haber un espíritu valiente?  
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?  
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?»

Fuera impropio citar más; pero antes de terminar, diré con D. Adolfo de Castro: «Si Cervantes jamás escribió contra determinadas personas, ¿cómo había de dirigir su *Don Quijote* contra la memoria de Carlos V, á quien él tanto elogió en casi todos sus escritos, y contra el duque de Lerma, que entonces tenía toda la privanza de Felipe III?»

No atañe directamente al asunto, y sería una vituperable digresión hablar ahora del aserto defendido por una sapientísima escritora contemporánea, con el que da por válido que Avellaneda se propuso criticar en el *Quijote* á Lope de Vega y



á Fray Gabriel Téllez (Tirso de Molina). Cervantes, en cambio, no hubiera cometido tal audacia. Discutamos ahora los últimos párrafos de la carta. Ruidíaz, con gran sutileza, reconoce que la desaparición del *Buscapié* es inadmisibile, y para hacerlo verosímil de algún modo, dice que lo mismo que con éste le acaeció á él con otro libro debido á la pluma de un irlandés, llamado Henin. El paradero de esta obra lo ignora; ¿no lo había de ignorar, si probablemente el irlandés y su libro son tan fantásticos como el *Buscapié* y su tradición? No tengo las pruebas que se requieren para dudar de la autenticidad de ese otro nuevo libro y de ese otro autor, traídos ambos á colación por Ruidíaz para robustecer sus débiles argumentos; pero existe un adagio español, que cuadra perfectamente á la índole del caso y hace innecesaria toda clase de comentarios; si proseguimos dando oídos á la célebre epístola, veremos á su autor prorumpir de esta manera: «Este libro (el del irlandés) se hizo «imprimir con el debido recato», queriéndolo cotejar hasta en este fútil detalle con el *Buscapié*, pues, según parece desprenderse de lo antedicho, este último también se imprimió con cautela, por no decir clandestinamente. En este pormenor no veo otro propósito que el de probar, *hasta cierto punto*, que el *Buscapié* se hizo sumamente raro, y que, por lo mismo, no se ha encontrado ninguno, y sólo por casualidad topó con un ejemplar el afortunado Ruidíaz en la biblioteca del conde de Sacedo por la liberalidad de un amigo, que debió romper para con ellos *el sigilo con que esa obra se transmitía de padres á hijos*. Aun admitiendo como verdadero este exabrupto, es muy probable que, dada la fragilidad de la condición humana, no hubiera transcurrido un mes desde su publicación, y ya se hubieran descubierto, no uno, sino mil ejemplares del *Buscapié*. ¿No es asombroso que en el decurso de tres siglos no se haya tropezado por nadie y en ninguna ocasión con un escrito al que tanta importancia se dió? Pero abandonemos esto, pues ya está sonando en mis oídos con intenso clamor la postdata de la carta de Ruidíaz, tan curiosa ella sola como el resto de la epístola.



De muy poco peso le parecerían á su autor las razones alegadas en el texto de ella, cuando agregó ese pobrísimo aditamento, que él creyó digna apoteosis de la misma, cuando acaso sea la parte de ella que más seriamente lo denuncia. Recordaremos que dice que, una vez escrita la carta, suspendió su envío porque era sabedor de la existencia de un M. S. del *Buscapié*, que poseía una persona, para él desconocida, y á quien no pudo encontrar á pesar de haberlo intentado, poniendo en ese encuentro todo su interés, que no debió ser mucho cuando no lo consiguió. Desde luego se hace ostensible la ruindad de este *post-scriptum*; de él se deduce que la noticia que no le comunicaron en varios años, se le transmitió en el tiempo que tardó en enviar la carta, que, en sano pensar, debió ser breve, á menos que Ruidíaz acostumbrase á retener en su poder las epístolas que escribía algunos meses, antes de mandarlas á su destino. Aún hay más: si dijo que lo que poseía ese desconocido personaje era otro ejemplar del *Buscapié*, hubiera la carta hecho mención de tres libros, á saber: el que vió Ruidíaz, el que escribió el irlandés y el que le notificaron *y no pudo ver*. Esto hubiera sido una monotonía en abierta antítesis con el carácter y temperamento de Ruidíaz, y por tal razón convirtió el último de los citados escritos en M. S., dando con ello mayor amenidad á la picaresca fábula.

El original inventor de tan donosas andróminas no se valió de circunloquios, sino que afirmó, con desenvuelto cinismo, que mientras todos se afanaban infructuosamente en buscar un solo ejemplar del curiosísimo libejo, Ruidíaz, como si hubiese sido guiado por un coro de hadas, encontró un *Buscapié* y tuvo conocimiento de otro; es decir, que él solo consiguió dos veces lo que la humanidad entera no pudo conseguir una. ¡Oh, fuerza del genio, patrimonio exclusivo del sabio, que inspiraste á Ruidíaz tales sutilezas, haz que tu incontrastable pujanza no vuelva á germinar en cerebro humano, ya que la tiranía del destino te obligó á brotar de nuevo en la mente de Adolfo de Castro! ¡Tala ó agosta tus raíces para que la posteridad no vea



retoñar un tercer Ruidíaz con un tercer *Buscapié!* Dos y no más, porque al tercero quizás resucitara Cervantes para anatematizar tales calumnias.

Si él hubiera escrito un libro de ese género, habría hablado de él, no una sólo, sino varias veces; júzguese por las que anunció la segunda parte de la *Galatea*, *El Bernardo*, *Las semanas del jardín* y el *Engaño á los ojos*, y á pesar de tan reiteradas promesas, no las dió al público, ó acaso no las escribió. Si esto hizo con obras que sólo vivían en su imaginación, ¿qué no habría dicho y hablado del *Buscapié* si él fuese realmente su autor? Además, Cervantes, que tanto se apesadumbró de que algunas de sus obras corriesen sin su nombre, ¿cómo iba á escribir un libro anónimo? Oigamos lo que dice en el prólogo de sus novelas ejemplares: «Este digo que es el rostro del autor de la *Galatea* y del *Don Quijote de la Mancha* y del que hizo el *Viaje al Parnaso...* y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su autor.»

Estimo oportuno insertar aquí algunos juicios de los que ha merecido á la posteridad, la famosa tradición, las sensatas impugnaciones de Pellicer y la celeberrima epístola de Ruidíaz. Hablando del *Buscapié* D. Martín Fernández de Navarrete, en su *Vida de Cervantes*, publicada en 1817 por la Academia Española, se expresa así: «Supónese que el público recibió el *Quijote* con la mayor indiferencia, siendo hasta su título objeto de la burla y desprecio de los semidoctos, y que Cervantes, conociendo que su obra era leída de los que no la entendían, y que no se dedicaban á su lectura los que podían entenderla, procuró excitar la atención de todos publicando el *Buscapié*, obra anónima, pero ingeniosa y discreta, en la cual, haciendo una aparente crítica del *Quijote*, se indicaba que era una sátira, llena de instrucción y de gracia, con el objeto de desterrar la perniciosa lección de los libros de caballería, y que los interlocutores, aunque de mera invención, no eran con todo tan imaginarios que no tuvieran cierta relación con el carácter y algunas acciones caballerescas de



»Carlos V y de los paladines que procuraron imitarlo, como  
»también de otras personas que tenían á su cargo el gobierno  
»político y económico de la monarquía.»

Como se ve, confunde lastimosamente Navarrete lo aseverado por la tradición y las explicaciones de la famosa carta. Sabemos que en aquélla no se decía quiénes eran los personajes satirizados en el *Buscapié*, pues Ticknor dice acerca de ella: «Que era una sátira encubierta de personajes elevados y conocidos, aunque *sin dar la más mínima señal de quiénes pudieran ser éstos.*» En bastantes ocasiones demostró Navarrete ser algo precipitado en sus juicios y apreciaciones, y esta es una de ellas. Tampoco indica la fuente donde tomó esas noticias, aunque se ve bien claro que fué de la obra de D. Vicente de los Ríos.

No me explico tampoco por qué razón asegura que la sátira del *Buscapié* tenía el objeto de desterrar la lectura de los libros de caballerías; quizá tomara este dato de Pellicer mismo, que, al combatir la tradición, entre los cargos que le hacía, se cuenta el siguiente, expresado de esta ó de parecida manera: El objeto del *Buscapié* no pudo ser el de atacar las lecturas caballerescas, porque este fin era el que se proponía el *Quijote*. Y ciertamente no he encontrado en los escritos de Ríos una afirmación, que sería absurda hasta lo inconcebible; infiero que ha habido aquí un yerro por parte de Pellicer, en el que incurrió también Navarrete al confiar en los juicios de aquél.

Después se expresa Fernández de Navarrete de este modo: «Pero sea lo que fuere de estas conjeturas, conservadas solamente por una tradición *poco general y conocida hasta nuestros tiempos* é impugnada últimamente por el Sr. Pellicer (hace referencia á *La vida de Cervantes* que en 1800 publicó don Juan Antonio Pellicer), con varios hechos y reflexiones propias (entre ellas lo anteriormente comentado); lo que no tiene duda es que el mismo Cervantes, convencido de la justicia y severidad con que habían declamado contra la lectura de los



»disparatados libros de caballería los sabios y eruditos espa-  
 »ñoles Luis Vives, Melchor Cano, Alejo Venegas, Pedro Me-  
 »xía, Alonso de Ulloa, Luis de Granada, Benito Arias Monta-  
 »no, Pedro Malón de Chaide, el autor del *Diálogo de las len-*  
 »*guas* (Juan de Valdés?) y otros muchos, quiso publicar en su  
 »obra *una invectiva contra aquellos libros, con la mira de des-*  
 »*hacer la autoridad y salida que todavía tenían en el mundo y*  
 »*en el vulgo*»; cuya indicación, hecha así en el prólogo, parece  
 excusaba la necesidad de dar á conocer el objeto de la obra en  
 el *Buscapié*, según opina el Sr. Pellicer (tornamos á encontrar  
 la reflexión á que antes aludió).

Sigamos leyendo, y veremos un caso de *contagiosidad del candor*, porque Navarrete, al dar crédito, sin previa discusión, á cuanto aseguró D. Vicente de los Ríos, demostró que la autoridad y competencia de éste ejercían sobre él un dominio supremo y tan desmesurado, que dice, sin ambages ni reticencias: «No podemos dudar de la existencia del *Buscapié*, pues  
 »que asegura haberlo visto y leído, y da razón de su contenido  
 »y circunstancias una persona tan conocida por su sinceridad  
 »y buena fe como D. Antonio Ruidíaz.» Asombra en extremo que Navarrete asegurase tal cosa. ¿Lo conoció él por ventura? ¿Por qué hace casi proverbial la buena fe de este personaje? Creo que es sencillamente porque de sincero lo reputaba Ríos, y como Navarrete no cita aquí de dónde tomó esas noticias, parece á primera vista que es él quien sustenta tales hechos, cuando en realidad está copiando literalmente á Ríos, y haciendo suyas sus afirmaciones.

Continuemos leyendo á Navarrete: «Debemos creer que  
 »Cervantes no intentó manifestar en el *Buscapié* el fin princi-  
 »pal de su novela, que había ya declarado en el prólogo, sino  
 »levantar el velo de algunas alusiones y parodiar á sucesos re-  
 »cientes ó personas conocidas, cuanto bastase á estimular la  
 »curiosidad de los lectores para vislumbrarlas ó percibir las y  
 »admirar su ingenio, delicadeza ó artificio, sin comprometer  
 »la suerte de su autor, á cuya persuasión nos induce el haberlo



»publicado sin su nombre y haberse esparcido corto número  
»de ejemplares, como sucedió con otros escritos coetáneos, cu-  
»yos autores, no queriendo ocultar la verdad, ni hacer traición  
»á sus propios sentimientos, se cautelaban, sin embargo, del  
»duque de Lerma para publicarlos.»

Dejo al sano criterio del lector el juicio de estas últimas líneas; pero ¿puede darse una más clara y ostensible alusión al irlandés, de que habla Ruidíaz, y á su libro? ¿No era del duque de Lerma de quien se cautelaba Jorge Henin? ¿La locución de que «se cautelaban para publicarlas», no es la misma de Ruidíaz «se hizo imprimir con el debido recato»? No es esto censurar á persona tan meritísima como Navarrete, porque su jerarquía literaria está muy por encima de las ruindades de la crítica; pero quiero probar con ello que si este escritor hacía tales declaraciones, era, no porque fueran hijas de su convencimiento, sino porque tenía en muy alta estima la buena fe de Ríos, y cuanto éste afirmó, lo aseguró él sin citarlo, y por eso aparecen como suyas, sin que en realidad lo sean, las afirmaciones que he entresacado de su magnífica biografía de Cervantes.

Para terminar, transcribiré el párrafo 107 de esta obra: «Como ignoramos si el *Buscapié* salió á luz al mismo tiempo que el *Quijote*, ó si fué muy posterior (se recordará que dice esto, por tener en cuenta el dicho de Ruidíaz: «*notengo presente el año ni en qué oficina se imprimió el Buscapié*»), no podemos graduar el influjo que tuvo para que esta obra fuese recibida desde luego con *tan general aplauso en las gentes*, como manifiesta su autor en la segunda parte, y fué consecuencia de esta aceptación el hacerse á lo menos cuatro ediciones en el mismo año de 1505, en que se publicó la primera.» (He aquí en boceto una duda sobre si fué realmente el *Buscapié* el que, excitando al público á la lectura del *Quijote*, determinó esa verdadera profusión de ediciones.) Y termina así: «Es natural que los lectores, penetrando entonces más fácilmente las discretas y satíricas alusiones, derramadas en aquella época á



» sucesos recientes y á personajes que tenían tan cercanos, ha-  
 » llasen por esta razón mayor placer y gracia que la que pode-  
 » mos percibir ahora, cuando la sucesión y trastorno del tiem-  
 » po ha envuelto en los senos de su oscuridad muchos de aque-  
 » llos lances y acontecimientos, de cuya crítica é ironía no po-  
 » demos hacer justa explicación, ni apreciar, por tanto, su ver-  
 » dadero mérito, careciendo de tan preciosos antecedentes y  
 » conocimientos.»

De las opiniones de Navarrete sobre el *Buscapié* se desta-  
 can con vigoroso relieve dos conclusiones: primera, que no  
 creyó en la tradición, sea por decisión particular, es decir, de  
*motu proprio*, sea porque, al verla combatida por Pellicer, tomó  
 en su juicio incremento la idea de que era inexacta. La segun-  
 da conclusión es que aceptó como cierta, no sin escrúpulos y  
 reparos, la novela fingida por Ruidíaz; pero añádase, en des-  
 cargo de Navarrete, que le dió fe, más por la confianza que  
 puso en D. Vicente de los Ríos, que por estar convencido de  
 la veracidad y exactitud de la misma.

Preñados de buen sentido crítico son los atinados racioci-  
 nios de Ticknor; el eximio historiador inglés de nuestra lite-  
 ratura, acerca de este asunto escribe así: «En la vida de Cer-  
 » vantes escrita por D. Vicente de los Ríos, que precede á la  
 » magnífica edición de la Academia Española hecha el año 1780,  
 » se afirma que según cierta tradición (*no mencionada á lo que*  
 » *creo hasta entonces*), al salir á luz en 1605 la primera parte de  
 » aquella novela, fué recibida del público con frialdad y dis-  
 » gusto, y que, á consecuencia de esto, el autor publicó un li-  
 » brillo anónimo, llamado el *Buscapié*, en que, haciendo una  
 » graciosa crítica de su *Quijote*, insinuaba ser éste una sátira  
 » encubierta de ciertos personajes... etc., lo cual, como era na-  
 » tural, excitó la pública curiosidad de una manera extraordi-  
 » naria y llamó la atención hacia su obra, obteniendo de este  
 » modo su autor un éxito completo.»

Nótese que en esta relación, calcada de la de Ríos, no se  
 mienta ni se alude siquiera á que el objeto del *Buscapié* fuese



atacar los libros de caballería, como decía Navarrete, imbuído á hacer esta afirmación por haber leído á Pellicer, y sería muy de extrañar que tal cosa hubiera sido inadvertida para la sagacidad de Ticknor. A continuación relata éste el contenido de la carta de Ruidíaz, haciendo resaltar la antítesis existente entre ella y la tradición, y haciendo ver, aunque sin notarlo, que ésta es en realidad una explicación de aquélla, y está claro que quien da tan minuciosas explicaciones de un hecho tan ignorado por todos, ó lo conoce muy bien (lo mismo lo podían conocer sus coetáneos), ó es su inventor. Esto es lo que en definitiva prueba Ticknor, siquiera las sospechas de éste recaigan sobre Ruidíaz. Aquí están sus palabras: «Esta narración (la de la carta), que como el lector habrá observado es muy diferente de la tradición mencionada en el texto, y á que va unida, y principalmente en lo relativo al Emperador Carlos V, fué considerada desde luego como poco fehaciente y satisfactoria.» «Pellicer, entre otras dudas muy fundadas, llego á proponer la de que Cervantés fuese autor de semejante escrito, aun dado caso de que lo hubiese habido.»

Esta misma duda de Pellicer, explanada de una manera categórica y terminante, la inserta Ticknor, como los párrafos que aquí he insertado en la nota D, de su *Historia literaria*, traducida por Gayangos y Vedia; pero además, en el texto de la obra, habla así: «El *Buscapié* (si alguna vez ha existido), dicen era la relación de algunas empresas y bizarrías de Carlos V puestas en ridículo», y en las notas todavía hay una refutación más enérgica, dictada por el convencimiento y quizás por el despecho, pues en ellas dice que dentro del año de 1605 se hicieron cuatro ediciones del *Quijote*, «prueba tan evidente de la impaciencia y curiosidad de los lectores y de la gran popularidad del libro, que no tardó el público en persuadirse que no se había escrito nunca por Cervantes ni otro alguno tal *Buscapié*».

El dictamen que sobre tal libro emitió D. Diego Clemencín es favorable á la teoría que defiende su existencia; pero he



de decir, para vindicarlo de las acusaciones que se le hiciesen, que si el ilustre comentador de Cervantes dió como cierta, en lo puramente esencial, la historia del *Buscapié*, no fué sin ponerle con antelación algunas trabas y reparos. No es menos cierto que cuanto admitió lo hizo considerando como irrecusables los testimonios de D. Vicente de los Ríos.

Véase ahora el apogeo á que llegó la falsa creencia á los pocos años de concebida, y los crédulos é inadvertidos prosélitos que arrastró á su paso la inmaculada reputación de D. Vicente de los Ríos. Bien puede á ésta comparársela (en forzado símil) con el crisol donde se purificó de su inmunda procedencia la tradición de Ruidíaz, y de donde surgió esplendorosa y radiante á los ojos del mundo, que, deslumbrado por ella, creyó ciegamente el absurdo.

Hay una opinión, intercalada por Clemencín, entre otras varias, que contrasta notablemente con ellas y está en abierta divergencia con el buen juicio, el acertado pensar y el razonable criterio de su autor, y es ésta que extracto á continuación: «La existencia del *Buscapié* en la biblioteca del conde de Sacedo, puede explicarse por el ardid de que se valiera algún farfante para aludir al conde, que en materia de libros era *ávido é insaciable*.» O de otro modo: que el fantaseado opúsculo pudo ser presentado al de Sacedo falsificado, pero para esto necesita admitir como preliminar algo que pudiera ser contrahecho; luego asiente implícitamente á la existencia del *Buscapié*, pero esto no es censurable; lo que admira ver defendido por Clemencín es que el librito estaba en la biblioteca del conde porque éste lo adquirió de alguien que lo contrahizo. Al asentar esta hipótesis no paró mientes en que Ruidíaz dijo que Sacedo no poseía el libro, sino que se lo prestaron con gran premura. ¿Qué objeto tiene, pues, el idear nuevas versiones del asunto? ¿No sería insensato el complicarlo desmesuradamente? Además, tal aserción es pobrísima de inventiva y no tiene razón de ser, porque ¿cómo iba á arriesgarse á imprimir *un solo* libro el supuesto especulador, con el único fin de sobornar al conde?



Era preciso admitir que éste lo adquirió á muy crecido precio, tan grande, que superase los gastos de impresión y pudiera reportar además alguna apetecible utilidad al engañador, y si suponemos que lo contrahizo en M. S., surgiría una nueva contradicción con las manifestaciones de Ruidíaz, quien dijo bien categóricamente que estaba *impreso* «con buena letra, aunque en mal papel». Sería impropcedente aportar nuevos argumentos contra tales suposiciones, que, vuelvo á repetir, no parecen dimanar de una persona de tan fina intención como Clemencín, que para dar mayor validez á tal especie, dice en tono reflexivo: «Más difícil era contrahacer la edición primitiva de »la Gramática de Antonio Lebrija, y se contrahizo en el siglo »pasado (xviii).» Ninguna fuerza da á su argumento, por ser éste de tan débil contextura, que nada admite en su apoyo.

Continuando la serie de apreciaciones hechas por varios autores sobre el *Buscapié*, tócale cronológicamente turno al director de la *Crónica de los cervantistas* y biógrafo recientísimo de Cervantes. Se lee en la *Vida de Cervantes* de este escritor, que precede como casi todas ellas á una edición del *Quijote* (tal ocurre con las de Mayáns, Pellicer, Ríos, Quintana y León Máynez, las siguientes líneas: «Uno de los primeros biógrafos de Cervantes, el Señor Don Vicente de los Ríos, tal vez el que ha contado más consejas y anécdotas, al ocuparse del gran autor, habló de cierta obrilla escrita por Cervantes »á los pocos meses de publicada su primera parte del *Quijote* »(esto que tan resueltamente enuncia Máynez viene á corroborar lo dicho por mí en los párrafos precedentes), el que tenía por objeto despertar la atención sobre su libro y declarar »por medios ingeniosos la tendencia que entrañaba y personas á quienes se hacía referencia en los tipos de la obra. Ríos »creyó, á lo que parece, esto, que le comunicó un amigo, el cual »sostenía que había visto en la librería del conde de Sacedo »una copia de la obrilla de Cervantes, que había quedado inédita, á pesar del gran interés que se le atribuía.» Lo que afirma León Máynez está en disconformidad con lo dicho por



Ríos, y con las manifestaciones que Ruidíaz hace en su carta, el cual no sostenía haber visto una copia manuscrita del *Buscapié*, ni que éste había quedado inédito, sino que precisamente dice todo lo contrario, á saber: que vió y leyó un ejemplar *impreso en mal papel, pero con buena letra; y que se editó, aunque se hizo extremadamente raro. Parece esto probar, ó que León Máynez no leyó la carta de Ruidíaz, ó que, al editarla de memoria, confundió sin duda el texto de la epístola con la postdata, en que se habla de un M. S.*

Continúa León Máynez: «El mencionado biógrafo (Ríos), »al admitir ó al ocuparse de tal aseveración, abrió el campo á los »ingenios sutiles para ejercitar sus travesuras en la cuestión; »credulidad excesivamente candorosa la de Ríos, y no menos »reprensible que aquella otra de haber dado asentimiento á la »carta, que se supone dirigida por Cervantes desde la prisión »de Argamasilla á su tío Don Juan Bernabé de Saavedra, y la »cual empezaba: *Luengos días y menguadas noches me fatigan »en esta cárcel, ó mejor diré, caverna.*»

Para terminar este catálogo de citas, haré mención de un discurso leído por su autor, D. Julián Apraiz, catedrático del Instituto de Vitoria, en la solemne ocasión de celebrarse en aquella ciudad el 277 aniversario de la muerte de Cervantes, el 24 de Abril de 1893. Dice en él: «Don Vicente de los Ríos... »en su *Vida de Cervantes...* hace la peregrina afirmación de »que su mismo biografiado había publicado en forma anónima »cierto librito denominado *Buscapié*, en el que, además de una »crítica del *Quijote*, se daba una especie de clave para la de- »bida inteligencia de ciertas recónditas é intencionadas alusio- »nes, añadiendo el diligente biógrafo que un Sr. Ruidíaz había »leído recientemente un ejemplar del misterioso opúsculo.» D. Julián Apraiz, al tildar de *peregrina* la afirmación de Ríos, y al decir, quizá irónicamente, *un Sr. Ruidíaz*, testifica que no daba crédito á lo aseverado por ambos amigos; pero es lástima que ante la clarividencia de los hechos, transija á la postre con la pueril existencia del *Buscapié*. Así da á entenderlo



al decir que Ticknor «ha dejado las cosas en el mismo estado de carencia de noticias auténticas acerca de tal libejo atribuido á Cervantes». Luego lo admite, siquiera lamente la carencia de datos auténticos.

En resumen de lo expuesto, diré que la ruidosa tradición y la existencia del *Buscapié* adquirieron tal incremento y tan marcados caracteres de verosimilitud, que ninguno se arriesgó (de entre los escritores que de esto se ocuparon) á sostener la falsedad de la una y de la otra. Y es doloroso, al par que denigrante, que fuesen extranjeros los que nos hicieran notar el inconmensurable mérito de Cervantes, sacándolo del olvido, nueva cárcel á que lo redujo, después de muerto, la ingratitud de su patria, y que también haya sido extranjero el que con más interés, y con un denuedo y constancia nobilísimos, ha sabido vengar á Cervantes de sus detractores y conservar inviolado su prestigioso nombre.

Él, arrastrado por la fatalidad de su destino, víctima sagrada de su adversa suerte, y azotado por los más crudos rigores del infortunio, contra el que siempre luchó con majestad y grandeza, no pudo presagiar ya al borde del sepulcro, donde creyó que acababan las ruindades y miserias de la tierra, que su memoria sería arrancada de la tumba por manos despiadadas para ultrajarla y escarnecerla; mas un sér providencial ocultó sus venerandas cenizas, por no haber sepulcro digno de contenerlas, evitando así acaso nuevas profanaciones y sacrilegios.

Cervantes no necesita mausoleo, aunque fuese como el de Artemisa en la Lidia, ni estatuas, ni monumentos, porque para erigir uno digno de él, necesitaba tener por pedestal al mundo; pero tiene algo más sublime y más grandioso; tiene un altar en el pecho de todos los españoles. Si inexcrutables designios han hecho que se pierdan sus restos, no ocurre lo mismo con su recuerdo, ni con los héroes que engendró la fuerza creadora de su fantasía; uno y otros vivirán tanto como la humanidad, y existirán mientras exista un hombre.

ALBERTO BLANCO



# LA LENGUA ESPAÑOLA ENTRE LOS JUDIOS

---

## Influencias y voces extrañas al castellano.

Era natural y forzoso; no podía menos de acontecer, que ese pueblo paciente y perseguido, eterno viajero de la historia, sufriese en su lenguaje de preferencia, en la mejor y única forma de expresión entre ellos enseñada y transmitida de padres á hijos, la influencia que el medio cambiado de continuo y el roce y comercio con gentes tan diversas suelen ejercer en todo orden de cosas.

No es lo que más extraña la corrupción de sus locuciones ni la adopción de voces exóticas, á cuyo empleo, en la absoluta incomunicación con su antigua y tristemente membrada patria, les empujaron nuevas necesidades y exigencias de los tiempos; sino, precisamente, que esta lengua armoniosa y bendita que del solar castellano recogieron, y como reliquia de la perdida tierra de promisión llevaron en los entresijos de sus más caros amores, no se haya ido perdiendo hasta desaparecer totalmente de sus labios y de su recuerdo, á lo largo de su éxodo implacable y sin término.

Pasma que en Oriente—igual que ha pasado entre los descendientes de israelitas expulsos que se refugiaron en territorio marroquí, en Amsterdán, en Palestina, en otros puntos de Europa y Asia—el monumento de nuestro idioma no se haya desmoronado hasta no quedar de él piedra sobre piedra, con



los embates rudos de tantos agentes étnicos, psíquicos, mercantiles, religiosos, como trabajaron y corroyeron el pensamiento y la palabra con que habían de comunicarse hoy aquí, mañana allá, con los pueblos en que encontraban asilo.

Porque cuando se oye hablar desdeñosamente á algunos, con insistencia despectiva que parece saña reconcentrada y encubierta, de que el sefardí no es sino logomaquia de voces corruptas y bárbaras que no merecen especial atención y amoroso estudio, es que sin duda no se piensa en el tesoro estimabilísimo y aprovechable de sus consejas y cantigas populares, de boca en oído heredadas; es que se cierran los ojos á la transformación, y aun degeneración, que sufre nuestra lengua nativa, río secular caudaloso al desbordarse por las regiones de la Península, como al regar los campos americanos, como al recibir la afluencia de neologismos que, cuando no son de linfas puras y bien sangradas, más que nutrir y refrescar la corriente, la infeccionan; es que se olvida que los metales más preciosos toman en el baño la acción de las sales minerales y se ennegrecen. Pero ¿los conoceremos si no los examinamos? ¿Nos convenceremos de su oro ó de su escoria si no los apartamos, sacándolos á la luz y sometiendo sus aleaciones ó su pureza al fuego del estudio?

Lógico era que en labios israelitas se mezclase al castellano de vez en vez, y preferentemente á las demás lenguas, el hebreo. ¡Cómo no, siendo la lengua sagrada de sus creencias, la escala por donde su historia, como el sueño bíblico de Jacob, toca el cielo y el aliento para su esperanza nunca cumplida! Si ello no hubiera tenido sobrada fuerza de atracción, aun los más españoles de espíritu la hubiesen desde luego asociado á sus locuciones corrientes, ya para evocar las fiestas thalmúdicas, ya para recordar sentencias y personajes del Antiguo Testamento, ya para no esforzarse en buscar, en romance, correspondencia á voces hebraicas aclimatadas en su fonética y amoldadas á la necesidad súbita que imponía sus fueros.

Motivo de mayor simpatía y conexión hubo de ser para los



judíos, en los orígenes de nuestro idioma, aquella determinada similitud que con él advierte en el hebreo el autor del *Diálogo de las lenguas* (1), la gran copia de voces hebraicas importadas en castellano, y la circunstancia especial de vaciar las palabras castellanas en caracteres hebreos. A esto hay que añadir una observación que recoge, muy atinadamente, en su interesantísima y notable conferencia «La langue espagnole en Orient et ses déformations», el infatigable y culto Abraham Galante, que en El Cairo publica el periódico sefardí *La Vara*: y es que en las escuelas judías orientales se enseña la Biblia con su traducción castellana.

Por donde, merced á tal concatenación, persiste entre ambas lenguas una reciprocidad y atracción irresistible, que da por resultado el cambio frecuente de modismos é ideas, y que, manteniendo el predominio del castellano, gusta de incrustar de cuando en cuando, como orfebre que engarzase piedras exóticas en su labor filigranada, una palabra, un pensamiento, una frase entera del manantial semítico.

No olvidando todos esos estrechos lazos, se explica que la conversión del *hur* hebraico en *fur*—por idénticos procedimientos que el castellano pristino adoptó,—haya dado origen á tantas voces españolas; que en muchos plurales del sefardí resalte aclimatada la marca *im*, con que la lengua sagrada sella la formación de sus plurales; como á la inversa, ciertos vocablos netamente hebreos cristalizan su plural en los moldes característicos del castellano, al adaptarse al habla oriental; que este mismo caso se repita en los infinitivos de algunos ver-

---

(1) Con la lengua hebrea—dice Juan de Valdés—se conforma la castellana en no variar los casos, porque en el singular tienen todos ellos una terminación, y en el plural otra; así como *bueno* y *buenos*, *hombre* y *hombres*. Con la misma lengua se conforma en poner en muchos vocablos el acento en la última, y en usar algunas veces el número singular por el plural, y así dice: *mucha naranja*, *pasa ó higo*, por muchas naranjas, etc. Confórmase también en juntar el pronombre con el verbo, diciendo: *dadle* y *tomarése*, como por este refrán: «Al ruin dadle un palmo y tomarése cuatro...»



bos, y que en las oraciones coordinadas nos sorprenda á veces en judeo-español el fenómeno, que en hebreo clásico no es excepción, de transfundir el imperativo sus formas típicas por ley de atracción, á los verbos que de él dependan, en tanto cuanto sean continuación ó consecuencia del concepto que la oración primera determina: paralelismo del cual, en ese y en los demás modos restantes, nos brindan sobrados casos la poesía y la oratoria de los judíos expulsos.

Sin embargo, en lo que toca á la pronunciación—observa el gran Menéndez Pelayo,—«las diferencias entre el castellano de Oriente y el de España, acaso no sean tan profundas como pudiera creerse en vista de la transcripción fonética que usan. Como difieren tanto los dos alfabetos, ha sido necesario añadir al hebreo para transcribir el nuestro, cinco caracteres nuevos; y por el contrario, cinco letras hebreas han quedado sin uso por no tener correspondencia en los sonidos castellanos» (1).

Por causas análogas á las citadas antes, el sefardí acogió y puso en circulación muchas voces sacadas del arameo, bien porque la influencia del Talmud las imponía y remachaba en los procedimientos de la administración de justicia, bien porque las negociaciones y menesteres de la vida comercial forzaban á otorgarles carta de naturaleza.

Pero, en verdad, la lengua talmúdica no logró entre los judeo-hispanos ni la predilección, perfectamente justificada, que el hebreo les mereciera, ni siquiera el auge con que dentro de su habla preferida se ha ido deslizado el turco, al amparo y sugestión del medio ambiente, por la energía incontrastable con que las oleadas de la vida y los apremios del momento, diariamente y á cada paso, año tras año, siglo tras siglo, la tierra que se les mostró piadosa y hospitalaria horadó, con la tenacidad de su verbo, el espíritu israelita.

¿Cómo no, si es ley natural que surge y triunfa de la con-

---

(1) *Antología de líricos castellanos*, tomo X.

E. M.—Junio 1909.



vivencia? ¿Cómo no, cuando su relación prolongada y su comohermandad íntima con los árabes en España los tenían ya con tiempo preparados para hacer en su lenguaje usual concesiones al turco, que tantas voces debe al idioma arábigo?

Cierto que esta influencia se pudo atajar ó mermar en buena parte, desde el siglo xvi á nuestros días, si España hubiese cuidado—no más que en la medida que le preocupara la conservación de lo conquistado por las armas—de renovar y fomentar las semillas de su idioma en quienes más perdurablemente había conquistado por el espíritu. Pero los abandonamos del todo en todo, como si no tuviésemos con ellos ligazón en lo que nos es más caro; y ellos, cortada de pronto la corriente del idioma de sus nobles y «saudosas» tradiciones familiares, hubieron de recurrir á aquellas palabras que hallaban más á flor de boca, que una larga y obligada residencia les repetía en el oído, y que por fuerza habían de emplear en el lenguaje de los negocios y en su trato con las gentes.

Tan es así, que en los vocablos turcos y turco-árabes, cuyas grafías fueron respetadas al ser prohijadas por el sefardí, lo mismo que en los que con radical turca ó arábiga, entre ellos muchos infinitivos, cobraron terminación castellana en el judeoespañol, se comprueba con sólo pasar la vista por su significación y oficio, cómo solamente las circunstancias de lugar, tiempo y necesidad impelieron á usarlos, porque son términos que responden á expresar menesteres caseros: las ropas con que se visten, las alhajas con que se adornan, los colores que usan, las viviendas en que se cobijan, los manjares ó bebidas que han de mercar para su subsistencia ó regalo, las monedas que han de mediar en sus contratos ó transacciones, y otros conceptos y atenciones de parecida índole con los cuales había de aconsonantar la expresión.

Con razón afirma un distinguido publicista israelita (1), que

(1) Algunos sufijos turcos, unidos á determinados sustantivos del mismo idioma y de los nombres propios, pasan á formar adjetivos espa-



«hoy sería imposible á los judíos españoles que no conozcan otra lengua europea, expresarse fácilmente sin apelar á palabras turcas».

Por este mismo influjo del turco pasan, como por cedazo, al castellano oriental locuciones persas, é igualmente voces del francés acopladas en el turco (*jurnal, magasen, avenir, senso* (sens) y tantas otras), merced á la perseverante propaganda y hábil cultivo que en la esfera literaria, en el ambiente pedagógico y en el orden mercantil, hacen allí de su idioma nuestros vecinos y amigos (1). Esto no obstante, la relación y ascendiente que con el judío español haya podido alcanzar más ó menos directamente el francés, no cuentan muy larga fecha.

De los términos italianos que el uso ha empadronado en ese léxico israelita, recuerdan algunos la influencia que en los primeros tiempos de nuestro romance hubo de ejercer Italia, prestando á nuestros poetas y juglares bastantes palabras cultas, que aquí presto arraigaron, siquiera no pocas hayan quedado anticuadas. Otros italianismos que no se amoldan á las formas castellanas, los han recogido, mano á mano, los judíos al paso de su peregrinación, como acontece con las palabras portuguesas, no tantas en número, que se mezclan con el argot de elementos heterogéneos, y que á la legua denuncian su procedencia.

Los grecismos que del judeo-español se destacan, mantie-

---

ñoles. Otras palabras turcas españolizadas toman en ciertos casos la marca del plural hebráico: en *un* para los masculinos, en *t* para los femeninos. Además, gran número de preposiciones y adverbios turcos, amén de expresiones vulgares, han sido introducidos en el castellano por los judíos.— GALANTE.—*La langue espagnole en Orient.*

(1) La españolización de vocablos persas se realiza no sin que su pronunciación neta se modifique notablemente.

Respecto del francés, el paremiólogo y literato Galante advierte que su acción es doble, porque unas veces aparecen en el ladino oriental afrancesadas voces de origen castellano, y otras veces se emplean palabras francesas como castellanas, depuradas de sus alteraciones.



nen unos la pátina clásica con que, allá en tiempo de los Ptolomeos y Seléucidas, inmigraron en Palestina, y entre las voces hebreas se naturalizaron, tomando puesto en la Mischna; otras acusan circunstancias de vecindad y trato con el griego moderno, y entre ellas hay varios sustantivos y verbos que nos brindan sus terminaciones, ceñidas á la norma castellana ó de ésta remedadas.

El examen y estudio de los documentos literarios y populares que la tradición perpetúa hasta nosotros, afirma el convencimiento de que, entre las principales influencias que de lenguas extrañas recibe el castellano en Oriente, son tres las que más directamente preponderan: la hebráica, la turca y la arábica (1).

De ésta, el artículo, determinados adverbios y diversas preposiciones, se han hecho hueco y acomodado, abrogándose fueros de prioridad é invocando recuerdos de la dominación musulmana, para campar por sus respetos y quebrantar la invasión del turco, que amenaza ser absorción irremediable.

### Los diminutivos.

Lo mismo en el romancero con que el historiador egregio de las ideas estéticas en España amplía y completa la *Primavera* y *Flor de romances*, de Wolf, que en las curiosísimas colecciones de Danon y Galante, y en la compilación que de Oriente y Marruecos ha hecho nuestro erudito investigador y

---

(1) Esta influencia del árabe en el idioma español no debe ser exagerada; cierto que enriqueció el vocabulario, pero dejó intactas su gramática y su pronunciación. A medida que el castellano fué adquiriendo boga literaria, se fué debilitando en él la influencia del árabe más y más, tanto, que en la lengua literaria del día ni siquiera una décima parte de su glosario corresponde al patrimonio lexical que los árabes legaron. Los vocablos españoles tomados del árabe se refieren en su mayoría á la industria, al comercio, á la agricultura, á la música, á la medicina, á la botánica y á las matemáticas.—*Lingue neolatine*, del Dr. Egidio Gorra.—Milano, 1894.



filólogo Ramón Menéndez Pidal, no menos que en los copiosos arsenales de proverbios que Kayserling, Foulché-Delbosc y el propio Abraham Galante ofrecen á nuestro estudio, con todas las garantías que puede tener la tradición oral de que han sido tomados, es muy de notar el empleo del sufijo diminutivo entre los judíos españoles.

Su forma preferida no es la derivada del latín, vulgarizada y naturalizada por las lenguas romances, sin más que anteponer una *c* á la terminación diminutiva latina, y convertir el *ellus*, *ulus* en *iello*, *illo*, *ielo* (castiello, chiquillo, mozuelo), con su adecuada correspondencia para el femenino.

No repudian los judeo-hispanos, aunque las excusan, las terminaciones *ito*, *ino*, *uco*, *ejo* y otras, que adoptó y extendió el pintoresco y desenfadado genio popular de nuestro idioma; pero fácilmente se ve que éstos no son muy de su dilección ni en sus cantigas, ni en sus dichos sentenciosos, esmaltados con diminutivos en *ico*, que, á lo que parece, suenan en su oído con singular encanto; ese *iccu* del portugués y *válaco*, que, á pesar de no haber sido arrancado de la cantera latina en que el castellano trabajó el mayor número de sus voces, adquiere una casi completa hegemonía en la huerta murciana, en las bravías montañas aragonesas, á lo largo del antiguo reino de Jaén, en las tahas y vegas que tienen Sierra Nevada por centro de atracción y punto de mira, y en otras varias comarcas de León y Castilla.

Bien que los judíos españoles no abusan del *ico*, tal cual los ribereños del Segura, generalizando la forma diminutiva aun á voces que no hay por qué: la emplean discretamente, siempre que la creen ornato de la frase y mimo del concepto, miniaturizando el vocablo, adelgazando su contextura y sonido. Que también en la inconsciencia de la colaboración popular suelen ir muchas veces, del brazo del instinto, concretando mejor la propiedad y carácter de la expresión, ciertas flexiones nominales en que la ternura y la delicadeza, más que la morfología, pusieron suavidad y atractivo.



Repasad el Romancero, y os sonarán dulcemente en el oído, tanto por su precisión insustituible como su naturalidad y fluidez, los *chorricos*, á cuyo murmurio se durmió la niña enamorada; la *agüica* que se bebió al llegar al castillo; los tres *besicos* que, dormida, le diera el caballero (1); el *viejijico* que vió venir, vestido como el carbón, el rey David; la *prñadica*, hermana de Filismena, *casadica* con el hijo del rey; los *chiquititos* que perecieron en Roncesvalles; las *hermanicas* del romance «Hero y Leandro»; la *mañanita* de San Juan que se levantó el conde Niño; los dos *hijitos* que la reina tiene de Andarleso; su «pulido enamorado», y tantos otros que se nos vienen á la pluma, como *pedazico*, *pajico* (que se usa en tierra castellana por pajecillo), *pichonicos* (por pichoncillos), *ramica*, *pescadico*, *cejica*, *cabeyicos*, *carica*, *espinicas*, etc., fuera de los que nos brindan los refraneros, confirmando cuanto dejamos apuntado.

A mayor abundamiento, los judíos españoles, para disimilar en la fonética la semejanza del concepto, nos muestran en algunos verbos terminaciones de diminutivo, denotando que del diminutivo sustantivo se formaron.

### Los pronombres.

Ni dejan de ofrecer particularidades, ya morfológicas, ya sintácticas, los pronombres en el habla hispano-judía, hasta en los trozos y locuciones de más clásico linaje.

Cuanto al de primera persona, salta á la vista cierto parentesco, identidad en ocasiones, con giros aragoneses típicos, lo mismo anticuados que modernos.

Así, cuando leemos *como mi*, en lugar de «como yo», no po-

(1) El romance *Le Cabalhero*, en dialecto mirandez, dice:

Tres besicos le mandé,  
Dar-se-les quiero,  
Dar-se-les quiero,  
¿Por qué se les mandaré?



dremos menos de advertir su similitud con los aragonesismos vulgares *con yo y pa yo*.

Al igual de la primera, en segunda persona se nos presenta *to por tu, ti por tú*.

El cambio de formas flexivas está en este castellano de Oriente tan en uso, que no sorprenderá á nadie que estudie los fenómenos de nuestra lengua allí, ver *ú oir toparé yo á mí* por «me toparé»; *me apiade* por «se apiade de mí»; *no sopi otro como tí* por «no supe (de ó conocí) otro como tú»; *de me ir yo con tí* por «de irme yo contigo»; *quien mi ve mi goza*, etc...

Todo lo cual repítese de igual modo en el reflexivo: en vez de *consigo*, *con sí*; *se*, por *sí* (cada uno se rasca para *se*. Proverbio Kayserling.)

Respétase en el plural de los personales las formas originarias *nos-vos*, indistintamente empleados en acusativo ó nominativo. La primera cambia su consonante inicial, por atracción de la *m* de *me-mi* (mihi) *micum*, y reproduce el *nos* anticuado que hoy sólo en labios rústicos perdura, transmitiendo su influjo al posesivo *nuestros-nuestras*; de donde los versos: «Mos cativaron los moros»; «desgraciadas *muestras* venturas».

Cuanto á—vos, ya resurge la primitiva forma en su abreviatura *os*; ya pierde la *s* final, como en «yo *vo* lo perdono, reina»—«Filismena *vo* la do»; ya aparece en la frase *vos*, cuando propiamente debería ser *os* («vos embezaré á hazer hijos»—«quitadvos ales y vedres»); ya, en fin, está repetido consecutivamente, por ser vocativo el primero y suplir el segundo la forma abreviada *os*, como en el verso: «si *vos vos* morix de prima» (Rom. XII, Galante).

Importa observar asimismo, que el pronombre llamado adjetivo lleva artículo prepuesto en sus accidentes gramaticales, como en el castellano antiguo *acaecía* y como astures y galai-cos lo aplican. De ejemplos está cuajado el romancero hispano-judío: «Así, viva *la mi* querida»—«lágrimas de *los mis* ojos»—«fina aquí *los mis* pecados»—«con sangre de *las mis* venas»—«yo estando en *la mi* casa»...: característica que se



extiende al vocativo, como «Irme quero, *la mi madre*»—«Moricos, *los mis moricos*»—«Vengax en buena hora, *el mi yerno*».

Tos por *tus* (tuyos), sos por *sus* (suyos), á usanza antigua, *sy* por *su* y algún otro caso por el estilo, completan todo lo más típico que en la lexicología castellana oriental reclama y aprisiona nuestra atención sobre este punto.

En el relativo, sigue dando fe de vida el artículo antecedente, y no es, por cierto, en los proverbios donde menos se refugia. Ejemplos: «*el quien es ladrón...*»—«ciego es *el quien no ve por la tela del cedazo*»—«el quien tiene mujer buena»...

A veces el conjuntivo *quien* está sustituido por *QUE*: verbigracia, «Dí *que* sos, alma de cántaro.» De igual modo, *CAL*, *QUAL* y *CALE* se hallan en lugar del relativo *cual*.

Por lo que toca á los correlativos *tal* y *cual*, sólo anotaremos que no es difícil que se nos éntre por los ojos el *cuala* villanesco, que aquí mismo, en el centro de Castilla, el vulgo lo consagra; ni menos el *tala* del romance («*tala* hora se compliría») con que en Oriente y en el solar de la lengua quiérese establecer distinción fonética entre la terminación masculina y la femenina.

La *n* de *tanto* perdura en *tal*, cuando lo suplanta en locuciones compuestas del habla preferida por los sefardíes, como en las bajas expresiones refranescas *tanicuni*, *tanibraga*, *tan-chicur*.

### Adverbios y modos adverbiales.

No es ese adverbio en la dicción ladina de Oriente la parte de la oración que menos atención merece de nuestra parte, unas veces por la rareza de sus formas, otras por conservar en toda su integridad ó con muy ligeras variantes las anticuadas, ya por haber permanecido fiel á su génesis latina, ya porque suena en nuestro oído con cierto dejo bárbaro á través de la marcha errabunda del pueblo desterrado, y aun también porque nos brinda el sello herrumbroso de la corrupción del vocablo,



que la inconsciencia del capricho popular, cuando no determinada preferencia eufónica, hubo de adoptar, y sobrevive en cancioneros y colecciones paremiológicas.

Así, nos hallamos con que el adverbio de distancia *lejos*, cuaja en dos formas: en la equivalente LEXOS y en la latina *longe*, de que se derivó nuestro anticuado *lueñe*, *luenne*.

*Allí* está sustituido á veces por AHI, y en algún romance de la *Colección Danon*, por ALBI.

ANDE, precisamente escrito como en nuestros días pronuncia aquí la gente del pueblo en muchas comarcas—y no hay para qué señalar desde luego á Andalucía,—es contracción de *aonde* ó *adonde*, para expresar el lugar A, distinguiéndose perfectamente de ONDE, que más corrientemente significa el lugar *en* ó el lugar *de*.

Para denotar cerca, al lado, tropezamos con la locución AL GAL, ante la cual nuestro Menéndez Pelayo inquiere si proviene de *cai*, *quai*, *cayos*, del bajo latín *caium*.

El *deintro* romancesco (dentro), que responde á la unión de preposición y adverbio del latín imperial, toma entre los judíos la forma ADIENTRO, similar del *adentro* que en circulación está; y el contrapuesto *afuera*, en castellano judío es AHUERA, donde topamos con la *h*, que, como si renegasen de la *f*, gustan de aspirar nuestros campesinos con fuerza que en nada la desemeja de la *j*.

Como si el arrastre de la *s* final engendrara una vocal, el adverbio de lugar igualmente *detrás*, se trueca en DETRASE, manteniendo la pérdida de la *n* originaria de *trans* en la segunda sílaba; al paso que *adelante* se desfigura, por fuerza de la *t*, con la intercalación de una *r*, en ADELANTRE.

El *domientre* (mientras) anticuado es casi respetado en el judesmo, que emplea ya DEMIENTRES, ya EN MIENTRES.

La preposición que vemos integrando la última locución adverbial, preséntase en otras á modo de refuerzo; así los judíos españoles dicen EN DEMÁS, por *cuanto más*, *mucho más*, que recuerda el ablativo latino *quanto magis*.



No se explica racionalmente la corrupción ENRIVA por *arriba*, como se ve en algunos proverbios. Su opuesto *debajo* afecta dos formas: DEMBAXO y DEBAXO, que evoca su semejante portuguesa *debaixo*.

Cuanto á los adverbios de cantidad, dos palabras. MÁS, lo encontramos en ocasiones usado como determinativo en lugar de *muy*, y otras veces, unido á *mejor* con sabor de redundancia pleonástica, que antepone el vigor á la elegancia y corrección de la frase, suple á *mucho*, sobreentendiéndolo, á los efectos de la interpretación ó traducción.

SINON (sino) perpetúa la *n* final del simple NON anticuado.

INDA y AINDA por *aún, todavía*, son como huella no borrada del paso de los proscriptos sefardíes por tierra portuguesa.

El adverbio de cantidad *muicho* antiguo, *mucho* moderno, es en el ladino oriental como lo es en el lenguaje vulgar nuestro, nasalizando su sonido, MUNCHO, igual en su forma adverbial que en la adjetiva, sin que, por otra parte, extrañe verlo en lugar de *muy*, como en la locución *mucho mal*.

Como tampoco causa extrañeza, por ser figura que aparece cometida en muchas palabras judeo-hispanas, hallar la metátesis recíproca de la *d* antes de *r* en el adverbio de tiempo *tarde*, TADRE, al igual que en los sustantivos *pedrición, acodro, vedrad*.

El adverbio cuantitativo de afirmación ASÍN (así, asimismo) no difiere en su fonética del *asín* y *asina* del lenguaje vulgar en la Península ibérica, y no desemeja del antiguo *assín* y del portugués *assim* más que en la duplicación de la *s* medial en ambos, y cuanto al último, en el cambio de la *n* final por *m*, en lo cual no coincide con el *aissim* de los provenzales.

Otras particularidades, dignas de ser tenidas en cuenta, nos salen el paso con el refranero y cancionero de los judeo-hispanos, que, sin entrañar diferencias radicales en su morfología, son, á guisa de matices característicos, facetas elocuentes, á veces remansos escondidos y pintorescos de este río caudaloso é inagotable de nuestra lengua, que, yendo á parar á



---

los mares, sobre ellos cabalgó, derramándose por el Nuevo Continente y encarnando en su vida, ó se refugió en Oriente, como viviente reliquia de la religión de la patria, cuyo culto renuevan de continuo en su corazón y en su habla los nietos de los expulsos, á través de más de cuatro siglos.

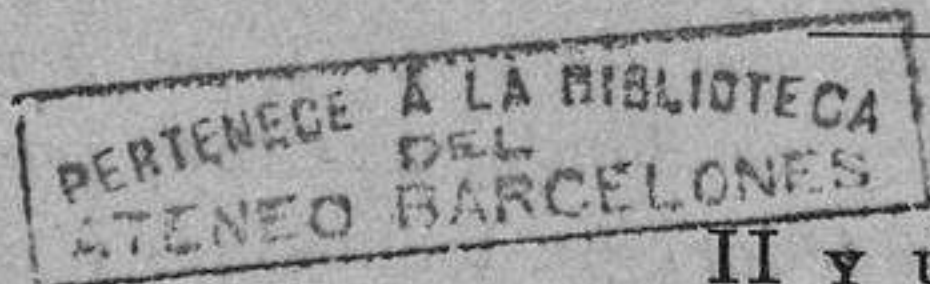
EN BAXO y DEMBAXO por *debajo*; DE JURA, por *de juro*, *cier-  
tamente*; TODA LA HORA, por *nunca*; DE PRIMA, por *preferente-  
mente*, *primero*; AFRON Y AMORON, por *de cara* y *de perfil*; á  
TUERTAS y á derechas; DONDE, por *de donde*; GRANDE, por *bas-  
tante* ó *mucho*; DIRIDOR, por *alrededor*, son locuciones y modos  
adverbiales del jaez de los aludidos últimamente.

RODOLFO GIL



# EL CRISTIANISMO ESPAÑOL

SEGÚN ANGEL GANIVET



II Y ÚLTIMO

«La religión, por profundo que sea este elemento, no es el más profundo de una nación: la religión cambia, mientras que «el espíritu de la tierra» subsiste, porque los cambios geológicos se producen tan de tarde en tarde, que bien pueden nacer y morir civilizaciones varias sin que el suelo deje percibir cambio alguno. Así, el observador que se limitara á profundizar el espíritu religioso, ó estético, ó jurídico, correría el riesgo de no descubrir sino caracteres externos, cuyos análogos podría encontrar en otras partes, y de deducir de esta suerte, por apariencias, analogías, allí en donde, remontándose al principio generador de lo demás, reconocería marcadas oposiciones.

»La evolución de las ideas en España no se explica si no se confrontan todos los hechos externos de su historia con el espíritu permanente, invariable, con el que la tierra, que le ha creado, nos penetra continuamente (1).»

Así, pues, solamente la tierra es inmutable para el hombre;

---

(1) Angel Ganivet: *Idearium Español*, págs. 33, 34. V. Vidal de la Blanche: *Tableau de la Géographie de la France* (Hachette, 1903), páginas 385, 396: «La robusta constitución rural que dan á nuestro país el clima y el suelo, es un hecho cimentado por la naturaleza y el tiempo.

»El estudio atento que se encuentra fijo y permanente en las condiciones geográficas de Francia, debe ser ó llegar á ser más que nunca nuestro guía.»



hasta la tierra hemos de penetrar para comprender la influencia, primitiva y definitiva á la vez, que ha modelado su psicología y dominado su historia, la influencia fundamental sobre la cual han ido á apagarse todas las otras, y de la que todas han sido penetradas. Ahora bien; la tierra no es esa cosa vaga que imaginan los intelectuales, alternativamente—polvo ó lodo;—la tierra, por su composición, por su expresión, por su relieve, por la variedad de las maneras con que se hermana con el mar y acoge la luz del cielo, ordena á su antojo las relaciones de los hombre entre sí, para más aceleramiento ó más calma en su actividad, más fuerza ó más languidez en su ternura, más misticismo ó más personalismo en su religión, más iniciativa ó más resignación en su vida interna, más acritud ó más confianza generosa en su defensa contra el hambre y contra todos los sufrimientos. Así es como la tierra comunica su espíritu á las colectividades, respetando, en su poder, la libertad de los individuos dotados de voluntad.

La crónica del espíritu de la tierra, completamente impregnada de noble realismo y verdadera poesía, la tomó Ganimet de la intensidad apacible y lenta de su vida de niño.

Se dirá que es una noción muy vieja. Pero no con esta precisión y este valor absoluto; vieja y hasta rancia, para quien no ve en ella sino un poco más ó menos y un esfuerzo de ilusión complaciente y sentimental; conquista recientísima, por el contrario, que proclama ese gran campesino, cosechero de ideal, en los momentos en que la ciencia confirma á su manera y consagra este pensamiento genial. «Durante muchos siglos—dice Vial de la Blanche, hablando del hombre en Francia,—ha llevado una vida local que se ha impregnado lentamente en los jugos de la tierra. Se ha operado una adaptación, gracias á costumbres transmitidas y mantenidas en los lugares en que nacieron... El hombre ha sido entre nosotros el discípulo, por mucho tiempo fiel, del suelo. El estudio de este suelo contribuirá, por lo tanto, á ilustrarnos sobre el carácter, los hábitos y las tendencias de los habitantes.»



La concordancia de estas dos obras maestras, la del poeta y la del geógrafo, es significativa; ofrece un bello ejemplo de lo que Bonet-Vranry llamaba un día, afortunada frase, «la ley de las explosiones simultáneas de la verdad».

Haber realizado la patria, evidenciando que no es solamente un espíritu más ó menos vago, sino que es alma y cuerpo, es, á la verdad, una conquista reciente, que se recuerda como prueba de lo que decimos, á un espíritu «avanzado» de hace algunos años, al hombre que, con un candor de una especie particular (la única, por lo demás, que tenía á su disposición), escribía, sin aparentar que le daba importancia: «En adelante, ya no aprenderé gran cosa. Veo bien poco más ó menos lo que el espíritu humano, en el momento actual de su desarrollo, puede percibir de la verdad» (1). Que se recuerde, decimos, la impotencia de un Renán, para concebir la patria, aun después de verse turbada la quietud con que la ignoraba; y el espiritualismo vacío, hinchado por una «ciencia» prontamente evaporada, con que se esforzó en construir una vana idea de aquélla en su famosa conferencia: «¿Qué es una nación?»

«Cuando el espíritu de la tierra no se encuentra todavía fijo en las almas, se suple con el espíritu político; es decir, con el espíritu de ciudad.» Así, el sentimiento nacional colectivo y consciente es el resultado de una reciente atención humana, no concluída aún sin duda, hasta en las más grandes naciones. Muy lejos de que la patria era un rudimento grosero, anterior á la historia, los pueblos la han buscado en sus largas peregrinaciones, y el caos que las cosmogonías ponen en el origen de la materia inerte, fué tal vez durante mucho tiempo la condición de la materia humana.

El realismo sincero y penetrante con el que Gannivet comprende la patria, se volverá á encontrar en su manera de comprender la religión, y aquí también no careceremos de analo-

---

(1) Ernesto Renán: *Somenires d'enfance et de gennesse*, 26.<sup>a</sup> edición, 1893, pág. 377.



gías muy modernas y muy propias para confirmar esa noción española de la religión (1), á la que no estaba dispuesto, hace pocos años todavía, á tratar desdeñosamente como demasiado externa; pero necesitamos antes, para comprender la religión española, precisar, según Ganivet, lo que es en España el espíritu de la tierra.

Así, pues, la primera salvaguardia del desarrollo nacional es el «espíritu de ciudad», espíritu de protección celosa y de agresión brusca, exaltación del instinto de conservación, en espera de que la comunión íntima con la tierra indestructible, supremo recurso de los vencidos, que, ayudados por ella, absorberán á sus vencedores intrusos, haya durado lo bastante para que la conservación esté asegurada.

Para Ganivet, la primera diferenciación de los países entre sí procede de que son islas, ó penínsulas, ó parte integrante de un continente.

Ahora bien; España es la península por excelencia, bastante cerrada á la penetración regular de las influencias de fuera, sin serlo al esfuerzo brusco y colosal de las invasiones, como lo sería una isla; de aquí, en ella, la necesidad que ha hecho grande, que ha hecho siempre activa y vigilante la pasión de la independencia (2), rasgo dominante del carácter que el espíritu de la tierra imprima á las almas. En las condiciones ordinarias y naturales de su vida geográfica, la península española, lejos de amontonarse, se ha desbordado, al menos por Europa, á pesar de la rígida barrera de los Pirineos, y al Sur, el estrecho de Gibraltar, que separa dos pedazos de Africa, no

---

(1) Entre los síntomas que anuncian el fin de esa manía de no querer sino religiones *en espíritu*, de proscribir el culto, el rito; en una palabra, todo el cuerpo en donde debe vivir esa alma, y que lo espresa fielmente, hemos de citar, por su excepcional valor, el reciente libro de Boutaux, *Science et Religión*.

(2) «El rasgo más saliente para el extranjero es la tenaz afección que el español profesa á sus costumbres propias. No aprende ni quiere aprender nada de afuera.» Vidal de la Blanche: *Etats et Nation de l'Europe*, Paris, 1889, pág. 344.



tiene más que catorce kilómetros de ancho. «Al Norte de los Pirineos, tanto al Oeste como al Este, la composición del mundo vegetal conserva un sello ibérico; porque no es dudoso que en España es en donde conviene colocar el centro de formación, en donde se han multiplicado, para irradiar en diversos sentidos, los géneros de ulex, astros, tierras, genistos, etc., cuyas especies avanzan hacia el Ródano y hacia el Loire.

Este mundo ibérico representa en su estado actual una reducción de un Estado antiguo que abrazaba un grupo considerable de pueblos que tenían entre sí relaciones de cultura común. Los testimonios clásicos son numerosos y precisos para atestiguar su extensión al Norte de los Pirineos. Nos la muestran en el siglo v antes de nuestra Era, abarcando el Sur de de nuestro país hasta el Garona y el Ródano.

«...Y esta superficie había cubierto al Norte de los Pirineos una extensión más amplia de la que indican los textos...» (1).

Esta regresión así comprobada, ¿resulta de la penetración, cada vez más íntima en el hombre, del «espíritu de la tierra»? ¿Revela la sustitución de las primitivas influencias geológicas por las influencias propiamente históricas? (2). La fijación misma de esta original é independiente civilización, desde hace largo tiempo, en límites más reducidos, pero, á lo que parece, inquebrantables, atestigua, en todo caso, una exacta correspondencia entre la tierra y el pueblo que la habita. Desde hace largo tiempo, esta originalidad guarda algo misterioso para las gentes de fuera, y tal vez el nombre mismo de España expresa el sentimiento de los antiguos navegantes mediterráneos ante ese extraño país, situado en el fin del mundo (3).

(1) Vidal de la Blanche: *Tableau de la Géographie de la France*, páginas 27-29.

(2) Vidal de la Blanche: *Idem*, pág. 29, hace observar que la primitiva expansión de la civilización ibérica corresponde aproximadamente á las regiones respetadas por los grandes glaciales cuaternarios.

(3) V. Víctor Berard: *Los fenicios y la Odisea*, París, 1902, t. I., 289



El amor de la independencia, impreso en los corazones y la voluntad de mantener el aislamiento familiar, siempre amenazado por intrusos (1), han producido los rasgos esenciales del carácter español; así se explica el *espíritu guerrero* de los españoles, tan diferente de nuestro *espíritu militar*, como lo ha demostrado Ganivet con una fuerza tan convincente; mas, para limitarnos al aspecto propiamente religioso de la cuestión, observaremos que la primera manifestación de España en la historia de la Iglesia es un acto de independencia (2), muy justificado, por lo demás. Dos obispos indignos, Baridides y Marcial, fueron desposeídos en tiempos de la persecución de Decio; después de la persecución, obtuvieron del Papa Esteban el ser restablecidos; los españoles se dirigieron á Cartago, cuyo obispo era entonces San Cipriano, y un Concilio, celebrado en 254, desposeyó definitivamente á los dos culpables (3).

y sig. El nombre semítico de *I. Spania*, empleado por los romanos, que lo tenían de Cartago, significaba *Isla del Escondite*, y se aplicó antes á la isla de Calipso.—El nombre de *Iberia*, por su parte, podría significar *Pasaje*, y Berard recuerda (pág. 290) que, en la antigüedad, se hablaba el berebere en la parte Sur de España.

(1) Martín A. I. Heruse: (*The Spanish people, their origin, growth and influence*. London, 1901) demuestra perfectamente cómo España estaba destinada por su geografía á ser un campo de batalla de civilización; situada en el extremo Occidente de Europa, ha recibido siempre la última ola de las influencias venidas de Oriente, y estas ondas, detenidas en su península cerrada, han depositado en ella su sedimento. (V. Prefacio, página 7.)

(2) V. Dom H. Leclercq: *L'Espagne chretienne*. París, Lecoffre, 1906, pág. 49 y sig.—L. Duchesne: *Hist. ancienne de l'Eglise*. París, Fontemoing, t. I. (1906), pág. 419, 420.—Abate J. Turenel: *Histoire du Dogme de la Papante, des origines á la fin du IV siècle*. París, Alph. Picard, 1908, pág. 162 y sig.

La revista *España y América* publicó en 1907 una crítica bastante viva del libro de Dom. Leclercq.

(3) Dom. Leclercq y el abate Turmel demuestran netamente sucesos respecto á Bacilides y Marcial. Monseñor Duchesne comparte evidentemente este sentimiento, como lo demuestra esta conclusión: «No nos es posible en modo alguno decidir cuál de los dos tenía la razón» (San Cipriano ó el Papa). Obra citada, pág. 420.

E. M.—Junio 1909.



Lo remoto de este acto de independencia de los españoles le quitaría mucho de su importancia, si esta independencia no se hubiera después afirmado frecuentemente en los hechos, y si no hubiese quedado como uno de los caracteres del sentimiento religioso en España. Unamuno señala la «santa independencia» de Santa Teresa, que habla á sus hermanas de la fortaleza interior, en la que, «sin licencia de las superiores», pueden refugiarse cuando les plazca (1).

Pero es preciso comprender bien que esta independencia, lejos de ser irreligiosa, expresa el sentimiento religioso más profundo. La mentalidad de España, semejante en ciertos puntos á la del antiguo pueblo judío, se siente en posesión de la «verdadera religión» desde el origen del mundo; más aún, ya la forma cristiana de la religión la encuentra en su conciencia anteriormente á la propagación del cristianismo.

Morel-Fatio, notando el sentido desfavorable que ha tomado en España desde el siglo xvi, el término de *nación*, aplicado primeramente á los soldados extranjeros del ejército de Carlos V, compara esta expresión con la de *gentes gentiles* de la *Biblia*. «¿No se ha comparado á menudo, añade, el particularismo español de la época de Felipe con la del pueblo hebreo? ¿No resalta, por infinidad de testimonios, que los españoles del siglo xvii se mantenían gustosos más puros que los otros pueblos? ¿Qué hay, pues, de sorprendente en que trata-

---

(1) Artículos citados de LA ESPAÑA MODERNA. Mayo, 1889, págs. 32, 33. Se encontrará, sobre la interesante personalidad de Miguel de Unamuno, un corto, pero sustancioso artículo, de Boris de Tannember, en la *Renaissance Latine* de Agosto de 1904.—Reparemos aquí una omisión de nuestro último artículo: las citas de Navarro y Ledesma, Azorín, Román Salame-ro están tomadas de un folleto de cuatro conferencias dadas por estos tres autores y por Unamuno, y publicadas en 1905. (Librería Serred, Valencia.) Desgraciadamente, está agotada una colección de cartas de Ganivet con una introducción de Navarro y Ledesma. Se encontrarán todavía algunos datos en las Introducciones de Nicolás Marín López á las *Cartas Finlandesas* de Ganivet (Madrid, 1905), y de Francisco Seco de Lucena, al «drama místico» *El Escultor de su alma* (Granada, 1906).



sen á los otros pueblos como los judíos, ó los primeros cristianos trataban á los paganos?» (1).

No solamente es el plan divino de la «serie de la religión»; es la naturaleza misma la que ha establecido en todo tiempo y confirmado á España en el cristianismo. Séneca nos ofrece la más antigua revelación de ese cristianismo anterior á las épocas históricas.

Cuando se examina, dice Ganivet, la constitución ideal (2) de España, el elemento moral, y con un sentido el elemento religioso más profundo que se descubre es el estoicismo; no el estoicismo brutal y heroico de Catón, no el estoicismo sereno y solemne de Marco Aurelio, ni el estoicismo rígido y arrebatado de Epicteto, sino el estoicismo natural y humano de Séneca. Este español no es hijo de España por casualidad; es español en sí... Es inmensa, y, á decir verdad, imposible de medir la parte que ha tomado su filosofía en la formación religiosa y moral, y hasta en el derecho habitual de España. Toda la doctrina de Séneca está condensada en esta enseñanza: «No te dejes vencer por nada de lo que es exterior á tu espíritu.» Esta doctrina es española, tan española, que Séneca no tuvo que inventarla, puesto que si bien dió de ella la primera y definitiva traducción, la encontró perfectamente constituida.

Somos tan exclusivamente sensibles á la unidad, á menudo más aparente que real, de la latinidad, desconociendo las diferencias bajo la uniformidad de lengua y de administración, que nos sentimos tentados de tener por paradoja el que un pueblo venga á reivindicar su originalidad hasta su plena antigüedad, en un período comprendido en nuestros programas de historia *romana*.

(1) Morel-Fatio: *Etudes sur l'Espagne*, 3.<sup>a</sup> serie. París 1904, página 438.

(2) Esta palabra, bien entendida, no se opone á *real*; es casi la equivalente de *espiritual*, pero la mantenemos precisamente para que la exactitud de la traducción conserve un fuerte sentido que estamos harto inclinados á dejar perder.—(Nota del articulista.)



No tenemos razón.

Una reciente y excelente historia de la filosofía española (1) confirma el juicio de Ganivet. Séneca, dice el autor, no es solamente español por su patria, sino también por el carácter general de sus escritos; y cita unas palabras de Menéndez y Pelayo sobre su «conformidad esencial y oculta con el sentido práctico de nuestra raza».

El realismo de Séneca (ya el «realismo cristiano»), su psicología, profundamente espiritualista, y su indiferencia por la metafísica, propiamente dicha, son otros tantos rasgos, en los que se reconocen los españoles; más adelante han traducido mucho á su maestro favorito; hasta le rindieron un verdadero culto en el siglo xv. En ellos, la tradición estoica se encuentra incesantemente reforzada; Ganivet es, realmente, un estoico, y cuando buscó la muerte en las frescas aguas del Dwina, aquel día, el vértigo que, desde hacía algún tiempo, atormentaba á su poderoso espíritu, fundíase en razón sobre la doctrina de Séneca.

Ahora bien; esta filosofía, tan española es, al mismo tiempo tan cristiana, que ha querido hallar relaciones personales entre Séneca y San Pablo. Es muy interesante que estas relaciones no hayan existido; el cristianismo se arraiga con tanta mayor fuerza en un terreno ya perfectamente preparado.

Es superfluo insistir aquí sobre las relaciones que hay entre el estoicismo de Séneca y el cristianismo; se encuentra un número bastante considerable de datos sobre este punto en la obra que Ernesto Haret (1871) escribió—por lo menos él se lo imaginaba—*contra* el cristianismo (2), y que todavía hoy puede proporcionar materiales abundantes á los apologistas.

(1) *Historia de la filosofía española*, por Adolfo Bonilla y Sanmartín, t. I (desde los orígenes hasta el siglo xii). Madrid, 1908.

(2) *El cristianismo y sus orígenes*, 4 vol. París, 1871. V. el Prefacio, que contiene las ideas del autor, y es divertido de leer hoy: «Ya no se defiende hoy, dice Haret, lo sobrenatural directamente, ni en los dogmas, ni en los milagros; ó, si se encuentran aún apologistas para sostener estas discusiones, su trabajo no interesa al gran público», pág. 111, etc.



El autor explica el estoicismo por los excesos del gobierno de los Tiberio, de los Calígula, de los Nerón (había por entonces más animosidad que hoy contra Tiberio—y de una manera general contra las gentes que llevaran el título de emperadores); piensa—con Garat—que «Séneca, por decirlo así, ha hecho una filosofía para esas largas agonías á las cuales los tiranos condenan algunas veces á las naciones.» Henos aquí lejos de Ganivet; pero dejemos las explicaciones y busquemos hechos; encontraremos en el libro de Ernesto Havet muchas cosas interesantes: «Yo no puedo—dice—transcribir todo Séneca, y, sin embargo, casi todo Séneca es cristiano; quiero decir, que el cristianismo está formado en gran parte de las ideas que Séneca ha manifestado tan bien.» Tertuliano dijo. «Séneca, que es tan á menudo de los nuestros.» Había que decir: «Séneca, de quien los nuestros han tomado tanto... (1). Havet nos hace ver en Séneca el elogio de la vida interior, la exaltación de las pruebas y del martirio, el desprecio de la vida, hasta «la doctrina de los toques de la gracia y de la gracia inadmisibles» (2); la exhortación á la vida contemplativa, la noción de la predicación y de la dirección espiritual, la práctica del examen de conciencia y de la meditación. No es esto todo: «una moral tan religiosa no podría prescindir de teología; y hasta diré que la moral estoica por sí, es ya una teología en el sentido de que descansa en creencias que se pueden llamar sobrenaturales, puesto que contradicen la naturaleza. Es estar en lo sobrenatural el creer que el dolor no es un mal, ó que nada en el mundo interesa al hombre sino la virtud (3). No es, pues, asombroso que la palabra *dogmas*, que no significa propiamente sino opiniones y principios, haya tomado poco á

(1) La fórmula acusa bien las ideas de Havet; pero contiene una parte de verdad; solamente que es preciso completarla, como se verá más adelante.

(2) Desgraciadamente, en este punto faltan referencias precisas.

(3) Aquí es donde hay que recordar lo que es la *naturaleza* para Ganivet.



poco en la escuela estoica el sentido teológico que la damos, y que indica que estos principios son artículos de fe. Algunos moralistas completamente prácticos (1) querían que se dejaran dormir los dogmas que asustaban y repugnaban á los simples, y atenerse á dar cuerdas lecciones sobre todos los deberes de la vida; pero los fervientes protestaban diciendo que la moral no podía subsistir sin los dogmas y sin el ardor de la fe; y tenían razón, puesto que su moral hacía violencia á la naturaleza. Para resistir á la naturaleza no están de más la virtud de las fórmulas y de las palabras sagradas, y una especie de fanatismo»; la burlona ironía con la que este autor trata aquí el estoicismo (antes de reconocer que Séneca no es teólogo), ¿no es la prueba más convincente del parentesco espiritual que existe entre el estoicismo y el cristianismo? Y ¿no es inútil, después de esto, el comprobar con él que el estoicismo desprecia la ciencia, las bellas artes, la industria misma, exalta la santidad, combate la esclavitud y la guerra, recomienda la limosna y (¡para colmo!) tiene necesidad de dioses?

Para Ganivet, las dos doctrinas no son iguales, sino que se completan, se avaloran entre sí. No se limita, en efecto, á comparar textos; tiene la experiencia personal y la tradición íntima de estas dos disciplinas de vida interior, y estima que se han encontrado «como dos viajeros que vienen en sentidos opuestos», la una, procedente de la razón y sintiendo la necesidad de la fe, y la otra, procedente de la fe, ávida, al fin, de razón.

«El cristianismo encontrará el terreno preparado por la moral estoica inspirada en doctrinas nobles, justas y humanitarias, pero que carecía de savia para hacerlas fecundas.»

En este terreno, la propagación del cristianismo fué rápida y general, como el crecimiento del trigo tras las labores de

---

(1) Este «completamente prácticos», revela la mentalidad del autor. Véase las ideas penetrantes de Brunetière sobre los predicadores que predicán el dogma y los que predicán la moral.



otoño (1). Y los bárbaros, que llegaban con un espíritu muy diferente, hubieran podido comprometerla, en vez de regenerar el viejo mundo, cuya decadencia misma, propicia á las invasiones, acusaba la necesidad religiosa.

La acción de los bárbaros no fué espiritual, sino material. «La exaltación de la Iglesia española bajo la denominación visigoda, es obra de los bárbaros; solamente que no es obra de su voluntad, es obra de su impotencia»; incapaces de gobernar un pueblo culto, hubieron de entregar á la Iglesia un gran papel político, y éste fué el origen «del Estado de carácter religioso que todavía existe en nuestro país»; de aquí, la metamorfosis social del cristianismo en catolicismo, es decir, en una religión universal, imperante, dominadora, que ejerce realmente los atributos temporales de la soberanía» (2).

Salvo en lo que concierne á la universalidad, ó, si se quiere, la catolicidad del cristianismo (3), esta es una justísima apreciación histórica; en aquella época se constituyó una teocracia que ha existido en España y que ha mezclado sus recuerdos y su ideal con la pura doctrina católica. «Puede dejarse, para no volver sobre ello, lo que concierne á la acción de las tribus bárbaras, porque fué muy pequeña, salvo en Galicia, en donde la mezcla de los celtas y de los suevos produjo una raza que conserva aún su carácter distintivo.»

Así, pues, la invasión tuvo graves consecuencias, pero los invasores no tuvieron una influencia propiamente dicha. Por lo menos infundieron al pueblo español una nueva energía y reforzaron lo que había de individualismo en su carácter.

---

(1) El papel del español Teodosio en el establecimiento temporal del cristianismo, no es menos grande que el de Constantino. Véase Martín Hume, obra cit., págs. 40, 41.

(2) *Idearium*, págs. 14, 15. Ad. Bonilla, *Drocity*, pág. 216, nota también la débil influencia de los bárbaros invasores.

(3) Basta citar el Evangelio de San Mateo, XXVIII, 19: «Id y haced discípulos en todas las naciones.» El mismo Ganivet está mucho más en lo cierto en otro pasaje del *Idearium*.



Pero «el individualismo, tan característico del español, resulta de la naturaleza, es la altivez de la independencia personal, la impaciencia del yugo ajeno; mientras que el respeto del individuo en los godos era, en gran parte, el producto de la civilización á la que por entonces había llegado la raza, y el camino particular que la condujo á esta etapa. Se medirá fácilmente la diferencia, notando con qué facilidad aceptó el godo la doctrina arriana de la predestinación, que quita toda importancia á los actos del individuo en su evolución espiritual, mientras que el celtíbero desde el primer momento reivindicó ferozmente la responsabilidad individual y la independencia racional de cada criatura frente á su creador» (1).

En el punto en que el carácter godo no concordaba con el carácter español, debía perecer; y la monarquía visigoda estaba ya comprometida cuando, creyendo salvarse, se convirtió al catolicismo. Entonces fué cuando, en realidad, se desarrollaron las extremas consecuencias de su debilidad.

Al hacerse católicos, los visigodos, que no habían tenido ninguna fuerza organizadora y que habían retrogradado sobre la centralización de los romanos, legitimaron el empleo que hizo el clero católico, en los asuntos del Estado periclitante, de su genio organizador y centralizador. Y todavía duran las consecuencias de este hecho. Entonces es cuando aparecen en la historia de España la teocracia y la intolerancia, cuando desde hacía siglos, desde hacía miles de años (2), estaban formados los rasgos esenciales y definitivos del carácter español.

«Las influencias bajo las cuales el carácter humano puede

---

(1) Hume, obra cit., pág. 4. Esta discordancia debía desaparecer, pero la invasión árabe la restableció en cierta medida; y estas grandes corrientes opuestas contribuyen sin duda á explicar el *dualismo* notado por Unamuno en el carácter español.

(2) Véase el principio de este artículo. Hume nos dice (Acit, pág. 2) que «las particularidades del carácter español (tales como las encontraron los romanos) están todavía, después de tres mil años, profundamente impresas en la raza».



modificarse, en bien ó en mal, pónense de manifiesto cuerda-mente con la conversión que hizo de España la nación más intolerante de Europa, después de haber sido la más tolerante. Los apologistas pueden tratar de atribuir el odio sentido contra los judíos, los moros y los herejes, en la España del siglo xv y de los siglos siguientes, á una particularidad innata de la raza—á una *cosa de España*,—que debe ser aceptada como un hecho y no requiere ninguna explicación; pero tales hechos tienen su explicación, y la misión del que hace historia es presentar las causas de aquellos» (1).

No es asombroso que los apologistas de que habla aquí el sabio autor se encuentren en una común ignorancia con los más encarnizados detractores del catolicismo. No nos detendríamos á establecer estos paralelos si no se nos ofreciese al mismo tiempo un buen ejemplo de los antiguos prejuicios «filosóficos» ó «científicos» contra España. He aquí lo que dice el famoso Buckle: «De todos los acontecimientos físicos que aumentan el peligro del hombre, los temblores de tierra son, ciertamente, los más terribles... El terror que inspiran excitan la imaginación hasta un grado que llega á ser penoso, y desequilibrando el raciocinio, predispone al hombre á ideas supersticiosas. Y lo más curioso es que la repetición del fenómeno, lejos de embotar estas sensaciones, las hace más violentas... La imaginación... empieza á creer seriamente en una intervención sobrenatural... Puede hallarse la prueba de este estado de cosas, incluso en Europa, en donde estos fenómenos son comparativamente muy raros. Los terremotos y las erupciones volcánicas son más frecuentes y destructoras en Italia y en la península española y portuguesa que en las otras grandes regiones, y precisamente allí es donde más impera la superstición y tienen más fuerza las clases supersticiosas...», etc. (2).

(1) *A history of the Inquisition of Spain*, by Ch. Lea, vol. I. New-York, London, 1906, pág. 35.

(2) Buckle: *Historia de la civilización en Inglaterra*. El autor alega en una nota que «la influencia de los temblores de tierra sobre la supers-



Dejemos, pues, á Buckle afirmar, con el P. Gams, que la intolerancia es autóctona en España (1), y comprobemos que se introdujo por grados muy lentamente.

Los visigodos, al adaptar la ley romana á sus necesidades, se habían contentado con castigar con la confiscación á los cristianos judaizantes, emancipando á los esclavos cristianos de judíos y dando muerte á los amos judíos que intentaran convertir á sus esclavos cristianos; muntuvieron también la prohibición de construir nuevas sinagogas.

Si esto no era la plena tolerancia, si los godos habían tomado de una tradición procedente de Roma gérmenes de intolerancia, era, sin embargo, un régimen mucho más suave que el que siguió á la conversión al catolicismo. El tercer concilio de Toledo (Mayo 589), que condenó la herejía arriana, nos demuestra lo libres que habían sido hasta entonces las relaciones entre razas y religiones diferentes. El concilio hubo, en efecto, de prohibir que los judíos tomaran cristianas por esposas, por concubinas ó por sirvientes; decidió que todo esclavo cristiano, circunciso por un judío, sería libre; que ningún judío desempeñara funciones en que pudiese tener que castigar á un cristiano, etc. Por aquella época, todavía el judío Froganis

---

tición está comprobada por la admirable obra de Lyall, *Principles on Geology*, y nos invita á registrar Beaus-bre, *Hist. critique de manichée*; pero puede suponerse que el terremoto en el que sobre todo ha pensado es el *desastre de Lisboa*, y que se apoya en Voltaire, el cual señaló la relación entre la catástrofe y la superstición en la Península».

(1) Esto permite á los adversarios detestarse, sin temor de reconciliación posible. Se puede observar de paso los prejuicios anglo-sajones contra España, de los que Buckle da ejemplos tan característicos, y cuya exasperación explica la rivalidad política de los dos países. Se puede, decimos, observar que estos prejuicios son transitorios como la intolerancia de España. No costaría trabajo citar actualmente numerosos ejemplos de inteligencia, y de buena inteligencia, entre los insulares anglo-sajones y los peninsulares españoles. Sus francas y vigorosas originalidades les prescriben el respeto mutuo y les dan una especie de semejanza. V. Fouillée: *El Pueblo español*, *Revue des Deux Mondes*, 1.º Octubre 1899, página 489.



podía atreverse, en público, á exaltar la sinagoga á expensas de la Iglesia, sin incurrir en otra pena que la de excomunión del obispo de Toledo, Aurasio.

Pero desde entonces produjéronse los nuevos síntomas. «El más grande eclesiástico de la época, San Isidoro de Sevilla, cuya carrera de cuarenta años empezó con la revolución católica, hizo lo que estaba en su poder para estimular y justificar la persecución.»

Reprobó, sin embargo, los medios violentos que Sisebuto, después de su advenimiento al trono, en 612, empleó para convertir á todos los judíos de su reino. Habíase entreabierto la era de la intolerancia con todos sus arrebatos.

Es preciso solamente observar que España no se distinguía en este punto de todas las demás naciones, y que el espíritu de persecución—antes de ser envenenado por la política—acusaba ser menos nefasto que en cualquiera otra parte en ese país, naturalmente rebelde á la herejía, como más adelante veremos.

Es preciso decir, en fin y sobre todo, que la misión de la Iglesia católica no se limitó entonces á introducir la intolerancia en España; la Iglesia prestó á ese país el inmenso servicio de constituir, en lugar de la anarquía inminente, un gobierno regular—y (lo que contrariara más todavía los prejuicios contra ella) poniendo de manifiesto el carácter tan profundamente democrático del pueblo español,—organizó, sin esperar al Protestantismo ni á los filósofos del siglo XVIII, un régimen parlamentario.

«Los bárbaros, sin libros, sin conocimientos mundanos, sin otra educación que la de las escuelas del clero, y los cuales apenas poseían los primeros elementos de la instrucción religiosa, marchaban con infantil ternura hacia hombres cuyo espíritu estaba adornado con el conocimiento de las escrituras de Cicerón, de San Agustín, y en el estrecho mundo de sus ideas, la Iglesia aparecía como una cosa infinitamente más vasta, más santa que sus Estados de fundación reciente.



»El clero proporcionaba los medios de gobierno á aquellos nuevos Estados.

»Enseñaba que el poder civil debe ser conferido por elección; y los concilios de Toledo dieron á España el modelo de su régimen parlamentario, *con mucho* el más antiguo del mundo» (1).

Así, pues, España, á la que hemos visto tan naturalmente cristiana, es también la patria más antigua de la tolerancia y del régimen parlamentario (2).

Fanatismo y despotismo fueron en España de importación extranjera. Y no debían arraigar, desde luego.

Una de las causas que contribuyeron al poco poder de los visigodos y á su débil influencia espiritual original, fué que en la crisis que sufrieron al chocar con la civilización romana,

(1) Nosotros seremos quienes subrayemos esta frase de lord Acton, *Historia de la libertad en la antigüedad y en el cristianismo*.—Sobre lord Acton, uno de los mejores historiadores que se pueden leer. V. *Revue cath. des Egtises*. Abril, 1908, pág. 248.—También un inglés, Hume, nos dice que los concilios de Toledo fueron la primera asamblea nacional.

(2) Laveleye se atrevió á decir, en el Prefacio que puso á la traducción de lord Acton, que «la Reforma, reanimando las tradiciones germánicas, por un regreso al cristianismo primitivo, fué la que dió nacimiento á la libertad moderna». ¡Cuánto más penetrantes son las apreciaciones de Leroy Beaulieu! «En varias épocas, en la Edad Media ó con los tiempos modernos, ha habido países en que la democracia hizo buenas migas con el cristianismo, hasta con el catolicismo... Citaré, como ejemplo, porque es un hecho que se olvida harto á menudo, los cantones suizos, que son la democracia más antigua de Europa, y especialmente la cuna de la leyenda de Guillermo Tell, los cantones primitivos que baña el lago de Lucerna. Son estos países completamente católicos, y son también países completamente democráticos. En ciertos puntos, podría decirse que son las democracias más completas que conocemos.» (*Cristianismo y democracia*.—*Cristianismo y socialismo*.) El autor cita también Florencia, en tiempos de Savonarola.—En su libro sobre *Los católicos liberales*, Leroy-Beaulieu recuerda que en la misma América, un Estado de origen católico, el Maryland, fué «el primero que proclamó la libertad de cultos en su Constitución».—El gran español Balmes tuvo el mérito de poner fuertemente de manifiesto ideas análogas. Sobre estas graves cuestiones, tan esenciales en la historia moral de la humanidad, hay extrañas lagunas tradicionales en nuestra enseñanza, incluso en la superior.



no pudieron renovarse por haber perdido el contacto con el mundo bárbaro, del que habían salido. Otra fué la condición; otra fué también la suerte de los francos en Galia; y en la misma España, una nueva invasión, procedente esta vez del Sur, la invasión de los árabes, iba á dejar un sello definitivo. España, como hemos visto, comunica más fácilmente por el Sur con África que por el Norte con Europa. En una remota antigüedad, los hombres hablaron la misma lengua á ambos lados de las Columnas de Hércules; uno de los rasgos más antiguos del carácter de la sociedad en las Españas, es lo que Unamuno llama el cabilismo (1). Arabes y bereberes mezclados (el conquistador Tarik era de raza berebere, como la mayor parte de sus soldados), aún instalados en España, no perdieron nada de la savia africana; y como su carácter original no era incompatible con el de los pueblos que fueron *conquistados*, pero que más de una vez tuvieron el sentimiento de estar en realidad *emancipados* por ellos, su invasión, en vez de ser puramente destructora, produjo una civilización superior. Y de esta suerte, los árabes musulmanes tuvieron, sobre la evolución religiosa de España, una influencia más íntima que los visigodos, que llegaron cristianos y se hicieron católicos en esa tierra, pero que iban desarraigados.

La creación más original y más fecunda de nuestro espíritu religioso—dice Angel Ganivet—procede de la invasión árabe. El espíritu español no se calló, como algunos piensan, para dejar el campo libre á la acción; en realidad, habló por la acción. El pensamiento puede expresarse de muchas maneras diversas, y no siempre es la palabra el modo más bello de expresión. Mientras que en las escuelas de Europa la filosofía cristiana se desmenuzaba en discusiones estériles, y á veces ridículas, transformábase en nuestro país en una guerra perma-

---

(1) Martín Hume compara su espíritu de grupo y de tribu con el de las cabilas. Por lo demás, á propósito del libro de Hume, escribió Unamuno en LA ESPAÑA MODERNA (1.º Marzo 1903) el interesantísimo y sugestivo artículo á que aquí aludimos: *El individualismo español*.



nente; y como la verdad no brotaba de las plumas y de los tinteros, sino más bien del choque de las armas y de la sangre en ebullición, no ha quedado consignada en los volúmenes de una biblioteca, sino en la poesía guerrera popular. Nuestra *Suma* teológica y filosófica está en el *Romancero*.

Y la grande originalidad de este modo de expresión, fué que, nacida del choque de dos fuerzas, debía ser un reflejo de ambas. Los españoles, al celebrar sus gloriosos hechos, lo hacían con el espíritu cristiano, el espíritu con el cual y por el cual combatían; pero vistieron sus concepciones con ropaje adaptado en buena parte á la moda de los moros. El espíritu árabe, entonces en su apogeo, tenía, naturalmente, que influir en el espíritu de los españoles, si ya no habían bastado el contacto de varios siglos y la guerra misma, que es ordinariamente el medio más eficaz que tienen los pueblos de ejercer sus recíprocas influencias. De esta poesía popular, cristiana y árabe á la vez, árabe, sin que el arabismo quitase al cristianismo su virtud, dándole, por el contrario, un tono más brillante, de esta poesía nacieron las tendencias más acentuadas en el espíritu religioso español: el misticismo, que fué la exaltación de la poesía, y el fanatismo, que fué la de la acción. El misticismo fué como una santificación de la sensualidad africana, y el fanatismo fué el reflujo contra nosotros mismos, después de terminada la Reconquista, de la furia exasperada durante ocho siglos de lucha. El mismo espíritu que se elevaba á las más sublimes concepciones, creaba también formidables instrumentos de terror; y cuando queremos mostrar un testimonio en el que se exprese muy de relieve nuestro carácter tradicional, tenemos que alegar, con aparente contradicción, al mismo tiempo que los autos de fe, los apasionados transportes de amor divino de Santa Teresa.

Unamuno nota también la influencia semítica sobre el sentimiento religioso de este pueblo, «pueblo fanático, pero no supersticioso» (1), poco dado á las mitologías, y á quien con-

(1) V. Santa Teresa: «Jamás me han atraído las devociones que prac-



viene mejor el monoteísmo semítico que el politeísmo ario (1).

Pero, á diferencia de Ganivet, Unamuno no asigna un comienzo al fanatismo en medio de la historia de España. Más profunda y más significativa es la concordancia de los dos autores, en ver en el misticismo la más alta expresión del genio religioso de España.

Cualquiera que sea su origen, el fanatismo español, en la época árabe, no es ni dominante ni cruel; Ganivet lo hace empezar después de la Reconquista, y Unamuno, de acuerdo con los testimonios históricos, reconoce que *durante* la Reconquista no había ningún odio religioso entre cristianos y moros; opone los españoles al autor de la *Canción de Roldán*, quien en los sarracenos ve á los paganos.

España—dice Unamuno—llegó con su mística al fondo mismo de la religión, al reino que no es de este mundo, á la fuente viva, de la que brota la ley social y la ley viva de su conciencia.

No hay revelación del alma castellana que, mejor que su mística, nos haga penetrar en ella, hasta tocar lo que esa alma tiene de eterno: su humanidad (2).

Es más fácil—y más histórico también, sin duda — mostrar

---

tican ciertas personas; las mujeres, sobre todo... Mezclábase en ellas la superstición.»

(1) Artículos citados: En torno al casticismo, LA ESPAÑA MODERNA. Abril, 1895, pág. 33.—Ya hemos citado la expresión de Unamuno sobre el «paisaje monoteísta», de España, (número de Octubre, pág. 472). No se dirá que la idea pertenece á Renán. «Renán, que tan á menudo murmuró de Chateaubriand, le leyó y practicó mucho»; y Víctor Giraud, que habla así, encontró una nueva prueba de esto en el *Genio del Cristianismo*. «La célebre fórmula de Renán sobre el desierto esencialmente monoteísta, se encuentra ya allí, si no en tales términos, por lo menos como presentimiento muy neto.» Trátase aquí del manuscrito; pero la indicación está casi tan clara en el libro mismo. (V. los detalles de esta curiosa observación, en la excelente obrita *Pensées réflexions et maximes*, de Chateaubriand, ed. por V. Giraud, 1908.)

(2) Art. cit. Abril, págs. 37, 38. Todo el artículo siguiente (Mayo, 1895) es el magnífico desarrollo de este pensamiento.



las afinidades y la influencia recíproca del genio español y del genio árabe, que el determinar con precisión cuál imprimió su sello al otro.

La invasión árabe rompió el esfuerzo centralizador de la teocracia visigoda, que solamente subsistió en el reino de Asturias. En todas las otras partes refloreció el particularismo, el «cabilismo». La situación de la Iglesia variaba según los lugares. Bajo la cruzada de ocho siglos, disciérnense muchos conflictos entre cristianos, como, en los musulmanes, entre árabes y bereberes. Así ocurría que soberanos de las dos religiones mantuvieran excelentes relaciones, y hasta pactaban alianzas formales, mientras que algunos de sus súbditos respectivos se casaban entre sí ó cambiaban de religión. Los filósofos del siglo XVIII no querían ver en las cruzadas sino correrías sangrientas y fanáticas; la historia no ha ratificado esta «filosofía», y si las grandes expediciones del Occidente contra el Oriente dieron lugar á relaciones de cortesía y diplomacia, á cambios económicos, intelectuales y artísticos, mucho más fácil fué la armonía entre aquellos hombres que, en España, vivían con la familiaridad de la misma tierra y del mismo cielo, cuotidianamente útiles los unos á los otros.

Así, después de su primer brote en tiempos de los visigodos, la intolerancia pudo muy difícilmente implantarse en el país; y por los árabes volvió á empezar á desarrollarse (1).

Los triunfos de los cristianos, poco á poco hicieron más fuerte la tentación de las represalias. En Castilla, que iba á conquistar la preponderancia en España, el establecimiento de la capital cristiana en Toledo por Alfonso VI, señaló un cambio radical en la situación de la Iglesia (siglo XI). El rey había prometido á los moros una plena tolerancia y garantizado para culto de ellos el uso de la gran mezquita de Toledo. Fueron dos extranjeros, el obispo Bernardo, un francés, y la reina

---

(1) Hume: ob. cit., pág. 104 y nota. Pero esto, sobre todo después que los fanáticos almohades hubieran expulsado á los almoravides.



Constanza de Borgoña, quienes, aprovechando la ausencia del rey, echaron á los musulmanes de la mezquita (1). Por esta época comenzó á dejarse sentir la influencia romana; ya Cataluña, muy mediterránea, y Aragón, que habían tenido algunas relaciones con el Pontificado, habían, á petición de Alejandro II, proscrito el ritual gótico para adoptar el ritual romano en 1071. Cuando Gregorio VII trató de obtener el mismo resultado en Castilla, parece que el rey Alfonso VI se mostró favorable; pero la Iglesia castellana, que hasta entonces había debido sus triunfos á los rudos guerreros del país y á la protección de Santiago — sin Roma, — no lo entendió fácilmente; hubo un combate judicial, en el que el campeón del ritual tradicional quedó vencedor. Pero después, Alfonso VI consiguió hacer que prevaleciesen las ideas del Papa, inaugurando una larga tradición, durante la cual el Gobierno debió apoyarse en Roma, contra el clero (2).

Pero la originalidad religiosa de España permanece y permanecerá fuertemente marcada. Y he aquí á este propósito, lo que dice Unamuno, que está lejos de exaltar á España, á costa de Italia: «Para hacer resaltar los caracteres de la floración religiosa de España, hasta compararla con otra, la de Italia, por ejemplo.» Ésta siguió la renovación comunal italiana del siglo X al XII; brotó completamente popular en las masas, escudada con las enseñanzas apocalípticas de la renovación social; del reinado del Espíritu Santo y del Evangelio eterno. Floreció en el *Pobrecito* de Asís. No era éste un *monachus*, sino un *fratellus*; no se encerraba en su «castillo interior». La piedad española y la piedad italiana tomaron diferentes caminos, y, en su degeneración, la una fué al quietismo y la otra á los sueños de las sectas comunistas.

En los momentos en que acontecimientos históricos van á

(1) Hume: ob. cit. Parece que fueron los musulmanes quienes calmaron el enojo del rey para evitar que se excitasen los cristianos.

(2) Todo esto está resumido de Hume, pasaje citado.



desnaturalizar esta antigua España, como en ciertos países ha trastornado el volcanismo los sedimentos que componían el suelo, debemos detenernos, y contemplar, por decirlo así, un instante, su altiva originalidad, tal como la ha hecho la naturaleza y desprendido la historia; entonces tendremos fe en ella, y comprenderemos que si catástrofes ulteriores pudieron ocultarla, ninguna fuerza en el mundo podrá destruirla.

El espíritu español, en la Edad Media, se distingue netamente en la Europa occidental; afinado con el contacto de los árabes, pero no ciertamente subordinado á ellos (1), toma su riqueza de las tradiciones más diversas, y, si se puede hablar así, las más complementarias. Solamente los españoles podían entonces asociar las aptitudes del espíritu oriental, semítico, y las que desarrolla la antigua cultura clásica de Occidente, que no habían dejado perder. Hemos visto ya en España á la patria más antigua de la tolerancia y del régimen parlamentario en la Europa occidental; es preciso añadir aquí que ha sido la primera de las naciones animada por el espíritu del Renacimiento; en el siglo VIII y en el IX, asocia ya el amor de la belleza antigua y el sentido cristiano; esta idea conciliadora «que desapareció después en España más completamente que en ninguna otra parte», es «esencialmente española al principio».

Si, en lo que concierne á la literatura, la España de la

---

(1) Hume: ob. cit., pág. 107: «Debe observarse que los árabes no aportaron con ellos sino una débil cultura á España, y que lo principal de su prodigiosa actividad intelectual y literaria, que hizo á Córdoba y Toledo ilustres bajo el gobierno mesulmán, fué debido al impulso de los judíos y de los moros españoles de nacimiento.» Sobre la influencia recíproca de los cristianos y de los árabes, véase Adolfo Bonilla, ob. cit., páginas 304, 306, 307, 353, 382, 383, 386, 388; el autor, de acuerdo con Ganivet, nota la influencia de la mística árabe sobre la teología cristiana. Garra de Vaux nota por su parte que el misticismo cristiano ha influido en el desarrollo religioso del Islam. Desgraciadamente, el autor no dice nada que se refiera especialmente á España. «Se ha continuado, dice el autor, en el Islam, desde Garali (siglo XI) hasta nosotros, una filosofía mística que ha conservado en muchos puntos el esplendor, la elevación y hasta la pureza de la filosofía cristiana.»



Edad Media se adelantó al siglo del Renacimiento, casi se puede decir, en lo que concierne á la filosofía, que se adelantó á nuestra misma época; permaneció rebelde á los rigores de la escolástica; su superioridad consistió en ser inepta para los rigores de esta misma disciplina.

He aquí lo que dice á este propósito Ganivet, después de haber hablado del misticismo de inspiración cristiana y árabe á la vez: «Al lado de estas creaciones tan originales y tan vigorosas, nuestra filosofía doctrinal, imitada de la escolástica, y proseguida con nuestra constancia, pero con pocas disposiciones naturales, pierde una gran parte de su valor. Se nos presenta como una obra de centralización, si así puede decirse, como algo inferior á nuestro temperamento, como una creación de la Iglesia universal para mantener unidas, por la doctrina complementaria del dogma, las células sociales diversas sometidas á su poder supremo. No hay oposición, hay solamente desequilibrio de fuerzas, y el elemento español domina al elemento extranjero; en primer término, porque no es propio, y, por consiguiente, se acomoda mejor á nuestro genio, y después, porque es más lógico y está más en armonía con el espíritu original del cristianismo.

El movimiento de conciliación filosófica, inaugurado en Alejandría y continuado hasta la época presente por los escolásticos, parte de un error, que podría llamarse error de perspectiva, que no afectaba á la esencia de la enseñanza, pero con el tiempo había de entrañar grandes trastornos filosóficos. En vez de crear lentamente una filosofía propia, los nuevos filósofos remendaron la filosofía griega, cuyo espíritu era lo antagónico del espíritu cristiano; en vez de volar con las alas que les daba la fe, se arrastraron por las bibliotecas; en vez de ser cristianos filósofos, fueron filósofos cristianos; en vez de crear con el nuevo espíritu una nueva filosofía, comentaron con el espíritu nuevo una filosofía antigua (1).

---

(1) Faltaríamos á la buena fe de nuestros lectores exponiendo al deta-



No hay en esto un desentono, ni intención de denigrar al cristianismo. Si Ganivet no se precia de una formal ortodoxia católica, si le parece la obra de Santo Tomás «femenina» y privada «del impulso viril que marca la verdadera creación», afirma su temperamento católico con la elección misma de los nombres que opone al de Santo Tomás; sus simpatías van al genio ardiente de San Agustín, «que, sin pretender edificar una enciclopedia filosófica, funda la ciudad ideal, no como el organismo fantasma de un sociólogo á la moderna, sino como algo real que funciona y vive»; ofrece después á nuestra admiración la *Introducción al símbolo de la fe* de Luis de Granada, en fin, «el alma iluminada y purificada» de Santa Teresa. Siempre habla en él la España africana (1).

Y ahora se ve bien que su lenguaje tampoco es una salida de tono. Es un rasgo del carácter español el desdén de la metafísica, si se entiende en su sentido griego esta palabra, cuyo origen, no solamente es griego, sino que se remonta á la obra de Aristóteles. Hemos visto á Séneca, «el español en sí», re-

---

lle lo que nos parece discutible ó falso en nuestras citas; cada una de ellas tiende á ilustrar una idea; por ejemplo, aquí queremos solamente mostrar las pocas afinidades que hay entre el genio español y la escolástica.

(1) Es muy interesante ver en el Islam la misma divergencia de espíritus que en la cristiandad. «La influencia de Aristóteles, de Platón y de los neoplatónicos fué pronto inmensa en el Islam. Contrarrestó y amenazó anular la influencia judaica que había presidido á la formación de la nueva fe...

»Aparecieron varios grandes hombres que salvaron al Islam de esta decadencia. En el orden religioso, el principal fué el sabio y místico Al-Gazali... Restauró, con un gran número de escritos, la fe del antiguo islamismo, y volvió á poner en rigor el espíritu y los preceptos. Pero, hecho él mismo á los métodos del peripalismo, combatió á los filósofos en su propio terreno... Realizó en el Islam una obra comparable á la que Santo Tomás de Aquino realizó en la Iglesia: llevó la escolástica á su apogeo. Ahora bien; si se quiere establecer la relación de tiempos, se comprueba que Alberto el Grande, el maestro de Santo Tomás de Aquino, nació casi un siglo después de la muerte de Al-Gazali.

»Después de este gran hombre, la filosofía independiente en el Oriente musulmán quedó aplastada. Continuó floreciendo en el Occidente, en



belde á la metafísica, y, según Havet, no teólogo. El señor Bonilla expresa la misma idea, y añade, con mucha razón, que si hay una filosofía que se parezca á la de España, es la filosofía inglesa; hasta en pleno misticismo, la filosofía española es *realista*. Ahora bien; Ganivet, en esto como en todo, es profundamente español. Ganivet, dice Unamuno, fué profundamente antimetafísico, expresando así uno de los más grandes caracteres y de los más íntimos del alma española, que será muy mística, pero no metafísica. Ganivet no se cuidaba tanto de formarse un concepto del universo como un sentimiento de la vida; su tendencia fué siempre práctica, por idealista que fuese. Y práctica ha sido siempre la orientación española.

Santa Teresa va á confirmar todo lo que acabamos de decir.

«Es muy importante, dice la Santa, que el director sea ilustrado: quiero decir, que tenga un juicio recto y experiencia. Si por añadidura es teólogo, es perfecto. Pero si no se puede encontrar uno que reúna estas tres ventajas, más vale el que posea las dos primeras, porque se puede, en caso de necesidad, consultar á hombres de doctrina. En mi entender, estos últimos, si no están consagrados á la oración, serán poco útiles á principiantes. En cuanto á las devociones tontas, ¡Dios nos libre de ellas!» «En la oración mental, dice también la Santa, el alma evitará el ruido del entendimiento, siempre en pos de elevadas consideraciones. Algunas pajas menudas echadas con humildad—si es que se puede dar el nombre de paja á lo que viene de nosotros,—servirán mejor aquí que una

---

España y en Marruecos, y allí tuvo su más bello florecimiento con el célebre Averroes. Pero aquí también se declaró en contra de ella la teología: los príncipes almohades, heréticos por lo demás, entregaron al fuego todos los escritos de Averroes y no dejaron que tras él hubiera escuela filosófica. Solamente los judíos conservaron esas obras bajo otras cubiertas y las transmitieron á Occidente. La filosofía griega, expulsada del Islam, atravesó al judaísmo y se refugió en la cristiandad.» Garra de Vaux: *El mahometismo*.



gran cantidad de leños, y contribuirán más á hacer que prenda el fuego. Por leños entiendo esos razonamientos que nos parecen tan doctos, y que, en el espacio de un *Credo*, apagarían la chispa. Este parecer viene muy á propósito para los teólogos que me ordenan escribir. Todos, por la bondad de Dios, han llegado al grado de que hablo, y tal vez pasarían entonces todo el tiempo en hacer aplicaciones de las Santas Escrituras. Seguramente, su saber será muy útil antes y después de la oración; pero cuando están favorecidos por esa de que hablamos, les es, á mis ojos, muy poco necesario; no serviría sino para entibiar su voluntad. El entendimiento, al hallarse tan cerca de la luz, llénase entonces de sus claridades. Y yo, tan mísera como soy, me reconozco más.»

Pasemos ahora á literatura y filosofía. La síntesis del espíritu de un país—dice Ganivet—está en su arte... Se piensa de ordinario que la religión es superior al arte, y que el arte es superior á la ciencia, considerando solamente la elevación de sus objetos respectivos, pero considerándolos desde el punto de vista en que me pongo, como fuerzas constituyentes del alma de un país, la superioridad depende del carácter de cada país... Nuestro espíritu es religioso y artístico, y la religión, muy á menudo, se confunde con el arte. A su vez, el fondo del arte es la religión en su sentido más elevado, el misticismo con nuestros otros caracteres propios, el valor, la pasión y el espíritu caballeresco.

«Aunque no hayamos llegado al «siglo de oro» del arte español, debemos ya registrar en éste algunos signos significativos. Hubo en nuestra Francia de la Edad Media una expresión artística del sentimiento religioso tan profunda y tan pura, que la antigua tierra del paganismo, Italia, á pesar de su genio asimilador y humanista, no pudo jamás adaptársela, pero al mismo tiempo tan fuerte y tan original, tan elocuente á las almas, que el altivo particularismo de España, con su habitual nobleza, supo abrirse al genio francés.»

«España ha aprovechado mejor que Italia las lecciones de



arte recibidas de los frailes borguiñones y sus relaciones continuas con Francia. El estilo gótico alcanzó allí todo su desarrollo; las catedrales de Toledo, Burgos y León son iguales en mérito á los grandes templos construídos en nosotros en las mismas fechas. Ciertamente es que el estilo de aquéllas no las distinguen en nada de éstas. En esos edificios impera la influencia del centro de Francia; la inspiración de Burgos y de Toledo procede de Brujas; los autores de la catedral de León fueron algo después á buscar sus modelos más al Norte, á Chartres y á Campaña...» (1). Un francés, Pedro, hijo de Pedro, que fué maestro de obras de la catedral de Toledo, espera bajo sus bóvedas la Resurrección.

Bourges

La influencia árabe se revela, á su vez, en «las grandes figuras pintadas en los nichos del coro que se añadió á fines del siglo XII, al mirab abovedado de una mezquita de Toledo para formar la capilla del Cristo de la Luz; las santas, representadas en pie, en aptitud de orar y con velos blancos; el sacerdote sin nimbo, con una capa roja y con un estrecho turbante, y sujetando con ambas manos un palo nudoso, forman un grupo de imágenes cívicas en la Edad Media cristiana. Sin duda, los fieles que vieron pintar esos frescos llevaban los mismos trajes orientales cuando iban á orar á la mezquita transformada en iglesia.

Y todavía, en un último ejemplar, se manifiesta la influencia de la Francia cristiana, pero asociada, y no ya dominante, en un relicario de madera pintada que ha contenido los restos de San Isidro Labrador, patrón de Madrid, en tiempos de Alfonso el Sabio. «Los grupos... forman un conjunto de escenas de la vida popular tan vivientes y tan pintorescos como las miniaturas con que el rey sabio hizo ilustrar sus obras, y en las que revive, como en un reino de Liliput, la gloriosa Espa-

---

(1) Estart: *Histoire de l'Art*.



ña del siglo XIII» (1). ¡La gloriosa España democrática y cristiana!

Hay un arte, en fin, que penetra en el alma más íntimamente que ningún otro, más espiritual y más idealista todavía, digámoslo con las bellas palabras tan gratas á Ganivet, que el de los constructores de catedrales: es la música. Citemos, pues, una vez más, para seguir alejando toda sospecha de haber solicitado los hechos que tan bien concuerdan entre sí: «España es un país de música popular y noble á la vez; hubo un rey, Alfonso X, cuyos cantos se inspiran directamente, en muchos casos, en la canción popular de su época. La música española, *particularmente la escuela religiosa*, puede sostener la comparación con lo más saliente y más elevado que se haya producido en este punto en los demás países. Nos sentimos á veces inclinados á creer que conviene buscar en España *la expresión más auténtica del sentimiento cristiano en música*. Por admirables, en efecto, que hayan sido en este punto los romanos, no siempre escapan á la sospecha de ese paganismo permanente y secreto del que Italia, al decir de algunos, en ninguna época ha podido desembarazarse por completo» (2).

Nos hallamos al fin—provisional—de este estudio de historia moral. Si—como dice Ganivet—la síntesis más fiel del espíritu de un país está en su arte, y si de los diversos modos

(1) Em. Bertaux.—España no solamente imitaba; Mestre Mateo, que esculpió el gran pórtico de Compostela, era probablemente francés; pero ni los «escultores romanos» de Chartres, ni los de Brujas, tuvieron la fuerza dramática y el aliento épico del maestro que puso en 1183 los dinteles del gran pórtico de Compostela. El pórtico de la Gloria es, en su tiempo, una obra cívica. Su autor es de los rarísimos artistas de la Edad Media cuyo nombre conocemos, uno de los que más derecho tienen al título de creador y de hombre de genio...

Esas tumbas, en donde motivos de origen musulmán se combinan con las tradiciones del arte del Norte, y en donde la alegre riqueza de la ornamentación oriental hace olvidar el pensamiento cristiano en presencia de la muerte, y que son tal vez los monumentos más extraños y expresivos en que se haya reunido la civilización castellana de la Edad Media.

(2) Albert Soubies; *Histoire de la Musique. Espagne*, tomo I.



de expresión artística, es la música aquel por el cual es lo más difícil el decir algo, pero aquel, en cambio, en el que, diciendo algo, es lo más difícil ser insincero y falsificar las fuentes misteriosas de la inspiración, conocemos ahora el alma de España lo suficiente para no desconocerla más y para no desesperar de ella á través de las aventuras ulteriores de su historia, incluso religiosa.

MAURICIO LEGENDRE.



# GOYA

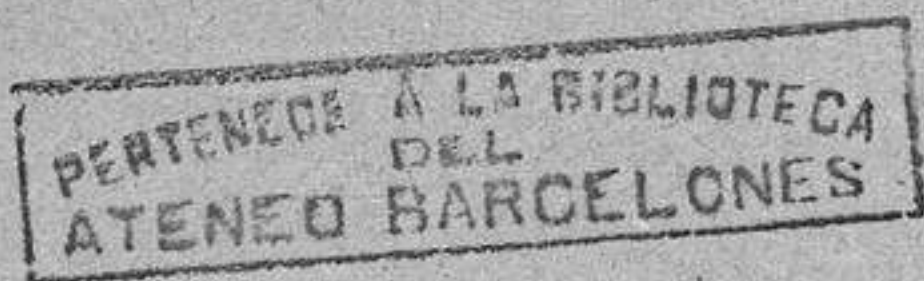
POR

VALERIANO DE LOGA

---

Sí, vendrá un día.  
Vendrá también, ¡oh Goya! en que á tu nombre  
El extranjero extático se incline.

QUINTANA.



La Historia puede, con perfecto derecho, colocar en la cima del siglo XIX una personalidad que en el espacio de una vida de duración inusitada vivió todas las fases de desarrollo de su época. Goya, que en pocos años sacudió lejos de sí, como se sacude el polvo de las bibliotecas, el clasicismo que padecía Francia durante más de una generación, aparece, pertrechado con la parte más saneada de la herencia de los siglos anteriores, armado de sólida técnica y firme mano, como enemigo de toda ranciedad académica. Su sana inteligencia y dotes naturales le impelían á mantenerse alejado de toda forma que se hubiese sobrevivido á sí misma. En este genio creador del humorismo todo se realizaba natural, espontánea y como inconscientemente. Halló el camino recto, sin guía de ninguna especie, y continuó después resolviendo los nuevos problemas de luz y movimiento que ante él se ofrecieron.

Cuando el ultra-octogenario murió lejos de su patria, sus admiradores franceses forjaron de su vida una leyenda según



les pareció que sus obras la demandaban; atribuyéronle una juventud desordenada, el favor de las más hermosas mujeres y una armoniosa voz. Tócale al biógrafo la ingrata tarea de quitarle tan deslumbrante nimbo; pero por mucha abnegación que hayan puesto sus compatriotas en este hercúleo trabajo, y decimos abnegación porque eran españoles, no han conseguido borrar la brillante imagen, y Europa sigue considerando á Goya como el torero, el matón, el seductor de mujeres casadas, el político liberal y librepensador con que desde el primer momento se dejó seducir.

El nombre de Goya sólo alcanzó alto prestigio del lado de acá de los Pirineos (1), cuando se descubrió su largo influjo en la evolución del arte. La torrencial corriente de verismo, *pleinairismo* (2), impresionismo que brotó de París, inundando el mundo asombrado, arrastró sin resistencia á los alemanes, que, concienzudos como siempre en su celo por imitar á los franceses, olvidaron estudiar la corriente en su propio manantial originario.

\*  
\* \*

Francisco José de Goya y Lucientes nació el 30 de Marzo de 1746, en la pequeña villa aragonesa de Fuendetodos, que hoy cuenta apenas unos 500 vecinos. Su padre se llamaba José; su madre, doña Gracia Lucientes, pertenecía á la nobleza del

---

(1) Un excelente aficionado al arte español, Passavant, escribía aún en el año 1853, sobre Goya: «Elocuente muestra del triste estado en que se encontraba el gusto por el arte en España á fines del siglo pasado y principios del presente, nos ofrece Francisco Goya en Madrid, el más celebrado artista, el cual trataba hasta los asuntos religiosos con concupiscencia, y había caído en una manera insípida y esfumada.» (*Die christliche Kunst in Spanien*, Leipzig, 1853, pág. 118.) La característica obra de Muther (*Geschichte der Malerei im XIX Jahrhundert*. Munich, 1893, I, págs. 55 y siguientes) está construída sobre el libro, rico en invenciones de Iriarte, *Orctherods Herod*. Sin embargo, no son de despreciar estos ditirambos que colocan á Goya en el lugar que le corresponde en la historia del arte, y que le ha dado á conocer al gran público.

(2) *Pleinairismus*, en alemán.



país. La casa en que nació se ha conservado hasta nuestros días transformada en ventorro (1). Fué bautizado (2) al día siguiente de su nacimiento, en la Parroquia del Vicario, José María Jimeno, actuando de madrina doña Francisca Grasa. Los padres, pobres labradores con muchos hijos (3), quisieron educar á éste en su propio oficio.

La leyenda que ha tratado de tejer la vida entera de Goya con hilos multicoloros, y á veces chillones, engalanando espléndidamente la sobriedad de su vida de trabajo, á falta de tradiciones, ha tratado de arreglar á su medida la antigua anécdota que Vasari cuenta de Giotto. Un viajero, sacerdote, vió al muchacho pintar un cerdo en una tapia con un pedazo de carbón. Pasmado de aquel extraordinario talento, le profetizó un gran porvenir, y como prometiese á sus padres, sin medios de fortuna, proporcionar instrucción al chico, ellos consintieron gustosos en que le llevase consigo á la capital. Según otra versión, el conde de Fuentes, un individuo de la familia napolitana Pignatelli, protector del pueblo, descubrió al artista á la edad de doce años, cuando pintó en la pared, debajo del altar de las reliquias, en la iglesia parroquial, una cortina,

(1) Calle de la Alhóndiga, 18. Reproducido en la *España Ilustrada*, Zaragoza. Año II, núm. 21. 15 Noviembre 1894.

(2) «En treinta y uno de Marzo de mil setecientos cuarenta y seis, Bapticé yo, el infrascripto Vic.º, un Niño, que nació el dia antecedente inmediato, hijo legitimo de Jph Goya y de Gracia Lucientes, legitmtº casados, habitantes en esta Parroquia y vecinos de Zaragoza: se le puso por nombre Francisco Joseph Goya: fué su Madrina Francisca Grasa, de esta Parroquia, á la cual advertí el Parentesco espiritual que abía contraído con el Baptizado y la obligación de enseñarle la doctrina cristiana en defecto de sus Padres, y por la verdad hago y firmo la Presente en Fuendetodos dho día, mes y año, *ut supra*, etc. Licenciado Jph Ximeno, Vic.º» Impresa por primera vez en *La Perseverancia*, diario católico, Zaragoza, 1868. Año IV, núm. 714. La edición de que citaremos será: Goya, *Noticias biográficas*, por D. Francisco Zapater y Gómez, Zaragoza, 1868, y con algunas discrepancias también del artículo antes citado.

(3) De sus hermanos ya mencionaremos á tres: el dorador Tomás, Camilo, que fué cura, y una hermana casada en Zaragoza.



y en las dos alas del altar la aparición de la Virgen del Pilar. El mismo Goya, cuando en 1808, en el apogeo de sus facultades, visitó su patria, expresóse con menosprecio sobre este trabajo de su niñez, y mostraba inclinación á no reconocerlo como suyo propio (1). El padre de Francisco vivía desde el año 1749 en Zaragoza, en casa propia, situada en la calle de la Morería Cerrada, número 12, en donde, por su oficio de dorador, estaba relacionado con artistas (conde de la Viñaza. Adiciones al *Diccionario histórico* de Cean Bermúdez, II, pág. 241).

En el año 1760, si no un poco antes, encontramos á Goya en el taller del más célebre pintor de Zaragoza. D. José Luzán y Martínez era, en efecto, sólo un prestigio local, y su fama no se extendió mucho más allá de los límites de Aragón. Nacido en el año 1710, pudo estudiar, merced á la protección de los Pignatelli, durante cinco años, en Nápoles, con Giuseppe Mastrollo, Solimena, Pietro da Cortona, Luca Giordano y el Calabrés, copiando todos los cuadros célebres de los italianos y adquiriendo mano hábil y sólida técnica. Por su trabajo rápido y fecundo debe colocársele, en atención á la tendencia de su arte, entre aquellos virtuosos que desde los días de Felipe II poblaron los altares y cúpulas de las iglesias españolas con numerosas figuras y apoteóticas nubes. Como maestro, había ganado este varón amable y bondadoso gran prestigio.

Además de Goya, le deben su educación los Sres. Bayeu (también el tercer hermano, Fray Manuel, luego canónigo de Fuentes, pintaba) (2), Josef Beraton y Tomás Vallespín. En general, la vida artística de Zaragoza, que después de su magnífica actividad de los siglos xv y xvi, en el xvii casi dormía, puede ser considerada en este tiempo á que nos referimos casi desprovista de significación. La vieja ciudad, con sus ricos

---

(1) «No digáis que eso lo he pintado yo», eran sus palabras. Zapater, pág. 10.

(2) Jovellanos: Obras, V, pág. 246, habla de un aficionado que poseía una Concepción de Zurbarán y Goya, y deseaba tener un retrato del padre. V. Zapater: *Apuntes biográficos*, Madrid, 1863, pág. 36.



restos de la civilización mahometana en el castillo de la Aljafaría, donde terminó el Trovador de Verdi, con sus estrechas calles, formadas por los acastillados palacios de la nobleza, con sus patios suntuosamente decorados, é iglesias en que se admiran las características esculturas de Dalmau de Mur, Damián Forment ó de Diego Morales, ofrece al artista aplicado mucho estímulo. Ya en el año de 1714 instauró en su casa el escultor Juan Ramírez una especie de academia, consagrada, en primer término, á sus tres hijos, dotados de gran ingenio, pero en donde encontraban también enseñanzas todos los demás jóvenes de talento. La familia Pignatelli, emigrada de Nápoles, subvenía á tales gastos, sobre todo el canónigo D. Ramón (1734-1793), que, como creador del Canal Imperial de Aragón, se había conquistado grande y duradera gratitud.

Probablemente, ya entonces Goya había trabado, durante sus estudios, íntimo trato con la familia Goicoechea, amistad que después había de consolidar el matrimonio de un hijo suyo con una hija de la casa. D. Juan Martín, calificado protector de Goya, fundó y mantuvo á su costa, durante más de ocho años, una escuela de dibujo. Cuidadoso en la elección de buenos maestros y medios de enseñanza, echó la primera piedra de un próspero establecimiento, del cual surgió más tarde la academia de San Luis (1).

En el canónigo de la Cartuja Aula Dei, Fray Francisco Salcedo, halló Goya un benévolo censor, y en D. Martín Zapater y Clavería, un amigo para toda la vida.

Su correspondencia con éste, que abarca el período de 1775 á 1801, constituye el más precioso documento para apreciar las opiniones de Goya, á la vez que el más luminoso testimonio de la entereza de su carácter. En ella aparece como un hombre leal, conciliador, de fe sencilla y profundamente arraigada con el nombre de la Virgen frecuentemente en los labios,

---

(1) Cean Bermúdez: l. c., pág. 149 y sig.—Ponz: *Viaje de España*, Madrid, 1788, XV, pág. 86.



y que empezaba sus cartas con el signo de la cruz (1). No encontramos nunca una observación maliciosa ó irónica, ni una palabra de sátira. Mantúvose apartado de la política y de la corte más que sus verbosos amigos. Tampoco gustaba de disertar sobre arte. Nada torpe en manejar la pluma, mostraba una cultura del corazón, que le hizo bien quisto en el círculo de los primeros españoles de su tiempo: Campomanes, Quintana, Moratín, Jovellanos ó Cean Bermúdez. Seguramente, no administró tan mal su cultura espiritual como se dice generalmente. Recordaba bromeando el tiempo que pasó en las escuelas pías con el Padre Joaquín, en compañía de Zapater (2). A los cuarenta y un años aprendió francés, é hizo tales progresos, que pronto pudo escribir una larga carta en este idioma (3).

Siempre oportuno y discreto, hablaba largamente con ministros, príncipes y hasta con el mismo rey, siendo honrado con su confianza. Como buen aldeano, económico y previsor por los suyos, sabía defenderse contra las desmedidas pretensiones de sus hermanos. Sobrio por naturaleza (4) y contento con poco, gustaba también de cierto regalo que le parecía indis-

---

(1) Estas 135 cartas, que sólo fueron publicadas en extracto, se han perdido en su mayor parte. Quizá se encuentren aún muchos originales en poder de la familia en alguna parte de la provincia. Algunas, á lo que parece las más interesantes, fueron vendidas; así el marqués de Casa Torres poseyó la célebre que trata de la duquesa de Alba, y D. José Lázaro y Galdiano conserva otras dos interesantísimas.

La publicación se debe á los sobrinos de Zapater, con motivo de las biografías de Matheron é Iriarte, y con el carácter de una refutación documentada, de la historia romancesca, que algunos talentudos escritores construyeron pintando á Goya, el pintor de corte de Carlos IV, como un Frondeur francés, vengador de entuertos, que, como Don Quijote, recorría las calles de la capital espada en mano, escalando balcones, ocultando damas tapadas y cayendo, con su traje bordado de cortesano, sobre los transeuntes; un escéptico que dudaba de Dios y de sí mismo.

(2) Zapater: l. c., pág. 46.

(3) Idem: l. c., págs. 45 y 46.

(4) Idem: l. c., págs. 18 y 37.



pensable á la realización de sus ideas artísticas (1). Fácilmente excitable, como sus paisanos, y al igual de muchos sordos, suspicaz, recelaba enemigos quizá donde no los tenía, lo que fué ocasión de que sufriera mucho (2); pero accesible á los sentimientos de la amistad (3), tendía pronto el primero la mano para la reconciliación con palabras de arrepentimiento y desagravio.

Era en especial simpático su trato con los amigos. Hallaba palabras conmovedoras para consolarlos de los golpes del destino (4), ó cuando en las enfermedades de la mujer ó de los hijos quería reanimar su propio corazón (5). Todo acontecimiento, así venturoso como nefasto, era comunicado antes que á ninguna parte á Zaragoza, frecuentemente bajo el sigilo del secreto (6). Cuando con ojos de artista contempló el brillante fausto de la corte, dijo (7): «Pienso en ti, como me sucede siempre en mis alegrías.» Comparte sincero respeto, con franca modestia. Repetidas ofreció toda su fortuna á Zapater (8), «con la voluntad que puede ofrecer un hombre á otro, y chico, tú y yo sé que nos parecemos en todo, y Dios nos ha distinguido entre otros, de lo que damos gracias al que todo lo puede, á Dios». Ponía nombres familiares á las casas en el lenguaje íntimo, y no faltaban palabras picantes. Más de una vez acuden á la memoria las cartas venecianas de Durero, pues también Goya se servía de pequeños dibujos para sus anotaciones íntimas.

\* \* \*

Faltan noticias sobre los tiempos de aprendizaje durante su niñez y mocedad. Si hubiésemos de prestar á sus primeros

(1) Zapater: l. c., págs. 41, 42, 43 y 51.

(2) Idem: l. c., págs. 14, 15 y 20.

(3) Idem: l. c., pág. 20.

(4) Idem: l. c., págs. 22, 41 y 42.

(5) Idem: l. c., págs. 35, 43, 44, 45 y 47.

(6) Idem: l. c., págs. 17, 34 y 47.

(7) Idem: l. c., pág. 33.

(8) Idem: l. c., pág. 43.



biógrafos, tan inclinados á dar rienda suelta á su fantasía y á dar oídos á las tradiciones orales, tendríamos que afirmar que su educación no fué por cierto la más esmerada. Inteligente y precoz, se sujetaba difícilmente á toda disciplina; en años posteriores lamentó alguna vez el tiempo perdido en copiar grabados en cobre. Dotado de gran vigor físico, se sentía atraído por los placeres de la juventud, como el baile, el canto y la guitarra, mucho más que por aquella pedantesca ocupación; cuando tuvo más edad, viósele mezclarse en las fiestas propias del país, á veces no muy distinguidas, como corridas de toros, tabernas, así como en aventuras de amor y camorras. Bajo los susurrantes chopos del Ebro ó las fértiles colinas del Canal, desde las cuales se divisaban á la tarde las nevadas cumbres de los Pirineos, en los campos aragoneses, tan ricos en contrastes, deslizaba una vida un tanto vagabunda. Compartiendo con aquellos hombres tozudos y beatos (?) sus alegrías y también sus rudas pasiones, sangre de su sangre, hizo sus estudios sobre el pueblo, trabajando más con los ojos que con las manos. Su pronta mirada lo veía todo, y las experiencias que de la próspera y adversa fortuna hacía en sí mismo, le fueron provechosas más tarde. No fueron años perdidos.

Con motivo de un encuentro nocturno, á consecuencia del cual resultaron tres hombres muertos, se le hizo peligrosa á Goya la permanencia en Zaragoza. Sus amigos y su padre, éste con grandes sacrificios pecuniarios (1), vinieron en su ayuda para que pudiera escapar á la Santa Hermandad. Pero puede decirse que una capital de provincia (2) era poco espacio para él, y el ansia de ver mundo le prestó alas para volar adonde sabía que encontraría dos paisanos y condiscípulos en buena posición.

---

(1) Matheron refiere que el padre de Goya, confiando en las dotes de su hijo, vendió dos casas para costearle el viaje á Madrid y á Roma.

(2) Woermann, Ismael y Antón Rafael Mengs, *Zeitschrift für bildende Kunst*, Leipzig, Berlín, 1894. Nueva serie, V, pág. 175.



Don Francisco Bayeu y Subias, nacido en el año de 1734 en Zaragoza, de una distinguida familia, había tenido una excelente educación de humanista, hasta que luego, siguiendo su vocación artística, estudió en el taller de Luzan, de donde quizá datase su primer conocimiento con Goya. Desde principios del año 60 estaba en Madrid; en 1765 fué nombrado académico; unióse sin reserva á Mengs, que desde el otoño de 1765 era omnipotente en la corte en negocios de arte.

El Rafael de Sajonia había entrado ya en Nápoles, justamente en el momento en que el rey, llamado al trono por la muerte de su hermano, se disponía á trasladarse á España. La recomendación de Augusto el Fuerte á la hija y al yerno, así como la fama que desde Dresde á Roma le había precedido, asegurábanle un recibimiento en todo extremo favorable (1). Como príncipe del país que custodiaba los nuevos tesoros descubiertos en Pompeya y Herculano, sentíase Carlos especialmente atraído por la amistad de Winckelmann. Para él era el arte siempre un gran factor de la cultura, así que no escatimó ningún sacrificio para ganar en favor de España al hombre que podía enseñar al mundo á pintar en el estilo clásico de los antiguos. El buen hacendista no pudo resistir á hacer ofrecimientos verdaderamente regios (habitación, equipo y el título de primer pintor de cámara, con el tratamiento de Excelencia), á pesar de que los auxilios de las provincias con las necesidades de la guerra empezaban á escasear. Aún estuvo Mengs algún tiempo retenido en Nápoles y Roma, por encargos á que había dado comienzo, y por fin embarcóse en el otoño de 1761, con su bella esposa y con sus hijos, con rumbo á Alicante. No encontró ya viva á su compatriota la reina; sin embargo, no se arrepintió de su resolución. Pronto llegó á crearse partidarios entre los artistas del país, y por tal modo

---

(1) «Goya permaneció seis años en la capital de Aragón.» Es decir, sobre poco más ó menos, hasta 1766. Zapater: l. c., pág. 11.



á echar raíces en España (1). Aun los mismos pintores viejos, como Mariano Maella, que luego ganó alta fama; Antonio González Velázquez, á quien encontraremos en Zaragoza; Guillermo Anglois y José del Castillo, se apropiaron, con menoscabo de su propia personalidad, el nuevo estilo. Francisco Bayeu fué quizá quien tomó más del incuestionado y bienhechor clasicismo. Y puesto que abundaban los pedidos, pronto hizo venir á la corte á su hermano menor, Ramón, coevo de nuestro héroe.

En tal círculo apareció Goya, no sabemos cuándo (2) ni menos lo que duró su primera estancia en la capital; tampoco han quedado trabajos de esta época, en que el pintor contaba más de veinte años. Por de pronto, estudiaba los antiguos cuadros de palacio, Ticiano, Rubens, Murillo, y entre todos Velázquez, que le seducía más que los innovadores. Su instinto fantástico hallaba pasto en los Misterios de Bosch. Pero también Tiepolo, llamado por Carlos III, trabajaba desde 1762 en palacio. Enemistado y poco estimado de la nueva generación que se agrupaba en torno del filólogo Mengs, aunque sin estimarle, bosquejaba sus techos eternamente jóvenes, ocaso de la edad de oro de Venecia, para los cuales, á causa del auge de la sobriedad clásica, sólo se tenía una sonrisa de compasión.

Con la feliz mirada del genio, reconoció Goya cuánto había que aprender allí, y si bien nos faltan datos para afirmar que el joven tratara en persona al viejo maestro, demuéstrese en sus obras lo mucho que debió al veneciano. Muchos años

---

(1) «Los artistas españoles se lanzaron ciegamente sobre sus huellas, ganando alguna corrección en el dibujo, pero matando en sí propios toda lozanía, toda personalidad y toda franqueza, miseramente ahogadas por aquel frío convencionalismo del cual no acertó á libertarse el mismo don Francisco Bayeu, el mayor nombre de nuestra pintura de aquel siglo, excepción hecha del nombre inmortal de Goya.» Menéndez y Pelayo: *Historia de las ideas estéticas en España*. Madrid, 1886, III, II, págs. 397, 398.

(2) «Goya permaneció seis años en la capital de Aragón.» Es decir, hasta 1766 próximamente. Zapater: l. c., pág. 11



después oímos que Goya obtuvo provecho del que durante largos años fué ayudante de Tiepolo, al cual admitió en su taller.

\*  
\* \*

El viaje de Goya á Italia es colocado en el año 1760. No debió abandonar Madrid muy gustoso. A consecuencia de una aventura galante, que le valió dos cuchilladas y la persecución de la policía, sus amigos le proporcionaron los medios de escapar (1). Así se explica también que saliese sin ninguna ayuda oficial y que emplease un vehículo bastante inusitado. Matheron, que no suele pararse á comprobar la veracidad de sus fuentes de información, refiere que Goya, por falta de dinero para el viaje, se agregó á una cuadrilla de toreros, y que, con la muleta en la mano, después de muchos zig-zags, alcanzó un puerto del Mediodía. La travesía le fué tan funesta, dícese también, que hubo de llegar enfermo á Roma, y sólo debió el restablecimiento de su salud á los abnegados cuidados de una anciana.

Al contrario de la mayor parte de los estudiosos, mantúvose alejado de todo el tole-tole académico; en este punto un precursor de los franceses modernos burlábase de sus colegas que empleaban el tiempo en dibujar, según los antiguos. «Cuanto más importante, escribía entonces Hackert, y más aún necesario es para el artista en general estudiar los asuntos de sus obras en la naturaleza misma, tanto menos se usaba entonces dibujar esta naturaleza.»

Los pequeños cuadros y escenas de la vida del pueblo, pintados del natural, que de cuando en cuando presentaba Goya, provocaban ciertos movimientos de cabeza en sus dóciles cole-

---

(1) «En Roma, adonde se concluyó y existió á sus expensas,» dice un escrito de 24 de Julio de 1779. Cruzada Villaamil, *Los Tapices de Goya*, Madrid, 1870, pág. 111.—La Academia de San Fernando, desde 1758, solía, al igual que la francesa, enviar pensionados á Roma. Menéndez y Peláyo, l. c., III, II, pág. 407.



gas. También debieron despertar la atención del embajador ruso, que después trató en vano de trasplantar aquel talento que tanto prometía á la corte de Catalina. Era éste, probablemente, el mismo conde Iwan Schuwalow, que dirigió las negociaciones con Hackert sobre los cuadros de la batalla de Tschesme. Cuando en la rada de Livorno, Orloff hizo volar la fragata, el «más caro precioso modelo de que jamás se sirvió un artista» (dice Goethe), hubiese debido realmente estar allí Goya.

Fiel á sus antiguos hábitos, atúvose á los vivos. Se mezclaba con placer en la vida callejera, que en ninguna parte tiene tanta variedad y encanto pictórico como allí. Nobles y prelados en magníficas carrozas, monjes y mendigos, arrieros de carros colorinescos, campagnuoli en sus pellejos, le interesaban más que el Teatro Marcellus, bajo cuyas bóvedas bebían la inspiración aquéllos. En Trastevere se le veía con la mayor frecuencia entre los incomparables modelos. Y cuando aquellas nobles figuras quemadas por el sol, gritando y gesticulando, barateaban por las calles y sacaban de pronto sus puñales para desfogar sus pasiones, hacía él sus estudios en caso de que no quisiera tomar parte en la *coltellata*. Se contaban acerca de él inusitados lances de bravura: escaló la cúpula de San Pedro para grabar su nombre en una piedra, á la que no había llegado nadie hasta entonces, casi al mismo tiempo que Goethe en Strassburgo. El mausoleo de Cecilia Metella le sirvió para dar un paseo por el friso. Como en Zaragoza y en Madrid, aquí también precipitó su partida una aventura amorosa. A consecuencia de haber entrado en un convento de monjas, sólo pudo librarle de galeras la intervención del embajador (1) y una precipitada fuga.

Todos estos relatos de las aventuras de Goya en Roma se

---

(1) Probablemente, D. Josef Nicolás de Azara, que hizo la propaganda del concepto artístico de Mengs. Stirling Maxwell: *Annals of the artists of Spain*. London, 1891, IV, pág. 1.374. Menéndez y Pelayo: l. c., III, II, pág. 398.



tambalean por su base. Iriarte (1) y Ossorio (2) se remiten á dos de sus discípulos, Rivera y Velázquez, que, según decían, le prestarían en Roma ayuda estando á su lado; Antonio de Ribera, después director del Museo, nacido en 1779, no estaba aún entre los vivos, y Velázquez, nacido en 1767, con el nombre de Zacarías González, y del cual es del único que aquí pudiéramos hablar, no pudo, en el año 1769 ó 1770, introducir á Bayeu en Roma, pues éste se encontraba seguramente establecido en Madrid desde 1765. Tampoco pudo Goya, como aquéllos dicen, retratar al Papa Benedicto XIV, pues éste había ya muerto en 1758, y aun parece descartada una confusión con Clemente XIV, que regía la Iglesia desde 1769 hasta 1774, puesto que, para mayor abundamiento, no encontramos en el Vaticano huella alguna de un retrato del Papa, de mano de Goya (3). También pertenece al reino de la fábula la especie de que conociese entonces, ó que hubiese conocido personalmente en algún tiempo, á David, así como que se sintiera influido por sus revolucionarias ideas. David, que era casi coevo de Goya, sólo consiguió obtener el Prix de Rome, en 1774, después de varios infructuosos ejercicios; así, pues, en un tiempo en que Goya estaba ya de regreso en su patria, y cuando éste, dos generaciones más tarde, estuvo en París, ya no se encontraba entre los vivos el pintor del emperador.

La única noticia auténtica sobre la residencia de Goya en Italia, hace creer que emprendió la vuelta por el Norte y que visitó la corte de Parma, íntimamente emparentada con su dinastía. En el número de Enero de 1772 del *Moniteur de France* se dice que «François Goya Romain, élève de Mr. Vayeu, peintre du roi d'Espagne, remporte le second prix de peinture propossé par l'Academie de Parme et que le sujet du concours etait; Annibale jetant du haut des Alpes les regard sur l'Italie.»

(1) *Goya*. París, 1867, pág. 15.

(2) *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*. Madrid, 1868, I, pág. 312.

(3) Estas penosas investigaciones las debo al Dr. Adolphi Goldschmit.



Sabemos además que el jurado sintióse inclinado á darle el primer premio si se hubiera circunscrito más al tema: «Et s'il eût mis plus de verité dans son colorit.» Mientras de su cuadro ha desaparecido hoy toda huella, se ha conservado el trabajo de Paolo Borronis (1), un genio provinciano que fué preferido al suyo. Es un cuadro poco expresivo, á causa de su tiesura académica; un ángel muestra al héroe la tierra prometida. De bastantes escasas proporciones, como otros que cuelgan junto á él en la misma galería de Parma, también temas de concursos, como aquél, y que explican que Goya se atuviera á dichas proporciones y no emplease mucho tiempo en su ejecución. Pero aquel documento contiene también otras observaciones de importancia; en primer lugar, se llama á Goya «Romain», es decir, que antes de 1777 estuvo algún tiempo en la Ciudad Eterna; quizá también que envió desde allí sus solicitudes, y, en segundo lugar, que se le considera como discípulo de Bayen, cuyas enseñanzas sólo pudo recibir en Madrid. El reparto de premios se efectuó en Parma el 27 de Junio. Si estaba Francisco entonces allí presente, le quedó más de cuatro meses para el regreso á su patria.

En Octubre del año 1771 recibió Goya en Zaragoza el primer encargo importante.

La devoción de la Virgen del Pilar, esto es, del sitio donde la Madre de Dios apareció sobre una columna (pilar) al apóstol español Santiago, mostrándole el camino de la predicación, atraía desde el siglo xvii crecientes masas de peregrinos todos los años, de tal modo, que la primitiva capilla que, según el cuadro de Mazo en el Museo del Prado, no parece nada pequeña, llegó á no ser suficiente para las necesidades crecientes del culto. En 1686 (2) se empezaron, con arreglo á los planos de Francisco Herrera, los trabajos de construcción de un edificio de ensanche ó supletorio. Cuando más tarde estos trabajos se vieron de-

---

(1) Corrado Ricci: *La R. Gallerici di Parma*, pág. 9, núm. 554.

(2) Ponz: l. c., XV, pág. 7.



tenidos, fué llamado Josef Ramírez (1) el hijo mayor de aquel Juan antes mencionado. Pero éste, modesto en demasía, propuso que se encomendase la dirección al arquitecto Ventura Rodríguez, el cual estaba entonces en el apogeo de su fama, y se contentó con colaborar en el decorado del templo. A la renovación fundamental que en 1753 introdujo aquel ingenioso, y nunca exento de buen gusto, discípulo de Javara, debe la gran iglesia, de tres naves, su actual gallarda configuración. Gran número de cúpulas, cubiertas de azulejos, que se reflejan con las torres en las aguas del Ebro, le dan un aspecto muy pintoresco; el interior, con su armonioso decorado y sus pinturas de delicados y vivos colores, es uno de los más puros ejemplos del estilo de Luis XVI. Se ha conservado con piadoso celo el coro al estilo español en la nave central del antiguo edificio, con la magnífica verja y suntuosa sillería, y el altar mayor de Damián Forment. La capilla de la Virgen del Pilar en la parte oriental del edificio forma un recinto independiente, que sirve como de vestíbulo á las naves transversal y de los lados, con su rosario de capillas. Libre, bajo alta cúpula, en la que Antonio Velázquez pintó la aparición de la Virgen con deliberada imitación de la Casa Santa en Loreto, hay un pequeño templete de figura ovalada, del más fino mármol y bronce dorado, adornado con preciosas esculturas, que, tras de una verja de plata maciza, guarda los exvotos, resplandecientes por el brillo del oro y las joyas. Alrededor de este recinto, que ocupa un arco de la nave central, agrúpanse, en forma de cruz griega, cuatro pequeñas cúpulas, de las cuales dos corresponden al eje de la nave central y las otras dos á las naves laterales. Los cuatro arcos de las naves laterales, que completan el cuadro de la cruz, están cubiertos por bóvedas planas. El afán del capítulo fué, desde el principio del año 1770, adornar con frescos las bóvedas de esta nueva y rica edificación. Primeramente tratóse de la decoración del pequeño coro de la capilla situado en-

---

(1) Cean Bermúdez, l. c., IV, pág. 156.



frente de la puerta de entrada, y que realmente forma una de las capillas del muro del Oriente.

En la sesión del 21 de Octubre de 1771 presentó Goya á la Comisión edificadora (1) bocetos para la pintura de la bóveda cilíndrica. Tan honroso encargo lo debió quizá al arquitecto Ventura Rodríguez, con el cual tuvo más tarde buena amistad, ó á su maestro, ó quizá sólo al acaso y á su presencia en Zaragoza, pues la Junta de Trabajos quería proceder con rapidez. El canónigo D. Matías Allué, que en época posterior dirigió el decorado del edificio, pudo contar el 11 de Noviembre que Goya había puesto en evidencia, merced á una prueba que mereció la aprobación de los inteligentes, su seguridad en la técnica del fresco. Como quiera que Antonio González Velázquez pidió por tal trabajo 25.000 reales, se le confió á Goya por 15.000, con la condición previa, no obstante, de enviar sus croquis para que fueran aprobados por la Academia de Madrid. Pero cuando el artista, en 27 de Enero de 1772, expuso su proyecto acabado, le fué discernido el encargo antes de que llegase la respuesta de la capital. El día 1.º de Junio pudo anunciar Allué que Goya tenía su trabajo casi acabado (2).

En la pequeña bóveda cilíndrica pintó la Adoración de Dios. Grupos de ángeles, con alas ó sin ellas, inclínanse ante el símbolo de la Trinidad, bañada en torrentes de luz. Los escorzos aparecen concebidos grandiosamente en el estilo de Tiépolo, y sólo en los contrastes de luz y de sombra, demasiado fuertes, se revela el principiante. Algunos colores, como un rojo ladrillo, y más que ninguno, el fuerte amarillo de las nubes rebosantes de luz, lo mismo que en los primeros cuadros de Murillo, perjudican el conjunto.

El 30 de Julio entró la Junta (3) en negociaciones con Ba-

(1) Conde de la Viñaza: *Goya, su tiempo, su vida y sus obras*. Madrid 1887, pág. 157. Apéndice. Actas del Archivo de la Virgen del Pilar.

(2) Viñaza: l. c., pág. 158.

(3) Idem: l. c., pág. 159.



yeu sobre la pintura de las cúpulas accesorias. No hay razón alguna para deducir de este hecho la suposición de que ya entonces la Junta estuviese descontenta de Goya. Mas ¿qué hace Goya en los años siguientes? Sus biógrafos colocan en este período su estancia en Roma; pero ya vimos más arriba que su viaje á Italia es anterior.

Y aquí viene en nuestra ayuda un dato hasta hoy no tomado en cuenta: noticia de que sale garante un hombre que ya en anteriores ocasiones (1) ha ganado la patente de veracidad, el cartujo D. Tomás López; cuenta que Goya pintó en su convento, durante los años de 1772 á 1774, una serie de frescos representando la vida de María.

La Cartuja Aula Dei, fundación del siglo xv, las más veces llamada, para distinguirla de otros conventos de la orden en donde Francisco Bayeu pintó la historia del santo fundador, Cartuja Alta, está situada á unos 10 kilómetros al Norte de Zaragoza, á la orilla izquierda del Ebro. Durante la guerra de la Independencia padeció mucho esta Cartuja, este edificio de gran valor para el conocimiento de las cartujas españolas, cuando la desamortización, vendida á particulares, cayó cada vez más en decadencia y olvido (2). En nuestros días han tomado posesión de estas ruinas pictóricas, y con piadoso afán tratan de reconstruir lo derruido. Tuve ocasión de dar á estos honorables y amables religiosos una alegría, diciéndoles qué tesoro guardaban. Pues los frescos de Goya existen realmente; expuestos por espacio de cerca de medio siglo á las inclemencias de la intemperie, á causa del hundimiento ó incendio de un techo, las pinturas están en parte desconchadas; pero las que se conservan, que son más de la mitad, resplandecen inmaculadas aún de manos de restauradores, con inusitada frescura. No es posible dudar de la autenticidad. A cada paso encontramos detalles que nos recuerdan el Coreto de Zaragoza, así como

---

(1) Viñaza: l. c., pág. 462.

(2) Tampoco Pons menciona este convento.



los más antiguos tapices. El rojo ladrillo tostado y la preferencia por el amarillo, también se encuentran aquí. El dibujo, enérgico y seguro, demuestra cuánto tomó de Tiépolo. En la originalidad de la invención y de la composición revélase el maestro.

Los frescos corren, á manera de frisos, por pilastras divididas por estrechas ventanas en toda la extensión de la gótica iglesia, de una sola nave, de modo parecido á los de los cuatrocientistas en la Capilla Sixtina; sólo que aquí siguen á las naves laterales poligonales y al coro. Las de la pared del Norte han desaparecido hasta el último resto, y también enfrente se han desprendido á trechos grandes trozos, pero se reconoce, sin embargo, la composición. A los lados y sobre la puerta encontramos el Sacrificio de Joaquín, en estado bastante deplorable; luego, á la derecha, el Nacimiento de María y su casamiento, en los cuales más de la cuarta parte está destrizada. La tercera bóveda la llena la Visitación, muy interesante en sus figuras accesorias. En el mismo estado de conservación se encuentran los cuadros de los dos brazos de la Cruz y del Coro, la Circuncisión y Presentación en el Templo. En la nave transversal del Norte cautiva la Adoración de los Reyes, por su elegante distribución.

Nunca volvió Goya á pintar un ciclo tan extenso de asuntos religiosos. El perímetro de la obra corresponde cumplidamente á su valor estético y á su importancia histórico-artística. Nunca aparece más emancipado de las cortapisas que imponen los trabajos de encargo, por lo que se manifiestan más que en los trabajos obligados sus extraordinarias dotes. Los característicos mirones de la Visitación y de la Adoración de los pastores le acreditan de observador fino, y en el ángel que rechaza á Joachim del altar con vibrante impulso, hay grandeza monumental.

\*  
\*  
\*



Después de estos dos años de reclusión, quizá no muy voluntaria, tras de los protectores muros del convento, impuesta probablemente por su famosa aventura sangrienta, volvióse Goya á la capital. Una carta (1) del pintor dirigida á la Junta de Obras de la Virgen del Pilar, demuestra que en 1.º de Marzo de 1775 se estableció en Madrid. Llama á Francisco Bayeu, su cuñado, con lo que por aquella fecha ya debía de haber contraído matrimonio. Los años siguientes habitaba en una casa de la Carrera de San Jerónimo, núm. 66. Dicha casa era de la marquesa de Campollano.

Josefa Bayeu, hermana del pintor, se relacionaba con Goya por abolengo y raza. Sus simpáticas facciones nos han sido transmitidas por mano del pintor (Museo del Prado) (2) en época mucho más posterior. Poseía una figura muy esbelta para una española, un poco delicada, pero de porte correcto y distinguido. Admirables cabellos, de un rubio de oro, son su más bello adorno; los grandes ojos claros miran serios, pero amables; la boca pudiera parecer un poco dura y la barbilla un tanto puntiaguda. Las manos, cruzadas, bastante grandes, están cubiertas por guante largo.

En aquel rostro antójase ver un emblema del destino. Los biógrafos franceses hablan aún de indiferencias, infidelidades de su esposo, de discordias, que pronto la condujeron á la tumba sin determinar hechos concretos. Sin embargo, podemos afirmar, como testimonio que pone en tela de juicio tales afirmaciones, que el matrimonio duró, por lo menos, treinta y seis años, como lo demuestra sobradamente el testamento mancomunado de ambos esposos de 1811. En las cartas á Zapater, en las cuales hablaba Goya revelándose á su amigo con entera franqueza, no encontramos ninguna alusión ó insinuación que nos revele algún hecho ó sentimiento incompatible con una vida de familia tranquila y armoniosa. Los cuidados que le

---

(1) Viñaza: l. c., pág. 160.

(2) Otro retrato de esta dama se vió en una exposición de Barcelona.



causaban las frecuentes enfermedades de su esposa le inspiran palabras de concordia y de cariño. También Josefa parece haber sido un carácter vehemente, terca, aragonesa legítima, y en materias de arte, con otra manera de ver que su marido (1). De veinte hijos que tuvo, sólo pudo criar uno.

Si tratamos de investigar en el fondo de este matrimonio, encontramos una circunstancia, en la que hasta aquí no han parado mientes los biógrafos, y que habla con gran elocuencia en favor de la mujer. Desde su boda encontramos á Goya como transformado. Antes le vemos abandonarse volublemente á sus instintos nómadas y perseguir las diversiones al estilo algo grosero de su país; desde su enlace le vemos absorberse cada vez más en su trabajo, hasta el punto de que mientras que, de antes de los veintinueve años, en que se casó, sólo poseemos algunos cuadros, desde esta edad en adelante desarrolla una actividad tan pasmosa como fecunda y provechosa.



El día 6 de Septiembre de 1775 escribía á su antiguo amigo de juventud (2), hablándole de un cuadro que representaba á San Cristóbal, y cuyo reverso formaba la imagen de la Dolorosa; probablemente, una especie de estandarte de procesión ó pendón de algún templo. En esta fecha creo que debe colocarse su Sagrada Familia, del Prado (3), que se pudiera tomar por homenaje al nuevo clasicismo imperante.

El cuadro referido, que tanto se despega de sus demás obras por su artificiosa lisura y su empalagoso tono dulzón, en composición y dibujo, así como en la busca de fuertes contrastes de luz y de sombra, por medio de los cuales las figuras se entresacan del oscuro fondo, recuerda el cuadro al Correggio,

(1) Relación de D. Tomás López en la obra de Viñaza, l. c., pág. 462, «á causa de su diferente modo de ver en Artes».

(1) Zapater: l. c., pág. 12.

(2) Prado-Museunt, núm. 2.115, a. F.



del cual Mengs decía tan profundamente que era «el gusto de la gracia y de la armonía». La cabeza de José, con su inexpressiva sonrisa, recuerda al Jacob soñando, del cuadro del nuevo Rafael, en Dresde.

Puesto que Mengs distribuía los encargos del rey, no era maravilla que un joven pintor que buscaba su pan en la corte, siguiendo el ejemplo de los compañeros, pagase su tributo á la moda reinante, y bien podemos presumir de su carácter picaresco y astuto que quisiese adular, por la imitación de su manera, al poderoso para conseguir su favor.

A la observación de Matheron (capítulo IV) de que Mengs, en su deseo de volver á Roma, se alegraría de encontrar en Goya un artista que pudiera hacer olvidar su partida, hay que prestarla el mismo valor que á la noticia de que el ardiente joven atacara con la espada al viejo maestro cuando éste se aventuraba á señalar un defecto en su trabajo.

Sea lo que fuere, el primer encargo oficial tuvo que agradecerse Goya á Mengs.

La Real Fábrica de Tapices de Santa Bárbara, en Madrid, fundación de Felipe V, había ganado, merced también á antiguas tradiciones, gran fama bajo la atinada dirección de Jacob van der Goten, llamado de Amberes con sus hijos para este objeto. Al principio, en el Palacio Real se limitaban á restaurar ó copiar restos de ricos paños; pero más tarde se trabajó según bocetos originales de maestros extranjeros, como Giordano, Procaccini, de Havase (discípulo de Lebrún) y otros. Después de la muerte de Jacob aceptó su hijo mayor, Francisco, la dirección de la Fábrica, construída al fin del Prado, no lejos de la célebre iglesia de Santa María de Atocha, después de muchas vicisitudes. Le ayudaban sus hermanos Jacob, Cornelio y Adrián, que habían practicado su oficio algún tiempo en la villa y también en Madrid (fábrica de Santa Isabel). Como monumento de esta segunda época de florecimiento, pueden citarse los tapices perfectamente coloreados á lo Teniers y Wouwerman, del Pardo y El Escorial. Mientras los trabajos de



restauración avanzaban rápidamente, pronto se inició un retroceso por falta de medios económicos.

A la subida al trono de Carlos III, á quien precedía de Nápoles justa fama de amigo del arte y generoso Mecenas, y cuya esposa, como princesa sajona, debía fomentar la tradicional afición de éstas, por la porcelana, primero en Capodimonte, y luego en el Buen Retiro, nacieron las más grandes esperanzas.

Tocaba también á Mengs introducir reformas. Cuando en 1762 se le confió la dirección artística de la Fábrica, trató de que se ejecutasen poco á poco trabajos nacionales. Fueron los mismos artistas adictos á él: Andrés de Calleja, Antonio González, José del Castillo, Salvador Maella y los dos Bayeu.

Con motivo del decorado de las habitaciones del Príncipe de Asturias en el Pardo, trabajo que debía ser encargado á algún artista, aparece citado por primera vez, en una solicitud de Mengs de 18 de Junio de 1776, el nombre de Goya, en unión de los de José del Castillo, Ramón Bayeu y Manuel Napoli (1). Si bien Mengs propuso que cada artista fuese obligado á emplear toda su actividad por pagas anuales, pareció más acertado que cada cartón fuese examinado y tasado por los pintores de cámara (2).

El 30 de Octubre del mismo año, ya Goya había entregado una obra, que Francisco Bayeu y Mariano Salvador Maella valoraron en 7.000 reales (3). A pesar de una grave enfermedad, que venció en Abril de 1777 (4), hizo Goya una rápida serie de bosquejos hasta el 26 de Enero de 1778, cuya realización estaba destinada al decorado del comedor de los infantes. Estos seis grandes cartones y los cuatro sopraportas le proporcionaron la muy considerable suma de 46.000 reales.

Para adueñarse de la técnica, necesitó Goya más tiempo.

(1) Cruzada Villaamil: l. c., IV, núm. 3.

(2) Idem id.: o. c., pág. VI.

(3) Idem id.: o. c., pág. 112.

(4) Zapater, o. c., pág. 13.



Su primer cartón equivalía á un cuadro en que las figuras se repartían por el paisaje, tanto, que los tejedores en su inversión tuvieron que hacer de nuevo todo, excepto el dibujo. Cuando vió que, tanto un espacio agrandado, según los principios de la perspectiva, como una fina acentuación de la luz, eran cosa imposible dentro de la técnica, tomó otra dirección, acentuando la luz y la sombra, y colocando demasiado duramente los colores locales unos contra otros. El fondo de un delicado gris ó azul era á veces roto por las sencillas líneas de un árbol míseramente provisto de hojas, ó por el tejado de una casa. Renunciando al medio fondo ó segundo término, como había visto hacer á Tiépolo, Francisco disponía el suelo en forma de declive hacia atrás, ó limitaba la perspectiva con edificios en forma de colinas. Cuando después se recortaban sus figuras sobre el claro cielo ó sobre una pared convenientemente coloreada, en siluetas de mucho efecto, pronto aprendió á vivificar la línea limitante de la esfera con elegancia.

Algunos grupos sentados en la pendiente, á menudo sólo visibles en su mitad y sumidos en una media sombra, producían un efecto excelente. Sin embargo, en sus trabajos posteriores no pudo desembarazarse de cierto esquematismo en la composición, cierta simetría en la construcción y algún embarazo en el dibujo.

Los cuadros de la vida popular y las fiestas campestres eran, con arreglo á los modelos tradicionales del siglo XVIII, los asuntos preferidos para los tapices. José del Castillo y Ramón Bayeu habían tratado motivos de esta especie, pero ninguno parecía más apto para tales materias que Goya, el hijo nativo del pueblo.

De los cartones que Goya hacía en tamaño grande, con admisión de extraña ayuda, solía hacer pequeños bosquejos al óleo. En la mayor parte de los casos trataba de simplificar la composición, apiñando los grupos y reformando adecuadamente el fondo. Siempre se descubre en ellos la superioridad del artista pensador que dirige su creación.



De su primer tapiz, «La Merienda á orillas del Manzanares» (Museo del Prado, núm. 1), un asunto al estilo de Watteau, de sello completamente nacional, poseen los herederos de M. Lafitte en Madrid un primer croquis, rico en figuras, del cual, por cierto, tiene el cartón muy poca cosa. De su indudable pareja, «Los viajeros», que se disponen á descansar después de la merienda, se puede asegurar que no llegó á ejecución, así como tampoco el pequeño estudio de figuras galantes, único Goya que posee la Sociedad Económica de Amigos del País, de Zaragoza. Podemos conocer «La merienda», en un estado un tanto más adelantado, en un pequeño óleo, una sexta parte en tamaño del original, que el marqués de la Torrecilla envió á la Exposición de Madrid de 1900, con el croquis del segundo cartón. «El baile en San Antonio de la Florida» (Museo del Prado, número 11) demuestra, por más de un concepto, un adelanto importante. El paisaje está bosquejado sólo á grandes rasgos y elegantemente adaptado á un tono uniformemente gris, del cual se destacan de modo que por entre ellos circula el aire (1).

«La niña de la Venta Nueva» (Museo del Prado, núm. 117), el tercer tapiz, se distingue por su magnífica ensambladura.

«El paseo de Andalucía» (Museo del Prado núm. 4) y «Los jugadores» (Museo del Prado núm. 8) son duros y ásperos en sus colores, pues Goya creyó favorecer al tejedor por fuertes contrastes. Pero, en cambio, de sus figuras ha desaparecido ya todo embarazo.

En «La cometa», el dibujante se ha connaturalizado ya con las exigencias de la técnica. Evita el medio fondo por colinas ascendentes; á la izquierda, una pareja de formas indecisas, inundada de luz, anima dicho medio fondo; con la misma fortuna ha sido interrumpida la monótona superficie del cielo, de un gris pálido, por un álamo blanco de pocas hojas. Casas arábicas con techos planos, semejantes á las que Goya pone

(1) Goya envió un boceto á su amigo Zapater: o. c., pág. 13. No es idéntico á la obra mencionada, pues está realzada la expresión, como se puede ver en el original de San Francisco el Grande.



frecuentemente en sus medios fondos, se encuentran aún en Aragón.

De los cuatro frisos, los dos con grupos de niños fueron los más admirados en su tiempo; hoy, «Los niños de la fruta» (Museo del Prado, núm. 6) nos parecen algo amanerados. Al igual de una figura de Tiépolo, siéntase una dama con amplios vestidos, á la cual quita el sol del rostro con una sombrilla, un criado distinguido y elegante. «El quitasol» (Museo del Prado, núm. 6). «El bebedor» (Museo del Prado, núm. 5), en compañía de matuteros y guardias, contiene magníficos tipos de una raza popular notablemente vigorosa, de recios y achaparrados cuerpos, gruesas pantorrillas y grandes cabezas sobre robustos cuellos. En el bailarín de la primera cuadrilla, en el que quiere separar á los dos matones, en el que tiene el hilo de la cometa y en el jugador de naipes, no es difícil reconocer el mismo modelo. Las pocas mujeres atestiguan la gracia nativa de las españolas.

En el paseo de Andalucía se ha querido reconocer á la duquesa de Alba, dominada por la brutal pasión de los dos más famosos toreros de aquel tiempo: Pedro Romero y Pepe-Hillo. Por lo general, cuando se trata de atribuir alguna cosa á esta excéntrica dama, no se suele tener muchos escrúpulos en la exactitud del parecido. Pero el cotejo de los datos de su vida ha quitado toda probabilidad á esta hipótesis (1). Positivamente, el episodio á que aquí se alude, y que tan grande escándalo produjo, y del cual también habla Godoy en sus Memorias, ocurrió doce años después. Quizá la leyenda naciese de que el dibujo del Paseo en Andalucía recordaba la excursión que Goya hizo con la duquesa al Sur, en el año de 1793. Pronto se encontró para los disfrazados los nombres que recordaban aquel suceso.

Tres meses después, el 27 de Abril de 1778, había acabado Goya siete trabajos para la alcoba del príncipe de Asturias, en

(1) Araujo Sánchez: l. c., pág. 17.



el Prado. Con pasmosa rapidez despachaba ahora los trabajos. Hasta el 26 de Enero de 1780 tardó en su gran encargo, y además hizo veinte cartones. Al principio de Enero de 1779 le cupo en suerte el honor de poder presentar en persona, al rey y á los dos príncipes, cuatro de sus bosquejos. Para este objeto fué invitado por primera vez al besamanos. Con palabras que penetraba el sentimiento de una gran alegría, escribe á su amigo: «Te digo que no podía desear más, en cuanto á gustarles mis obras, según el gusto que tuvieron de verlas y las satisfacciones que logré con el rey, y mucho más con sus altezas, aunque, añade, ni yo ni mis obras merecen tales atenciones.»

De cuentas que se han conservado, aparece que de los ocho artistas que en aquel tiempo trabajaban para la Fábrica, él fué quien más obras produjo; así le corresponden treinta obras, mientras que á su cuñado, más joven, Ramón Bayeu, veinte; á Antonio Velázquez, veintitrés, y á José del Castillo, diez y seis cartones. A más de las ganancias materiales (que importaron en los tres años 114.000 reales) (1), significaba esto para el joven artista un gran éxito artístico, tanto que en 24 de Julio de 1779 se arriesgó á pretender el puesto de pintor de Cámara (2). Hacía relación en el correspondiente escrito de sus actuales trabajos, y mencionaba expresamente que había estudiado en Zaragoza, su país natal, y en Roma, donde había vivido á sus propias expensas, y que Mengs había sido su maestro. La resolución, á pesar de las frases de elogio que le dispensaba, no le fué favorable; mas, por lo menos, la Academia de San Fernando le nombró su individuo, el 7 de Mayo del siguiente año (3), con motivo de su muy académico crucifijo, que de San Francisco el Grande pasó al Museo del Prado.

Entretanto, Goya trabajaba sin tregua para la Fábrica de Tapices; el 5 de Enero de 1779 tenía dispuestos siete cartones

(1) Cruzada Villaamil: l. c., pag. 21, núm. 12.

(2) Idem:: o. c., pág. III, 2; págs. 19, 9, 10, 11.

(3) Zapater: o. c., pág. 14.



para el decorado de la alcoba del príncipe de Asturias, en el usual estilo de Bayeu y Maella. «El ciego de la guitarra» (Museo del Prado, núm. 11) gustó particularmente; se admiró el grupo principal con sus expresivas cabezas, no menos que el aguador, tanto que Goya decidió destinar la celebrada composición para un cobre que la hiciese más accesible al público. Es el cobre más grande de Goya, fiel al original hasta en los menores detalles y análogo en la técnica á los de Velázquez.

«La Prendería de la plaza de la Cebada», «La Cacharrería», «El Paseo del militar» y la «Vendedora de frutas» (Museo del Prado, núms. 12, 13, 14, 15, 16 y 17), describen la animación de las calles de la capital. Cuatro grupos hacían oficio de frisos: muchachos con gorros de granaderos, y armados de mosquetes, tocando el tambor ó la trompeta.

Una segunda serie, cuyos primeros números acabó en 20 de Julio de 1779, tienen por asunto las diversiones y menesteres de la gente del pueblo. El juego de pelota, precisamente entonces difundido por los vascos por las provincias antiguas, dió ocasión al artista, amigo de los deportes, para una de sus más perfectas composiciones: «El juego de Pelota» (Museo del Prado, núm. 18). Delante de una tapia, y sobre el terreno, en suave rampa, del segundo término, están reunidos varios espectadores muy interesantes. El verdadero juego de pelota, formando diagonal en el cuadro, parece un antiguo circo formado por la naturaleza. En sus formas, perfectamente desarrolladas, y en sus seguros movimientos, parecen aquellos hombres los dignos descendientes de los tenaces y perseverantes iberos. El magistral artista se revela otra vez en el modo de colocar á los defensores ante la blanca tapia de la torre arábica en ruinas. En el Columpio (Museo del Prado, núm. 19) la construcción está demasiado apiñada y no se destaca bien del oscuro bosque, al menos así lo parece, si se compara el cartón con aquellos cuadros tan aireados que Goya pintó más tarde para los Osunas. De las aldeanas se ha hecho, sin perjuicio de la idea, damas nobles.



El 24 de Enero del siguiente año tuvo efecto un suministro más importante. «Las Lavanderas» (Museo del Prado, número 20) haciendo juego con «La Novillada» (Museo del Prado, núm: 21), esto es, el arrastre de un novillo para la corrida, con un palacio semejante á la Lonja de Zaragoza, y «Los guardas del tabaco» (Museo del Prado, núm. 24) hácense colocar los encantadores modelos con juguetones niños á los lados. En dos de los frisos han pintado esta vez el jardinero podando árboles y «El vito» con modelos de personas mayores (Museo del Prado, núm. 27). Cuatro cartones se han perdido; de dos de ellos existe, sin embargo, la reproducción.

En la primavera de 1780, los trabajos para la Fábrica de Tapices tuvieron provisionalmente una larga interrupción.

VALERIANO DE LOGA



## PARNASO INTERNACIONAL

---

**A una joven árabe, que fumaba el narguilé en un jardín  
de Alepo.**

*(De Lamartine.)*

¿Y eres tú la que me pides  
Incienso de poesía,  
Hija feliz del Oriente,  
Tú, que viniste á la vida  
Respirando del Desierto  
Las ráfagas escondidas;  
Tú, de los frescos jardines  
De Alepo, flor sin espinas,  
Cuyo perfumado cáliz  
El bulbul escogería  
Por cantar, allí anidado,  
Sus mejores melodías?

¿Quién, á las fragantes flores  
Aromas y esencias brinda?  
¿Quién, al pomposo naranjo  
Frutos de oro dar querría?  
¿Quién, á la brillante aurora  
Prestara purpúreas tintas,  
Y estrellas resplandecientes  
A la noche clara y límpida?  
Inútiles son los versos;



Mas, si las dulces delicias  
Quieres gozar, que el poeta  
Ofrece en sus doctas rimas,  
Aproxímate á esa fuente  
Y contéplate á ti misma:  
Nunca los versos pintaron  
Imagen más peregrina.

—————

Cuando en el bruñido kiosco  
Que guarda enrejada ojiva,  
Y á la luna le abre paso  
Y á las juguetonas brisas,  
Al atardecer te sientas  
Sobre alfombras de Palmira,  
Donde del ardiente moka  
Humea la amarga linfa;  
Cuando á tu labio entornado  
Tu blanca mano aproxima  
De jazmín vástago hueco  
Que el oro adorna y matiza,  
Y el aroma de las rosas  
Con dulce embeleso aspiras,  
Y haces sonar en el fondo  
Del narguilé el agua tibia;  
Cuando la nube aromática  
Que te envuelve y acaricia,  
Grata languidez infunde  
En tu sangre adormecida,  
Y en aquel ambiente absorbes  
Placenteras fantasías;  
Cuando la arrogante yegua  
Del árabe tú nos pintas,  
En tus infantiles manos  
Al duro freno sumisa,



Y el relámpago fulmíneo  
Que sus ojos ilumina,  
También vivaz resplandece  
En tus profundas pupilas;  
Cuando tu mórbido brazo,  
Como asa de urnas antiguas,  
Apoyándose en el codo  
Sostiene tu cabecita,  
Y al súbito centelleo  
De blanca lámpara brilla  
En tu puñal de Damasco  
Refulgente pedrería,  
No tiene el humano acento  
Que al corazón más hechiza,  
No tiene el augusto bardo  
En su frente pensativa;  
No tiene ningún suspiro  
Del alma tierna y sencilla,  
Nada tan hermoso y poético  
Como tú, preciosa niña!

---

Pasaron y se alejaron  
Para mí los bellos días  
En que el amor nos embriaga,  
Lozana flor de la vida;  
A la hermosura yo rindo  
Admiración todavía;  
Mas rayo es de luz sin fuego  
Esa admiración tranquila.  
Mi corazón fatigado  
Aún tiene un amor, la lira.  
Si mi abril aún floreciese,  
¡Cuántos versos te daría  
Por cada sorbo ligero



Del humo, que distraída  
Lanzas al aire, inundándolo  
De fragancias exquisitas;  
Por señalar con mi dedo  
Las hechizadoras líneas  
Que dibujan los contornos  
De tu imágen hermosísima,  
Cuando el astro de la noche,  
Rasgando nubes sombrías,  
En el blanquecino muro  
Tu negra sombra perfila!

TEODORO LLORENTE



## LOS TAPICES FLAMENCOS DE LA EXPOSICIÓN DE ZARAGOZA

---

Cuando la famosa Exposición Colombina de 1892, ocuparon toda una sala unos antiguos tapices flamencos, enviados á Madrid por las dos catedrales de Zaragoza: la Seo y el Pilar. Nadie entonces hubo de consagrar á estos tapices un estudio que pudiese completar las descripciones del catálogo, redactadas con exactitud por un canónigo de Zaragoza, y las seis fototipias del *Album*, muy grandes y bastante empañadas. Los visitantes de la Exposición del Toisón de Oro vieron en Brujas, en 1906, tres de esos tapices de Zaragoza, representando la historia de Esther, al lado de los famosos tapices reales de España. También eran reales los tapices de Zaragoza: según la tradición, fueron dados por el Rey Católico á su hijo bastardo Alonso de Aragón, quien, de 1473 á 1520, ocupó la sede arzobispal de Zaragoza. El *Festín de Asuero*, representado en 1460 por un maestro flamenco, resucitaba en el Ayuntamiento de Brujas, gótico y moderno, una fiesta de la corte de Borgoña. Tal vez, los dos tapices de Zaragoza se encontraban de vuelta en una ciudad en donde ya habían estado. Una *Historia de Esther* tapizaba una de las salas del banquete, cuando las bodas de Carlos el Temerario con Margarita de York, en 1468 (1).

---

(1) El tapiz de la *Historia de Esther*, que se conserva en el Museo Correense de Nancy, pasa por haber sido encontrado en el campo de Carlos el Temerario. La tradición es muy sospechosa, porque atribuye igualmente al Temerario el famoso tapiz del *Banquete*, que es del siglo XVI



Los dos tapices que la Exposición de Brujas ha dado á conocer á los historiadores del arte flamenco están como perdidos en Zaragoza, en medio de un amontonamiento de tapices que pertenecen á las dos catedrales, y cuyo número exacto no da ningún inventario accesible. Estos tapices, olvidados después del centenario de Colón, han permanecido desconocidos, así puede decirse, hasta el año último; los mismos eruditos españoles no hablaban de ellos sino de oídas, como de un tesoro fabuloso (1).

En efecto, era imposible estudiarlos. Muchos de ellos no salen jamás de los rincones en donde duermen enrollados; de los tapices del Pilar, algunos de los cuales se exponen en la basílica durante las fiestas de Octubre, los más valiosos han desaparecido en estos últimos años, y se les puede creer en América; en fin, los tapices de la Seo que toman el aire cada año durante la Semana Santa, son colgados muy en alto, entre los elevados pilares, en la sombra de una reunión de bóvedas adonde apenas llegan algunos lejanos reflejos de la luz del día.

\* \* \*

La Exposición retrospectiva de Zaragoza ha tenido por organizador á D. Francisco Moreno, el mismo canónigo que eligió y describió los tapices enviados á la Exposición de Ma-

---

(B. Boyé, *Le Batin de Nancy*, en las *Memoires de la Société d'Archeologie lorraine*, t. LIV, 1904, págs. 165 y 173.) El tapiz de Nancy es de la misma época que los tres tapices de Zaragoza, y probablemente del mismo taller; pero no forma parte de la misma serie.

Felipe el Bueno compró en 1462, á Pasquier Grenier, comerciante de Tournai, un tapiz de la *Historia de Esther* en seis piezas (*Pol de mont, les Chefs-d'œuvre de l'ar ancien á l'Exposition de la Toison d'or á Bruxelles*. Bruselas 1907, pág. 148; págs. 71 y 72; *Album de la Exposición Colombina de 1892*, págs. 177-178, 213-214, 219-220).

(1) V. las notas de D. Elías Tormo y Monzó, en su estudio *Las tapicerías de la Corona y otras colecciones españolas* (*Boletín de la Sociedad española de excursiones*, t. XIV, 1906, pág. 32).



drid. Pudo, esta vez también, hacer que saliera de las dos catedrales una serie de tapices que eligió con el más discreto celo, á falta de poder exponer por entero los kilómetros cuadrados de lana, de seda y de oro que hubieran llenado, con todas las salas del Palacio de Arte antiguo, los dos pisos del vasto patio. Cada una de las series más venerables y más raras fué representada por una pieza á lo menos. El conjunto formó una colección de diez tapices, los más importantes de los cuales, en número de ocho, fueron reunidos en una vasta sala. En otra sala, reservada á la Casa Real, veíanse esos tapices del Palacio de Madrid, que, antes de aparecer en 1906 en Brujas, fueron admirados en 1900 en París. Esa multitud de Héroes y Princesas, de Angeles y de Virtudes; esa deslumbrante confusión de aparato guerrero, de pompas sacerdotales, de disfraces fantásticos, ha maravillado una vez más á quienes lo han visto; pero no ha revelado nada nuevo sobre los pintores flamencos y los liceros de Bruselas, que compusieron y tejieron, á principios del siglo xvi, los espectáculos de gloria italiana y de magnificencia borguiñona, imaginados por algún gran retórico de Madama Margarita Augusta (1).

Las dos catedrales de Zaragoza habían expuesto dos tapices ejecutados en Bruselas en tiempo de los Reyes Católicos, y que, tanto por su conservación irreprochable, como por su riqueza extraordinaria, hubieran sido dignos de figurar en la sala real. El tapiz de la *gloria de la Virgen*, perteneciente al Pilar (2), formó en un tiempo juego con la *Presentación en el Templo*, que M. Martin le Roy pudo adquirir en 1884. Estos dos tapices, el que se ha quedado en Zaragoza y el que constituye el ornato más suntuoso de la más rica colección parisiense, fueron tejidos con arreglo á los mismos cartones de dos tapices de Bruselas de la colección real de España que perte-

---

(1) L. Male. *L'Art religieux de la fin du Moyen âge en France*. París, 1909, pág. 373.

(2) Dimensiones: ancho, 4<sup>m</sup>,60; alto, 4 metros. Fototipia en el *Album de la Exposición en 1892*, págs. 175-176.



necieron á Doña Juana la Loca. Los ejemplares de Madrid y de Zaragoza no difieren entre sí sino en insignificantes variantes: los obreros han seguido el modelo pintado muy de cerca y con minucioso cuidado (1).

El programa dado es muy complicado, y recuerda las imágenes con compartimentos de los libros de piedad más corrientes en el siglo xv, la *Biblia de los pobres* y el *Espejo de Salvación* (2). Sin embargo, las composiciones cuyo motivo central está formado por la Presentación en el templo y la Gloria de la Virgen, no se encuentran exactamente en los pequeños volúmenes que eran el *vade-mecum* de los pintores de cartones para los tapices flamencos ó franceses (3).

En medio del tapiz de Zaragoza, la Reina del cielo está sentada en un trono, teniendo á su derecha á su antepasado el rey David. Ante ella están arrodillados unos patriarcas. El anciano Jessé, en primer término, sujeta con ambas manos el arbusto genealógico del que María habia de ser la flor suprema. Un guerrero con armadura, un sumo sacerdote lleno de pedrerías, llevan sus atributos, en los que la teología de la Edad Media hubiera reconocido figuras de la maternidad virginal; el toisón de Gedeón, la varita de Aarón, seca y milagrosamente florecida. Más difícil es designar al hombre de armas arrodillado detrás de Gedeón; tal vez es Judas Macabeo. En cuanto á las jóvenes en traje de corte, que ostentan sus amplios vestidos de brochado forrados de armiño, al de los mantos pesados y de las armaduras pulimentadas, ningún signo permite reconocer en ellas, ya á las mujeres ilustres de la Biblia, ya á las vírgenes que, en los retablos de Colonia y de Brujas, forman cortejo á la Virgen.

(1) V. el estudio de M. Marquet de Varselot, en el gran *Catalogue de la collection Martin le Roy* (t. IV, pág. 41 y pl. 7); allí se encontrarán todos los documentos conocidos y los datos útiles. Yo me contento con precisar algunos detalles iconográficos.

(2) El *Speculum humanæ salvationis*, estudiado por un Pedrizet (1908).

(3) E. Male, obra citada, págs. 249 y siguientes.



Los compartimentos extrañamente formados en la parte superior de la composición por ramificaciones combinadas con columnillas de oro, sirven de marco á figuras agrupadas dos á dos; Adán y Eva recuerdan el pecado que María ha borrado dando al mundo un Salvador; dos profetas (1) anuncian la encarnación.

Las dos escenas que hacen juego á derecha é izquierda del grupo central, como las hojas de un tríptico, son inesperadas. El frente del altar de Sans, que es el más magnífico y el más delicado de los antiguos tapices franceses, pone, á derecha é izquierda de la coronación de la Virgen, la coronación de Bethsabé y la de Esther. El sistema «tipológico» de la *Biblia de los pobres* es el seguido en los tapices de la *Vida de la Virgen*, así como en la serie de la Chaise-Dieu: el Nuevo Testamento anunciado por el Antiguo (2). Aquí las dos escenas que acompañan al grupo celeste en donde se encuentran reunidos los dos Testamentos, están sacadas del Evangelio. Estas mujeres, tan adornadas como las misteriosas princesas, arrodilladas ante la Virgen, son las pecadoras de que habla el Evangelista San Juan: la mujer adúltera y la Samaritana. El Salvador está al lado de ellas (3). Parece que el teólogo autor del programa haya tomado por lema el Pecado y la Redención, y querido oponer á la nueva Era las hijas de Eva, siempre curiosas del fruto prohibido.

Las intenciones del teólogo se pierden en los pliegues de los paños endurecidos por el oro y cubiertos de floraciones gigantes. Otro tapiz de la Exposición de Zaragoza, algo menor, era todavía más sedoso y más rico, con menos colores. Era uno de los tapices del Pilar, los tapices invisibles. Lo mismo

(1) Sin duda Ezequiel é Isaías.

(2) E. Male, obra citada.

(3) Detrás de la Samaritana, un apóstol trae un plato de pescado. Es el versículo 31 del capítulo IV de San Juan: «Mientras tanto sus discípulos le presentaban de comer, diciendo: «Babbi, come.» Pero él les dijo: «Tengo de comer un alimento que vosotros no conocéis.»



que la *Gloria de la Virgen*, expuesta por La Seo, procedía de un taller de Bruselas, el que tejió una de las series más célebres de la colección real de España, la *Vida de la Virgen*. Completamente igual á los tapices de esta serie, de los que había una muestra en Zaragoza, el tapiz del Pilar es un camafeo rubio, en el que los tonos vivos están misteriosamente ahogados en la armonía de los oros.

El asunto esta vez no tiene nada de común con el de los tapices de Madrid: es una historia bíblica la de Jefté (1). El hijo bastardo de Galaad es expulsado por los hijos legítimos de su padre, de los cuales uno hace ademán de sacar la espada contra aquél. Como Israel se ve amenazado por los hijos de Ammon, uno de los ancianos va á suplicar á Jefté que vuelva entre los suyos y se ponga al frente de los Galaaditas. Jefté se deja conmovér. Hele aquí jefe y juez: llevando el arminio y le corona, se apoya con un escudo, en el que hay un águila. Vencidos los amouritas, el juez vuelve á su hogar, mientras que su hija, acompañada por unos jóvenes, le ofrece presente de rodillas; Jefté hace un gesto de dolor. Se acuerda del voto que ha pronunciado antes de la batalla: de sacrificar al Eterno al primero de su casa que saliera al encuentro de su regreso victorioso. Estos primeros episodios son sencillamente recordados en compendio, sin los compartimentos estrechos dispuestos en la parte superior de la composición. La gran escena es el adiós de la hija de Jefté á su padre. De rodillas ante él, descubre el seno que aquél ha de herir. Sus compañeras suplicantes son las que van á seguirla á las montañas en donde ella se retirará para llorar su virginidad.

El pintor que ha adornado esta salvaje historia de sacrificio humano como una fiesta de bodas reales, estaba acostumbrado á representar para los príncipes alegorías gloriosas ó leyendas de amor; ha puesto en Jefté la juventud de Tristán ó del Caballero del Cisne: el héroe parece tener la edad de su hijo. El

---

(1) Libro de los Jueces, cap. XI.



autor desconocido de la *Historia de Jefté* es próximo pariente del pintor que dibujó el cartón de la *Gloria de la Virgen*. Un mismo detalle, muy curioso, reaparece en medio de cada una de las dos obras: una imagen se encuentra reflejada sobre la coraza de Gedeón y sobre la de Jefté, como en los espejos convexos que los maestros flamencos, según Juan Van-Eick, gustan de poner en un rincón de sus cuadros (1). De una parte, es el anciano Jessé, con su barba blanca; de la otra, la hija de Jefté, la blancura de su rostro y de su seno virginal.

Cuatro tapices del Pilar, que se dice son semejantes á la *Historia de Jefté* por la composición y el colorido, han permanecido en su escondite. Cuando salgan, podrá añadirse una serie magnífica al número de los tapices bruselenses del siglo xvi. El futuro catálogo de estos tapices comprenderá todavía tapices de la Seo de Zaragoza, como los dos soberbios de la *Historia de San Juan Bautista*, que fueron enviados á la Exposición de Madrid en 1892, y no han sido expuestos en Zaragoza en 1908. Otros tapices bruselenses podrán ser encontrados en las iglesias y los palacios de España — especialmente en las catedrales de Toledo, Burgos, Palencia, Tarragona, Lérida, en el Colegio del *Corpus Christi*, en Valencia; en el Palacio de Justicia de Barcelona; — pero, reuniendo los más importantes, de ciudad en ciudad, no se formaría la cuarta parte de la incomparable colección del Palacio Real de Madrid.

En cambio, algunas catedrales españolas han conservado series de tapices muy anteriores á los recogidos por los herederos de Doña Juana la Loca, de Carlos V y de Felipe II. La Seo de Zaragoza es aún más rica que la catedral de Zamora en tapices del siglo xv. Expuso en 1908, al lado de la *Historia de Esther*, que pudo ser estudiada en Brujas, y sobre la cual es in-

---

(1) La imagen más antigua reflejada en una coraza es probablemente la que apareció en la miniatura del desembarco de Guillermo de Baviera, conde de Holanda, 1413, en el famoso libro de Horas de Turín, que el incendio de 1904 ha reducido á cenizas.



útil volver, otros tapices «góticos», muchos de los cuales son de una ejecución más preciosa, de dimensiones más extraordinarias, ó de una época más remota.

\*  
\* \*

Uno de estos tapices, en él boga una flota entera, puede ser llamado el tapiz de las *Naves* (1). Este viaje marítimo es, como lo indican las inscripciones latinas, el de Bruto, el héroe legendario, hijo del rey de Elba Servio y nieto de Eneas, quien, según los textos, fecundos en historias troyanas, dieran nombre á la Gran Bretaña, como el Francus de Bousard al reino de Francia.

El tapiz sigue de muy cerca la narración que Geoffroy de Monmouth dió, á mediados del siglo XII, en el libro primero de su *Historia Britanum* (capítulos XI-XII), y que Robet Wace ha traducido al comienzo de la *Novela de Bruto*. Pandrado, rey de los griegos, está en pie en la orilla, y mira alejarse la nave que se lleva á su hija Ignogé, que ha dado en matrimonio á Bruto. En último término, un recinto desmantelado y batido por las olas, figura la ciudad abandonada que Bruto encontró al abordar una isla que Geoffroy de Manmouth llama Leogocia. Allí se encuentra un santuario de Diana, con una estatua de la diosa, cuyo oráculo va á consultar el héroe. Diana le contesta que encontrará un reino y fundará una nueva Troya en una isla lejana, al Occidente. Después, la nave que conduce á Bruto y á Ignogé, con sus trompetas que suenan en pleno mar; las gabarras, cargadas de hombres, de armas y de caballos, ganan las costas de Africa y pasan las Columnas de Hércules. En la orilla del mar Tirreno, el nieto de Lucas encuentra á otros troyanos, que se unen á él, con su jefe Corineo. La flota se detiene en la orilla de un país que Geoffroy de Manmouth llama Aquitana, y que es la región del Loire; allí Bruto combate, y hace huir al rey Jofario.

(1) Dimensiones: ancho, 8 metros; alto, 4,70 metros.

E. M.—Junio 1909.



La relación en el tapiz acaba después de esta batalla. Claro es que debía tener un prólogo y un epílogo. El tapiz de las *Naves* es el resto de una serie que ha contado tres piezas, por lo menos. En la primera se veía cómo Bruto, después de haber matado á su padre en la casa, se vió obligado á salir de Italia; cómo llegó á Grecia, en donde encontró á los descendientes de los troyanos, en otro tiempo reducidos al cautiverio, con Habeno, hijo de Priamo, por Pirro, hijo de Aquiles; cómo sublevó á aquellos troyanos contra su opresor. El sitio de «Sparatinum», durante el cual Pandraso, rey de los griegos, fué hecho prisionero por Bruto, era un buen pretexto para revistas de iluminadores y bombarderos. El rey vencido concedió á los troyanos el favor que le pedían: ir en busca de otra patria. Quiso, para sellar la paz, dar su hija en matrimonio á Bruto. Después de estas bodas es cuando empieza la narración en el tapiz de las *Naves*.

El tercer tapiz contaba las fundaciones de ciudades atribuidas á Bruto y Corineo.

Después de la conquista de la isla de Albión sobre los gigantes, Corineo se estableció en el país de Cornaouilles, que conserva el nombre del troyano; Bruto construyó á orillas del Támesis la nueva Troya, la cual cambió de nombre bajo el reinado de Lud, que hizo la guerra á Julio César, y fué llamada la ciudad de Lud: «Lud-ton» (C. London).

Los tapices que referían el sitio de Sparatinum y la fundación de Londres, han perecido sin duda. La travesía de Grecia á Francia por las Columnas de Hércules es una imagen única. Ninguna *Historia de Bruto* se menciona en los inventarios y crónicas de los príncipes franceses y de los duques de Borgoña, en medio de tantas historias troyanas y al lado de las aventuras del duque Guillermo de Normandía, que conquistó á Bretaña. El asunto es completamente inglés. Puede uno preguntarse si los tapices flamencos que ponían en imágenes, varios capítulos de Geoffroy de Manmouth, no estarían destinados á la princesa inglesa que se casó en 1468 con Carlos el Teme-



rario. La hipótesis no puede comprobarse por los inventarios del duque, que han desaparecido. Es cierto que el tapiz de las *Naves* fué encargado por un señor muy elevado: ninguno de los grandes tapices del siglo xv le iguala tal vez por la finura de los detalles, lo profundo del colorido y lo aterciopelado del tejido, todo mezclado de seda, ni siquiera la *Historia de Esther*, conservada también en Zaragoza, y en el que los dos matices del terciopelo están tan ingeniosamente imitados en los trajes de corte. El tapiz de las *Naves* es como una inmensa miniatura de maestro.

\*  
\* \*

Dos tapices de la Seo de Zaragoza, que forman una serie consagrada á la *Exaltación de la Santa Cruz*, aventajan en longitud á todos los tapices conocidos del siglo xv: el uno mide 11<sup>m</sup>,30 por 4<sup>m</sup>,90; el otro, que ha sido ligeramente recortado, 11<sup>m</sup>,10 por 4<sup>m</sup>,05. Ambos fueron enviados en 1892 á la Exposición de Madrid; las inscripciones latinas que los acompañan se publicaron en el catálogo, con ligeros errores. El primero de estos tapices, que es el peor conservado, no ha sido expuesto en Zaragoza. La relación comienza con la toma de Jerusalén por Chosroes II, rey de los persas, que se lleva como trofeo la madera de la Cruz encontrada por Santa Elena y venerada por Constantino; llega hasta el combate singular de Heraclio con el hijo mayor de Chosroes, á quien la abdicación de su padre ha hecho rey de los persas.

La serie de la historia se reanuda á la izquierda del segundo tapiz. Heraclio, vencedor por la protección de Dios y de la Santa Cruz, ha perseguido á los persas hasta su capital. El viejo Chosroes es decapitado en el pabellón de oro, en donde se había hecho adorar al lado de la Cruz, y del que ahora unos obreros arrancan los enormes trozos de piedras preciosas. El hijo menor del rey pagano es bautizado. Heraclio vuelve á Jerusalén. Al aprestarse á entrar en la ciudad como triunfador, llevando la verdadera Cruz, he aquí que la puerta ha desapa-



recido; entre las dos torres el muro se ha cerrado. Un ángel aparece con una cruz en la mano y se dirige al emperador, para explicar el sentido del milagro: «Cuando el Rey del Cielo, antes de su Pasión, entró por esa puerta, no llevaba la diadema y no montaba un caballo de lujo; sentado á lomos de un asno, daba á sus fieles un ejemplo de humildad.» Heraclio comprendió la lección. Se apeó de su cabalgadura, se quitó los hábitos imperiales y llevó la cruz descalzo y en camisa, como debía hacer, á ejemplo suyo, el Rey San Luis, para llevar la Corona de espinas á la Santa Capilla de París. Solamente que el emperador ha conservado su corona para darse á conocer. El muro se abre ante él. Heraclio, después de haber depositado su preciosa carga en el altar de una iglesia, entona de rodillas una antífona en honor de la Cruz.

La relación que se desarrolla en los dos largos tapices no hace más que resumir dos páginas de la *Leyenda Dorada*, en la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz. Estas páginas forman el fin de una leyenda mucho más vasta y más maravillosa, que Jacobus de Veragine refiere á propósito de la Invencción de la Cruz, y que se remonta hasta la muerte de Adán. El árbol nacido del retoño—ó de las simientes—del Arbol del mal, que Seth fué á buscar al cielo, para plantarle en la tumba de su padre, atraviesa toda la *Biblia*: en su madero, encontrado en el fondo de la piscina probática, en donde curaba él á los enfermos, fué tallada la Cruz. En tiempos de Salomón, la reina de Saba se arrodilló ante una plancha de esa madera, profetizando como una Sibila; después de la muerte del Redentor, ese mismo leño es llevado á las profundidades de Persia y adorado al lado del dios Chorroes, en un kiosco de *Las mil y una noches*.

La leyenda de la Cruz, adornada con los prestigios del Oriente, ¿es oriental y bizantina? No se sabe. Aparece en Occidente, en el siglo XII, en las compilaciones de Geoffroy de Viterbe, de Herrade de Landsborg, de Pedro Comestor y de otros muchos, con la mayor parte de las variantes que Jacobus de



Veragine da á elegir (1). A fines del siglo xiv fué cuando se puso en imágenes, según la *Leyenda Dorada*. Los ocho frescos del coro de Santa Croce en Florencia, que siguen toda la leyenda de la Cruz, desde la muerte de Adán hasta la vuelta de Heraclio á Jerusalén, fueron terminados en 1396 por Agudo Gaddi (2). Piero della Francesca se acordó de ello cuando pintó esta misma leyenda en otra iglesia franciscana, la de Arezzo.

La historia de la Cruz ha sido representada en España, en Valencia, casi el mismo tiempo que en Florencia. Está resumida en seis tablas en un retablo, pintado en 1400, para la Cartuja de Porta Cœli, y que ha sido trasportado al Museo de Valencia. Las tablas están dispuestas, tres por tres, á izquierda y derecha de la Crucifixión. De un lado, la muerte de Adán; la batalla del puente Milrius, en la que la victoria se anuncia á Constantino con la aparición de la Cruz; la Invención de las cruces del Calvario por Santa Elena, con la prueba de la verdadera Cruz, que resucita á una joven. Del otro lado, la historia de la Exaltación de la Cruz: el combate singular de Heraclio con el hijo de Chorroes en el puente de Dambio: Chorroes muerto, según una de las versiones, por su propio hijo Siroes, en el pabellón de oro en donde se hacía adorar al lado de la Cruz; en fin, Heraclio, trayendo la Cruz á Jerusalén, descalzo y en camisa. Las composiciones se parecen, no obstante las diferencias de detalle, á las de Agudo Gaddi; sin embargo, el pintor no era ni un italiano, ni uno de los catalanes y valencianos que imitaron en el siglo xiv la pintura sienesa. La Crucifixión y las tablas pequeñas tienen el estilo y el acento del arte franco-alemán; el pintor era sin duda uno de aquellos artistas del Norte que fueron en tan gran número, á fines del siglo xiv, á las grandes ciudades del reino de Aragón. Su

(1) V. el estudio de Adolfo Musafia, *Sulla leggenda del legno de la croce*. (Siteungsberichte der phirlos, histor. Klasse des K. Abad; Viena, t. 61, 1869, págs. 165-215.

(2) Venturi. *Storia dell'arte italiane*, t. V, págs. 817-828, figs. 656-664.



obra, aunque ejecutada en España, da lugar á creer que la historia de la Cruz fué primeramente representada por los pintores flamencos ó franceses, con arreglo á modelos italianos. Esta leyenda, con sus episodios múltiples y extraordinarios, entró á fines del siglo xv en la imagería popular, por lo menos en Holanda: está detallada en la serie de 64 grabados en madera, que Juan Veldoner publicó en 1483 en Gutenberg (1). En Inglaterra, un pintor de aldea ha representado, en la segunda mitad del mismo siglo, la historia de la Cruz en las paredes de una capilla de la iglesia de Stradford-sur-Avon. Hay que lamentar la desaparición de estos frescos (2), en los que en un tiempo leyó Shakespeare la historia que Calderón había de poner en escena en uno de sus autos, *El árbol del mejor fruto*. En Francia, la historia de la Cruz no parece haber atraído á los pintores sino á principios del siglo xvi; en esa época se encuentra representada diferentes veces en los cristales de Troyes.

Hasta aquí no se había señalado en el arte flamenco del siglo xv ninguna serie de imágenes sacadas de esta leyenda. La que acaba de ser descrita, en los dos tapices de la *Exaltación de la Cruz*, pertenecientes á la Seo de Zaragoza, forma un todo. Nada permite suponer que estos tapices hayan formado parte de una serie más extensa, y que hubiera comprendido la primera parte de la leyenda, desde la muerte de Adán hasta la Invención de la Cruz.

Los dos tapices de Zaragoza, con sus edificios de cartón y su paisaje sin perspectiva, ante el cual desfilan maniqués magníficos y raramente vestidos, podrían parecer pueriles si se les

(1) Esta serie ha sido reproducida dos veces en *facsimile* en Londres; principalmente por J. P. Berjeau, en 1863; después por J. Ashton, en 1887. Esta última publicación, precedida de un interesante prefacio de Baring Gould, tiene por título: *The legendary history of the Cruso. A series of sixty four evondents fram a sutch book publishedby J. Neldener A. D. 1483.*

(2) Descubiertos en 1804, fueron casi en seguida destruídos; se ha conservado un dibujo de ellos (V. Ashton, obra citada).



pusiera frente á la viril epopeya de Piero della Francesca. Sin embargo, por su riqueza y su confusión misma, crearon tal vez mejor que los frescos esculturales y luminosos, la vegetación tupida de la leyenda y sus escapadas hacia el misterioso Oriente. Falta solamente á los dos tapices, privados de seda y oro, el colorido espléndido y profundo de otros tapices de Zaragoza: la *Historia de Esther* y el tapiz de las naves. El licero no trata de imitar los bellos terciopelos con su lana; multiplica los tonos oscuros y acusa duramente el dibujo. Los dos tapices de la *Historia de la Cruz* no han salido ciertamente del mismo taller, ni del mismo centro de arte que las *Historias de Esther y de Bruto*. Deben ponerse al lado de un tapiz de Zaragoza, menos largo y menos rico, pero que ofrece un gran interés para la historia, porque no es posible atribuirle á una región, sino á una escuela determinada.

\*  
\* \*

Este tapiz que, por un azar singular, se encuentra representado por dos ejemplares idénticos y contemporáneos en la colección de la Seo, es la primera pieza de una *Historia de Jefté*, anterior, en más de medio siglo, al tapiz del Pilar, y en el que toda la historia del juez de Israel está recogida en un solo marco de verdura y de flores.

Jefté, cubierto con un sombrero parecido al de Felipe el Bueno, y acompañado por cuatro mujeres, recibe á la embajada de los Galaaditas, que vienen á suplicarle que se ponga á su frente para combatir á los amonitas. Es el templo de Masfat, á cuya puerta esperan unos jinetes, y el caballo del jefe tenido por un escudero; Jefté, de pie cerca del altar, recibe la corona y el cetro. Parece hablar para pronunciar el voto fatal. Al salir del templo, Jefté envía un mensaje de desafío al rey de los amonitas; este mensaje llega á su destino en la parte superior del tapiz. A la derecha, la batalla, crea inexplicable confusión de armaduras y de cascos monstruosos. A la izquier-



da, ante la primera escena, aparece un personaje con una lumbrera: es el doctor imaginario, encargado de mostrar la historia á los espectadores, y al que los grandes tapices de Bruselas llamaron «*l'auteur*»; aquí expone, sobre un pergamino desenrollado, una moral mediana, sacada de las aventuras del héroe que ha pasado de un destierro ignominioso á la más alta fortuna.

El retórico que compuso esta moraleja, con la relación en versos cortos octosílabos, ha hecho gasto de aliteraciones y de rimas «equivocadas»; pero no hablaba el francés de la corte de Borgoña. Se juzgará de esto por el texto que reproduzco, notando hasta las variantes de ortografía sobre los dos ejemplares del tapiz:

Jepté Galad<sup>a</sup> fu moult<sup>b</sup> preubs<sup>c</sup>,  
 Dout ses frères eurent envie,  
 Et les cachierent (1) hors dentreus<sup>d</sup>,  
 En reprochant de vilonie (2).  
 Mais les Cours de la Caronie,  
 Gouverneurs des Galaadiles,  
 Lont rappellé, pour leur partie  
 Deffendra vers les Ammoniles.

En Maspha<sup>e</sup>, ú temple de Dieu,  
 Procuist que bien les deffendrait,  
 Et voa enche propre bier (3)  
 A Dieu, se victoire li<sup>f</sup> avoit<sup>g</sup>,  
 De sa main sacrifieroit  
 Le primier issant sa maison  
 Vers lui; de che fist fol exploit,  
 Car ea fille occist sans raison.

Prestement qu'il eubt che ven  
 Et deux pris domination,  
 Comme de falaad voy pren

(1) Le Massérrant.

(2) En lui faisant learte de sa uaissance de bâtard.

(3) Et procuit que dons ce bien même...



Envoya aux enfans Ammon<sup>h</sup>,  
 Deffandias sans traison (1),  
 Les assali et vainequi.  
 Et mist tout à destruction,  
 Puis revint dont estoit<sup>i</sup> parti.

(Moralité.)

Honteur dorgueul nest pas science (2),  
 Ou len voit enfin trebudrie (3);  
 Mas umble cœur et pasience  
 Sant virtus pour estre exandrie.  
 Vous ves omme de savandrie (4)  
 Tuy, hay et dejetté (5)  
 Souffrir, et puis estre avaudrie (6)  
 En honneur comme y fut jetté.

*a*, Galaad; *b*, mout; *c*, preus; *d*, dentreeus; *e*, Masphat; *f*, Il;  
*g*, havoit; *h*, de Ammon; *i*, estoit.

Este dialecto silvante está muy cerca del picardo. De desear es que un filólogo determine, con un estudio crítico, la procedencia exacta del texto tejido y, al mismo tiempo, el del tapiz: Arras ó Tournai. Entonces conoceremos la patria de todo un grupo de tapices, al que va unido manifiestamente la *Historia de Jetté*, conservada en la Seo de Zaragoza. Son series de tapices con inscripciones latinas ó francesas, ejecutados entre 1465 y 1475 aproximadamente, y que han sido ya atribuidos más de una vez, sin razones perentorias, á Arras, á Tournai ó, cuando menos, á la Francia del Norte; la famosa *Historia de Clodoveo*, que está expuesta con la catedral de

- 
- (1) Défiés selun les régles.
  - (2) Hanteur d'orgueil n'est pas science.
  - (3) Ou la voit tomber de son hant.
  - (4) Ciencia (Science).
  - (5) Desterrado (Exile).
  - (6) Adelantado (avancé) sus honores.



Reims, y que figuró en la boda de Carlos el Temerario con Margarita de York—tal vez al lado de la *Historia de Esther* que está en Zaragoza;—la *Historia de Julio César*, hoy en el Museo de Berna, y que fué tomada en el castillo de Illens (1), cerca de Friburgo, durante la guerra borguiñona; la *Historia de la Destrucción de Troya*, cuyas piezas más completas se encuentran en Zamora, y de cuya serie se han tejido varios ejemplares con arreglo á los dibujos que se pueden ver en el Museo del Louvre (2).

\*  
\* \*

La Exposición de Zaragoza aporta una contribución importante al conocimiento de los tapices flamencos ó franceses de mediados del siglo xv; ha revelado también un tapiz más antiguo y más raro que todos los que acabamos de mencionar. Es uno de los dos que forman una serie de la Pasión, pertenecientes á la Seo, y que estuvieron en la Exposición de Madrid de 1892. El catálogo atribuía los cartones de estos tapices á la escuela de Giotto. Es chocante que obras de esta importancia no llamaran en Madrid la atención de ningún erudito.

De estos dos tapices, el que yo he podido estudiar en Zaragoza, y que es el segundo de la serie (3), tiene el aspecto de un gran paisaje, en el que las rocas, los árboles y las florecillas están imitados con el mismo cuidado de realismo y la misma inexperiencia, mientras que los edificios no son sino muros y torres de cartón. Este paisaje pueril está poblado de numerosos personajes distribuidos en grupos pequeños, cada uno de los cuales representa una escena de la Pasión, desde la Cruz á cues-

(1) El señor de Illens era Guillermo de Montreval, chambelán y consejero de Carlos el Temerario. V. Jacob Stanmier, *Das Paramentenschatz sin Historischen Museum zu Beru in evotr und Bild*. Berna, 1895.

(2) V. el estudio tan completo de M. Jean Guiffrey en la *Revue de l'Art ancien et moderne*, 1890, t. I., pág. 205 y 503.

(3) Ancho: 8 metros.



tas hasta el *Noli me tangere*. Los colores de los paños son tan vivos como los de la decoración; al lado del verde dominan el rojo carmín y el azul de Ultramar. Algunos de los rostros tienen la finura de los tipos sieneses, que fueron imitados en el siglo XIV en toda la Europa occidental; otros están acentuados á manera de caricatura, con largas y gruesas narices.

Es el colorido y el dibujo de las miniaturas que fueron pintadas en Francia por flamencos y holandeses en tiempos de Carlos VI y de Juan, duque de Berry. La *Pasión* de Zaragoza, ¿fué tejida á fines del siglo XV ó á principios del XVI? ¿En París, en donde los sucesores del tapicero Nicolás Bataille continuaban siendo acreditados por los príncipes, ó en la Francia del Norte, en donde aumentaba la fama de Tournai y de Arras?

Lo cierto es que el cartón de la *Pasión*, de Zaragoza, fué conocido á mediados del siglo XV, en un taller flamenco ó franco-flamenco. Se le encuentra transportado, con el arreglo de sus principales grupos y sus detalles más aparentes, á una gran tapicería del Museo de Artes Decorativas de Bruselas, y muy cerca, por el estilo, de la *Historia de Clodoveo*, aunque un poco más arcaica.

Las modificaciones aportadas en la representación de la *Pasión*, de un cartón á otro, son tanto más notables, cuanto más directo es el parentesco de estos cartones. En el más reciente de los dos tapices, el de Bruselas, el «panorama de la historia evangélica ha perdido la mitad de su cielo; el paisaje desaparece bajo la multitud de personajes que se han duplicado. Sus trajes, y hasta la túnica de la Virgen se han cargado de grandes adornos de brocados; las armaduras han tomado formas fantásticas. Incluso la iconografía, ha evolucionado. El pintor que dió el modelo del tapiz de Bruselas suprimió uno de los motivos más italianos del tapiz de Zaragoza: el ángel y el diablo que se llevan volando las almas de los dos ladrones. Ha quitado toda importancia á la antigua imagen bizantina del descenso á los Limbos, que, en el primer cartón, era la única que recordaba la Resurrección de Cristo, como en el



«Paramento de Narbona», en donde figura el retrato de Carlos V (1). En el tapiz de Bruselas, la puerta del Infierno no aparece sino en el fondo, con las hojas cerradas; el Cristo se dirige hacia sus almenas humeantes. En primer termino, la Resurrección misma está representada materialmente: se ve á Cristo salir del sepulcro entre los hombres de armas, que se apartan á su paso, embarazados con sus arneses.

Las diferencias en la riqueza del dibujo y en la elección de las escenas son bastante profundas, para que se deba dejar entre las dos *Crucifixiones*, de Zaragoza y de Bruselas, un intervalo bastante largo. Para fijar una fecha á los antiguos tapices de la *Pasión*, uno de los cuales ha podido ser estudiado aquí, no habría que contentarse con una comparación con imágenes de libros de Horas; á fines de la Edad Media, el arte monumental se halla á menudo retrasado respecto á las artes pequeñas y preciosas, y la tapicería respecto á la miniatura. Felizmente, los dos tapices de Zaragoza pueden ser comparados con una serie exactamente fecunda; todos los detalles característicos de la *Pasión*; tipos medio italianos y perfiles grotescos, trajes de anchas mangas y bonetes extravagantes, árboles y florecillas. Las formas mismas de las arquitecturas y el dibujo de los desnudos se encuentran en los tapices de la catedral de Tournai, la *Historia de San Piat y de San Eleuterio*, que fué hecha en Arras por Pierot Feré en 1402 (2). Tal vez, los dos tapices de Zaragoza son de un dibujo más elegante y más suelto. Los tapices á los que más exactamente se parece la *Pasión* de la Seo por el estilo y el color, son tapices profanos; los de la colección Emile Peiret, que pertenecen al Museo de Artes Decorativas de París. De estos paisajes, por los que discurren damas y caballeros, no quedan más que pedazos, mejor ó peor remendados; los dos tapices de la *Pasión*, de 8 metros de largo,

(1) *Gazette des Beaux-Arts*, 1904, t. I, págs. 9, 11 y 13.

(2) Eug. Sott: *Tapisseries du XV siècle, conservées à la cathédrale de Tournay*; Tournay-Lille, 1882, 14 pl. — Jules Guiffrey: *Gostoire de la tapisserie*, págs. 61-64.



están intactos. Si no se puede fijar exactamente su procedencia, su fecha aproximada no es dudosa. Que sean de Arras, de Turnai ó de París, colócanse en la historia casi inmediatamente después de la famosa *Apocalipsis*, de Angers (1), y representan brillantemente el arte franco-flamenco de tiempos de Carlos VI.

EMILIO BERTAUX

---

(1) Hay que poner entre el *Apocalipsis*, de Angers, y la *Pasión*, de Zaragoza, el amplio tapiz de la *Cena*, conservado en la catedral de Tortosa, y cuya publicación sería de gran interés.



# RECUERDOS



Me precipité en mi última crónica desde las mayores alturas á los niveles más modestos. Desde la candidatura alemana, el conflicto entre Francia y Prusia, la guerra formidable entre el Imperio francés de Napoleón III, por una parte, y los Estados alemanes, por otra, salvo el Imperio austriaco, desde aquella serie de tragedias en que se derrumban imperios y se crean imperios, hasta mis modestas aficiones por la equitación.

Y si aquella crónica hubiera continuado, no se libra el lector de que yo le relatase con toda minuciosidad mi gran proeza, de ir á caballo de Villalba á La Granja, y siempre al trote, porque ésta era la condición que me había impuesto D. Nicolás María Rivero, en dos horas á lo más.

Gané la apuesta, y entré triunfante, cubierto de laureles imaginarios y de polvo real y efectivo, en La Granja, con un postillón maltrecho, al que vencí en resistencia en el plazo improrrogable de las dos horas.

Y no hay que decir si gocé viéndole al pobre hombre, que ningún mal me había hecho, cubierto de sudor y abrumado de fatiga.

Así es la naturaleza humana; la vanidad más estúpida jamás cuenta con el sufrimiento de los demás seres humanos, como le sirvan para subirse á un pedestal, siquiera el pedestal sea, como fué en aquel caso, una silla inglesa sobre los lomos



de un caballo de Aranjuez, de raza árabe ó de raza inglesa, que esto no lo sé á punto fijo.

Pero como temo que el lector proteste, renuncio, á pesar de las tentaciones que me asaltan, á dar cuenta exacta de mi triunfo ecuestre, y paso á relatar sucesos de más importancia.

Paso de la candidatura alemana á la candidatura de don Amadeo.

Pormenores, no los recuerdo; mas para que no decaiga el relato, salto de cumbre á cumbre, de una candidatura real á otra candidatura real; de la casa Hoenzhollern á la casa de Saboya.

Sin duda, el problema estaba maduro, porque D. Juan Prim no encontró grandes dificultades para que aceptase el de Italia el ofrecimiento del Gobierno español.

En el período que media desde el ofrecimiento á la llegada de D. Amadeo á Cartagena, sólo hay un acontecimiento de importancia; y al decir de importancia, no empleo la palabra propia; mejor dijera trascendental y trágico.

Este tristísimo y funesto acontecimiento está tocando casi, como luego diré, á la llegada de D. Amadeo á España.

Los demás sucesos son en corto número, y he de referirlos á paso de carga.

\* \* \*

El primero fué la elección del rey, en plenas Cortes Constituyentes, convertidas en un verdadero volcán.

D. Manuel Ruiz Zorrilla presidía, campanilla en mano, porque durante la votación, la Asamblea era un verdadero infierno.

Los republicanos federales protestaban en masa; la votación no se oía; los furoros de la minoría republicana se mezclaban á los apóstrofes de la mayoría monárquica.

D. Manuel Ruiz Zorrilla, con su brazo formidable, más que golpear, machacaba con la campanilla la mesa de la presidencia.



Y una campanilla saltaba en pedazos, y empuñaba otra que tenía el mismo fin, y voces, y gritos, y apóstrofes, y el rugido formidable de Zorrilla, de cuando en cuando, y por algún resquicio de aquella nube tempestuosa, la voz del diputado que votaba.

Los republicanos no conseguían interrumpir la votación: la votación continuaba, lenta, pero vencedora.

Y así una hora tras otra hora.

Y como todo acaba en este mundo, las convulsiones geológicas, por formidables que sean; los volcanes, por mucha lava que vomiten y muchos penachos que inflamen; las batallas, así sean las de Moscowa ó las de Waterlío, y los escándalos parlamentarios, por fuertes que sean los pulmones de los diputados, llegó un momento en que terminó la votación, y quedó elegido D. Amadeo de Saboya rey de España por la Constituyente de 1869.

Y se nombró una comisión que fuese á buscarle; y antes de salir la comisión de España, ya resonaron dos notas desagradables, mejor dicho, tres.

Fué la primera, que al llegar la comisión á Cartagena, se negó el Ayuntamiento á salir á recibirla, negándole respetos y honores, y aun todo acto de cortesía.

Por de contado, que el Ayuntamiento era federal; que ya en Cartagena por entonces, la federal, mejor dicho, la cantonal, se agitaba y era dueña de la población.

Claro es, que al Ayuntamiento se le suspendió, se le formó expediente y aun creo que causa por desacato, y sin Ayuntamiento se quedó Cartagena; situación tristísima de que yo recogí las consecuencias poco tiempo después, como he de referir más adelante.

La segunda nota fué un brindis de Zorrilla, en un banquete que dieron á la comisión parlamentaria, á bordo, si no recuerdo mal, de la fragata *Zaragoza*.

El brindis tuvo gran resonancia: primero, por ser de Zorrilla, una de las primeras figuras en aquel período político;



en segundo lugar, por tratarse del Presidente de la Cámara; en tercer lugar, por el carácter de que iba investido D. Manuel; nada menos que presidente de la comisión que marchaba á ofrecer la corona de España á D. Amadeo de Saboya.

¿Fué el brindis lo que se dijo? ¿Ó los enemigos de la situación lo transformaron, aguzaron y envenenaron en la prensa á fuerza de malévolos comentarios?

Yo no lo sé, porque el brindis no pude oírle, toda vez que no estuve en Cartagena.

Pero corrió, como cosa segura, que fué un ataque durísimo, no contra D. Juan Prim, al que siempre mostró mucho respeto Zorrilla, pero sí contra la gente que á Prim rodeaba y contra algunos otros.

Habló, ó dicen que habló, *de puntos negros* que giraban alrededor del ilustre caudillo, y la frase circuló, y el discurso tuvo ya su nombre: se le llamó el brindis de los puntos negros.

Lo que sí creo seguro, es que el brindis, ó los comentarios, ó la resonancia que tuvo, ó el partido que de él sacaron sus enemigos, le causó á D. Juan una verdadera molestia, una contrariedad que difícilmente disimulaba cuando oía hablar del banquete de la fragata.

¡Quién sabe! Acaso eran chispazos que anunciaban fuegos mayores para el porvenir.

\* \* \*

El segundo suceso á que antes me refería me tocó de cerca, porque yo seguía en el ministerio de Fomento.

La causa fué la elección de D. Amadeo. Y el suceso en sí, una gran agitación en la Universidad, y una serie de escándalos y motines en los días que siguieron á la elección del nuevo rey.

¿Por qué tendrá todo el mundo afán en molestar á los ministros que están á su alcance, cuando los ministros no quie-



ren meterse con nadie, y sólo piden una cosa á que tienen derecho todos los ciudadanos, á saber: que les dejen en paz?

Pues no, señor; nadie ha de estar en paz.

Los republicanos hicieron grandes trabajos, excitando á los estudiantes para que protestasen, ante todo, del nombramiento de un rey, y además, del nombramiento de un rey extranjero.

Y no hay que decir si la masa escolar es inflamable de suyo. Sus iras se desataron contra unos cuantos profesores; si no recuerdo mal, contra Moreno Nieto, porque no era republicano, y sobre todo, contra D. Pedro Mata, que suponían que lo había sido, y que, cediendo á la influencia y á la amistad de D. Juan Prim, había votado la candidatura de D. Amadeo de Saboya.

Tuvieron la atención de no ir á visitarme, como tenían por costumbre, ni al ministerio de Fomento, ni á mi casa de la calle del Barquillo, de la que el camino les era familiar.

Pero desde lejos, y en la Universidad y sus alrededores, dieron tales escándalos y tan continuados, que yo no tuve más remedio que intervenir, y al fin y al cabo, y aunque á mi modestia le cueste esta declaración, con éxito completo: las algaradas de la clase escolar terminaron, sin que, por fortuna, hubiera que acudir á la fuerza, ni siquiera al más inofensivo consejo de disciplina.

Vamos á ver cómo.

La manera de manifestar los escolares su disgusto, era el más sencillo y el más natural, el que la tradición les inspiraba. No dejar explicar á los profesores en las clases, á fuerza de ruidos y protestas, sobre todo á profesores determinados, y luego seguirles por la calle Ancha de San Bernardo, prolongando por largo espacio la manifestación.

Uno de los profesores á quien en forma tumultuosa manifestaron su desagrado con más violencia, fué á D. Pedro Mata, y fueron sus propios discípulos.

Y sin embargo, D. Pedro Mata había sido profesor predi-



lecto, el más popular, el más querido y el más respetado hasta entonces.

Vinieron á darme noticia de lo ocurrido, al ministerio de Fomento, diciéndome que le había afectado á D. Pedro extraordinariamente el suceso y que estaba en cama, y que se temía que le diese un ataque á la cabeza.

Yo, que era amigo particular de Mata, fuí inmediatamente á su casa, y le encontré en estado tristísimo.

Aquel hombre tan fuerte, tan robusto, el luchador más vigoroso en las discusiones del Ateneo, el de voz vibrante y energía inagotable, estaba rendido y aplanado; apenas sacaba la cabeza de entre las sábanas, y me habló con voz quejumbrosa.

—Querido Echegaray — me dijo casi con lágrimas en la voz,—esto acabó; soy hombre muerto; ¡qué desengaño tan cruel! Yo, que toda mi vida me he sacrificado por mis alumnos; yo, que he sido su constante defensor, ¡sufrir sus denuestos y sus escarnios! Pues ¿no comprenden que soy hombre político; que, como hombre político, cumplo mis deberes, y que era deber mío votar la candidatura que nos presentaba don Juan Prim? ¿No comprenden esto?

—Pero, D. Pedro—le repliqué;—no se afecte usted de ese modo; es un hecho desagradable, ciertamente; pero son cosas de muchachos, á quien unos cuantos han excitado. Ni ha perdido usted su popularidad ni su prestigio; en el fondo le quieren á usted como siempre; hoy le han silbado, pues mañana le aplaudirán, como le han aplaudido tantas veces. Una pasajera nube de verano. Los amigos verdaderos, al día siguiente de reñir son más amigos que nunca.

En fin, yo procuré calmarle con todo el arsenal de vulgaridades y frases hechas que encontré á mano, y después de todo, diciéndole la verdad.

Pero no conseguía mi objeto, ni levantaba su espíritu.

—No puedo, no puedo—repetía;— esto ha sido más fuerte que yo; el desengaño ha sido cruel. Créame usted, Eche-



ray; créame usted; mis ilusiones de toda la vida han muerto.

Y hundía su soberbia cabeza entre las sábanas.

Le anegué con otro chaparrón de consuelos, de fácil acopio, y le dejé, esperando que el tiempo calmara aquella aflicción, que, por tener algo de infantil, en un hombre de su edad y de su experiencia, tenía mucho de conmovedora.

\*  
\* \*

Y ya que me he encontrado en el camino de mis recuerdos el de D. Pedro Mata, algo he de decir todavía sobre persona tan simpática, y que fué un buen amigo mío en aquellos tiempos, hoy tan lejanos.

D. Pedro Mata, si mal no recuerdo, era catalán, de constitución robusta, como ya he dicho; muy respetable en su profesión y en su cátedra; autor de una obra de Medicina legal, que por aquellos tiempos era muy alabada por los inteligentes; que yo en esta materia, como en otras muchas, no puedo hablar de ciencia propia.

Además, su cultura era muy extensa; se preciaba de literato y aun de crítico; recuerdo una de sus críticas contra *Jugar con fuego*, en que, recordando que era médico, se indignaba de que Ventura de la Vega hubiera sacado á escena los locos para hacerles cantar el coro más aplaudido de aquella primorosa zarzuela.

La verdad es que nunca fué muy amigo de D. Ventura de la Vega, á pesar de haber sido vecinos; quizá por serlo.

Durante una temporada vivieron en el mismo piso, frente á frente, podemos decir.

Y cuentan que cuando Ventura de la Vega fué nombrado profesor de la reina Isabel, entre las muchas personas que acudían á visitarle, algunas se equivocaban de puerta, y todo el día estaba resonando la campanilla en la habitación de don Pedro Mata, con lo que el ilustre profesor de Medicina legal montó en cólera, y puso un cartelón con esta advertencia:



«El Excmo. Sr. D. Ventura de la Vega, profesor de la reina Isabel II, no vive en este cuarto, sino en el cuarto de enfrente.» Y agregan que el célebre autor de *El hombre de mundo* tomó desquite, haciendo que circulase entre sus amigos y en los saloncillos de los teatros, esta picante redondilla:

Cierto médico poeta  
que vive en mi vecindad,  
al pie de cada receta  
*Mata* dice, y es verdad.

En fin, que no era grande la simpatía entre aquellos dos hombres, respetables cada uno en su tanto y en su esfera.

D. Pedro Mata había sido siempre progresista, y de los más ardientes, y gran amigo de D. Juan Prim por ideas, y aun creo que por paisanaje.

Era uno de los oradores más ardientes, más infatigables y más aplaudidos en las discusiones del Ateneo.

En ellas era infatigable; yo le he oído, no una, sino muchas veces, discursos de dos y tres horas, y al concluir estaba tan tranquilo y tan dueño de sí como al empezar.

Su voz era poderosa; su facilidad de palabra, grandísima; su dicción, correcta.

Era hombre de lógica, y llevaba á estas discusiones sociales y políticas algo de su carácter de profesor y de hombre de ciencia.

Violento siempre, pero siempre cortés, le gustaban frases como ésta, de pura literatura progresista:

«Yo, conteniendo con S. S., al fin caeré vencido, no por culpa de mis ideas, sino por deficiencias de mi oratoria; pero si caigo vencido ante S. S., caeré vencido á la sobra de laureles.»

Y no se crea que preparaba sus discursos; era verdadero improvisador, y podía estar improvisando una noche entera.

Con los reaccionarios no transigía, y aun extremaba con ellos la parte irónica de su oratoria.



Había un señor, que se llamaba el señor Malo, y siempre que D. Pedro discutía con él, empezaba con voz muy gruesa:

«Nos ha dicho el bueno del señor Malo...»

Juego de palabras que siempre celebrábamos con risas y aplausos.

Bien puede decirse que D. Pedro Mata fué el escudo de muchos profesores en los primeros meses que siguieron á la revolución de Septiembre. Fué escudo inconsciente, dado que los escudos tengan conciencia, y el caso fué el que voy á referir.

En aquellos primeros meses le acosaban á D. Manuel Zorrilla para que purificase el personal de la enseñanza, como entonces se decía, empleando este argumento:

Muchos profesores ocupan sus cátedras por la arbitrariedad, por el favoritismo, por las malas artes de los ministros moderados; pues es preciso que en este período dictatorial los eche á la calle de donde vinieron, y el medio es sencillísimo, toda vez que esos profesores ocupan hoy sus cátedras, no por oposición, sino porque el ministro A ó el ministro B quiso dárselas.

La presión sobre D. Manuel Zorrilla era enorme; pero surgió una dificultad: que D. Pedro Mata tampoco tenía su cátedra por oposición; la tenía por su valer como hombre de ciencia, por sus trabajos científicos, por su notoriedad y por el respeto de todos, pero no por oposición.

¿Y cómo se salvaba esta dificultad? ¿Cómo se le privaba de su cátedra á hombre tan eminente en su ramo, y además, tan revolucionario, y además tan progresista, y además tan amigo de D. Juan Prim?

Hubiera sido un escándalo; por eso digo que á la sombra de D. Pedro Mata se salvaron otros muchos en aquella tempestad que sobre todo el personal de la enseñanza pública se cernía.

\*  
\*  
\*



Pero este ha sido un episodio, uno de tantos paréntesis que voy abriendo y cerrando en esta interminable serie de mis recuerdos.

Había dejado, cuando comencé, una á modo de semblanza de D. Pedro Mata; había dejado á todos los estudiantes de Madrid en plena conflagración, y aún mejor dijera en revolución contra el acuerdo soberano de la Cámara, que eligió rey de España á D. Amadeo de Saboya.

No era un motín; era un movimiento de carácter político en el seno, siempre hirviente ó siempre propenso á la ebullición, de la clase escolar.

No porque todos los estudiantes fueran enemigos de la candidatura triunfante; pero ya que unos gritaban, gritaban todos, porque el grito y la protesta escolar son contagiosos.

Todos los profesores que vinieron á verme, y todos los que no vinieron, y principalmente los de ideas republicanas, convenían en que el movimiento era grave, y la opinión era casi unánime, y hasta compartía esta opinión el director de Instrucción pública, mi amigo particular y correligionario ardiente, y amigo íntimo de Cristino Martos: me refiero á don Manuel Merelo.

Todos convenían, repito, en que no había más medio de contener aquella gran manifestación, que de todo tenía, verdadera ó fingida, pero formidable en la apariencia, que cerrar la Universidad por algún tiempo.

El único que no convenía en ello era yo, que estaba resuelto á no seguir consejo, á mi entender tan peligroso y tan humillante, sino, antes bien, á que la Universidad continuase abierta á todo trance, y fueran las que quisieran las consecuencias.

Claro es que lo más cómodo para mí hubiera sido adoptar tal acuerdo; pero yo, ni en política ni en ninguna parte, no he buscado mi comodidad, sino el cumplimiento de mi deber, dulce ó amargo, amargo casi siempre.

Digo que cerrar la Universidad hubiera sido una humilla-



ción política, toda vez que á la revolución escolar se le daba el sentido de una protesta contra la resolución de las Cortes Constituyentes. La autoridad de la Cámara soberana hubiera quedado por los suelos de la calle Ancha de San Bernardo y de la calle de Atocha.

Hubiera bastado esto para que yo no me resignase á sufrir imposiciones tumultuosas.

Pero había, además, un interés político.

Los tumultos de los estudiantes, que se repetían un día y otro día, no eran espontáneos; estaban provocados artificialmente, precisamente para conseguir que por orden ministerial se cerrase la Universidad de Madrid.

Y luego se hubiera procurado continuar con la misma faena de escándalo y protesta en las demás Universidades de España.

Y luego se hubiera proclamado, en todos los tonos y por todos los periódicos enemigos de la situación, que la elección de D. Amadeo había provocado una protesta unánime en toda la juventud intelectual, hasta tal punto, que el Gobierno se había visto obligado á cerrar todas las Universidades y todos los Centros oficiales de enseñanza.

El telégrafo hubiera transmitido, exagerándolos, todos estos sucesos á Italia, y ya que no hubieran hecho imposible la aceptación de D. Amadeo, hubieran creado dificultades, y hubieran colocado á la Comisión que fué á ofrecer la corona al príncipe italiano en una situación desairadísima.

¿Conque la juventud—les hubieran dicho—protesta contra D. Amadeo?

¿Conque la clase intelectual no le quiere?

¿Conque en España todos los que piensan algo son republicanos?

Poderoso ha debido ser el movimiento de protesta, cuando el Gobierno se ha visto obligado á cerrar todos los establecimientos de enseñanza.

Todo esto lo vi yo claro como la luz. Ni vacilé un momen-



---

to, ni siquiera consulté mi resolución inquebrantable con el Consejo de Ministros.

La Universidad no se cierra, me dije á mí mismo y dije á todo el mundo.

Y en efecto, la Universidad no se cerró.

Y al cabo de algunos días, las aguas volvieron á su cauce natural, y aquel movimiento, que tenía mucho de artificioso, se calmó, y las clases se abrieron, es decir, continuaron abiertas con toda calma y todo decoro.

Pero la historia de aquellos sucesos, de los que ya nadie se acordaba á los ocho días, y de los que ya nadie se acuerda más que yo, merece contarse, y en el artículo próximo acabaré de contarle, porque hay en ella notas curiosas y acaso motivos de enseñanza.

Conque dejemos á los estudiantes que se desahoguen, mientras yo me olvido de todo aquello para volver á recordarlo en el mes próximo.

JOSÉ ECHEGARAY



# UN VEREDICTO INJUSTO

(TROENS MAGT)

NOVELA

---

PRIMERA PARTE

I

Empezaba ya á oscurecer, cuando Knut Norby, en su trineo de un asiento, volvía á su casa, después de haber asistido á una reunión del Consejo de dirección de la escuela. Como el hielo del lago Mjös estaba poco firme desde hacía algunos días, había prometido á su mujer que volvería por la carretera. Pero tenía los nervios irritados, por una serie de contrariedades sufridas en el día, y cuando llegó al pequeño cabo que avanza en el lago, aflojó de repente las riendas y se aventuró por el golfo.

—El hielo ha sostenido á otros—pensó,—y lo mismo ocurrirá conmigo.

El caballo puso las orejas de punta, y empezó á andar tímidamente sobre los hielos; pero Knut le dió un latigazo, y el trineo se puso á dar saltos hasta que llegó á la superficie lisa y llana.

Cuando una contrariedad llega tras otra, parece á veces que se recibe un golpe en sitio donde se tenía ya una herida. Por de pronto, Knut había sido derrotado en un asunto, en la



junta del Consejo, ¡y derrotado por aquel miserable director de la escuela primaria superior! En medio de su contrariedad, su yerno había ido á pedirle un nuevo adelanto á cuenta de la herencia, y esta petición, hecha en tales momentos, le produjo la sensación de una verdadera extorsión de fondos. Y cuando, para colmo, supo, una hora después, que Wangen, el comerciante á quien le tenía puestas dos mil coronas de garantía, había quebrado, la pérdida de esta cantidad se convirtió en una catástrofe que le anudaba la garganta.

—Va á ser preciso, no tardando—pensaba,—que me encargue del sostenimiento de la mitad de mis convecinos; diríase que las gentes no tienen otra idea que despojarme hasta de mi último céntimo.

El caballo era un largo penco negro, de crines ondulantes de color sucio, de un andar danzante. El viejo Knut desaparecía en un saco hecho de piel de oso, con amplio cuello levantado. Y sobre el hielo empezaba á caer la oscuridad, mientras que en torno del lago, sobre el paisaje lívido por la nieve, encendíanse una á una las luces de las granjas.

—¡Y cuando mi mujer lo sepa!—pensaba, entre el tintineo del cascabel y el polvillo de nieve que levantaban los cascos del caballo.

Contra la voluntad de ella, había él firmado un documento de fianza para Wangen. Hacía tres ó cuatro años de esto; la fianza había de servir á Wangen para que un comerciante al por mayor de la capital le abriese crédito. Pero ya en aquella época había prometido á su mujer no volver á ofrecer garantías á nadie. Bastante dinero habían perdido de ese modo. Y ahora...

—¿Cómo diablo pudo pescarme aquel día?—se decía el viejo.

Pero el más listo tiene sus momentos de flaqueza, en que se muestra bueno y servicial. Encontrábanse ambos en Cristianía, y Wangen le había obsequiado con una excelente comida en el Hotel Carl-Johan. A la terminación fué cuando ocurrió la



cosa. Y ahora... ¡la comida le costaba demasiado cara! Y porque Norby temía la vergüenza de confesar á su mujer que no había cumplido su palabra, sentía elevarse en él una cólera creciente contra aquel Wangen á quien debía todas sus contrariedades.

—¡Bien supo ese felón lo que se hacía al invitarme á cenar!

A su pesar, el viejo empezó á recordar toda suerte de malas historias respecto á aquel hombre, porque habría una especie de excusa y de defensa personal en sentir ira contra el otro.

Las sombras de las colinas, cubiertas de pinos, se iban haciendo negras; encendíanse las estrellas, pero al Oeste brillaba una línea rojiza que lanzaba llamas sobre el hielo. Hacía brillar el nikelado del arnés y del trineo; proyectaba, del hombre y del caballo, grandes sombras, que sin cesar corrían al lado de ellos. Sobre la superficie desierta del lago apenas podía percibirse algo que tuviese vida; á lo lejos, un pescador solitario al lado del agujero que había abierto en el lago; á lo lejos, allí donde el rojo espejo se encontraba con las sombras desterradas en las rocas; y cerca del promontorio, un punto pequeño, un hombre que caminaba arrastrando tras él un trineo pequeño.

—Herlufsen de Rud, ese es uno que se va á alegrar.

Norby, por ser un batallador que no guardaba miramientos con los otros, pensaba que las gentes acechaban sus contrariedades para atacarle y abusar de él. Cuando realizaba un buen negocio de maderas, lo primero que se le ocurría, con una especie de bienestar, era: «Van á envidiarme de firme.» Si el negocio le salía mal, no lamentaba su dinero, lo enviaba á todos los diablos; lo que le hacía daño era el decirse: «¡Los otros sí que se van á alegrar esta vez!»

Ahora se encuentra en mitad del hielo, deja el espejo de fuego, se mete por la parte oscura del lago. El caballo oye un eascabel hacia la costa, alza la cabeza sin pararse, relincha.

—¡Si el hielo no resistiese!—piensa el viejo con un estremecimiento.



Su padre, el viejo campesino de cofres llenos de escudos, llevaba una vez una pesada carga de bloques de granito tallados á través del Mjös. Y como el hielo empezara á crujir y á ceder bajo el peso, el viejo pensó que de todas maneras le costaría demasiado descargar uno de los preciosos bloques para aligerar su trineo. Se arrodilló y dirigió á Nuestro Señor esta breve oración: «Si me haces llegar á tierra sano y salvo, daré al pastor, como ofrenda, diez toneles de mi mejor cebada.»

Llegó á la costa; pero cuando estuvo en tierra, dirigió una mirada al hielo, y dijo con una sonrisa:

—¡De buena me he escapado!

Y el pastor no vió nunca la cebada.

El cascabel suena claro y alegre, en notas argentinas, pero el viejo sigue pensando que el hielo ceda.

—Si me hundo—se dice—es tal vez por no haber querido comulgar el domingo.

Al salir, había medio prometido á su mujer pasar por casa del mayordomo para que los inscribiesen para la comunión. Pero á última hora habíase despertado en él un poco de su antigua independendencia de espíritu, y pasó sin detenerse por delante de la casa del mayordomo.

—Porque, en fin—se dijo,—esto va contra tu conciencia: tú crees en la comunión, y apenas en la redención de Cristo.

Había dos hombres en el poderoso Knut Norby. En primer lugar, fué un hombre á quien la escuela, la enseñanza del pastor, los viajes, los libros de todo género, habían dado un ideal múltiple y diverso. Después, cuando á la muerte de su padre tuvo que dedicarse á atender á la granja, se había ido haciendo poco á poco como el tipo de su padre. Los campesinos, los gruesos registros llenos de cifras, los profundos bosques, la marcha de los negocios y, sobre todo, el rango que la dinastía de los Norby ocupaba en el lugar, eran como otros tantos estímulos para continuar la tradición paterna. Y á ello había llegado del modo más natural.

A menudo, cuando estaba gestionando la terminación de



un negocio, le parecía de repente que él era su mismo padre. Sin que de ello se diese cuenta, veía con los ojos de aquél, empleaba sus procedimientos, tenía la misma especie de conciencia. Y el otro Knut Norby se ocupaba en leer libros, se apasionaba por la libertad política y religiosa, cuando el primero no tenía nada que hacer.

«De todos modos, hubieras podido hacerte inscribir para esa comunión, pensó cuando vió que todavía estaba lejos de tierra. Es muy bonito todo eso de las ideas y demás; pero no está demostrado que baste cuando nos encontremos cara á cara con Nuestro Señor.»

¡Bah! Todavía era tiempo de prevenir al mayordomo, con tal de que llegase á tierra sano y salvo.

Por fin, ya está en el buen camino, seguro, endurecido por el hielo. Respira, aliviado, y pone el caballo al paso. Pero «Negro» quería llegar á la cuadra, y no tardó en ponerse á trotar. En el bosque, el cascabel sonaba claramente. Los pinos extendían sobre su cabeza las ramas llenas de nieve, y de vez en cuando, un claro en las ramas le mostraba un poco del cielo sembrado de estrellas.

Ahora pasaba por delante de casas en las que había luz en sus ventanas. La mayor de estas casas, allí, en la colina, era la de Rud, que los enemigos de Norby aseguraban que era más importante que la de éste.

Allí era donde vivía su principal adversario, el poderoso Mads Herlufsen.

Desde el salón de su casa, Norby veía aquella casa. Y, poco á poco, ocurrió que no podía pensar en Herlufsen sin ver al mismo tiempo las dependencias de la casa, el bosque que la rodeaba y la montaña del fondo. Mads Herlufsen era la eterna pesadilla de Norby.

«¿Y cuando sepa esta historia? ¡Ah! se pondrá bien contento.»

Y he aquí que volvían ahora los disgustos que habían desaparecido cuando se vió en peligro de una muerte posible, en



el lago, en medio del hielo. Se acordó de haber visto á Waugen varias veces borracho en Cristianía.

—¿Cómo consentí en ayudar á ese hombre?

Por fin tomó por un camino, en cuyo extremo se veía, recostándose sobre los altos boscajes, la sombría masa de los edificios de Norby. En el cuerpo principal de la finca no había más que dos ó tres ventanas iluminadas. Un perrazo negro se precipitó hacia él, ladrando alegremente, alzándose sobre sus patas traseras ante el caballo, queriendo morderle. El mozo de cuadra se presentó con una linterna en la mano. Cogió el caballo por el hocico, mientras que Norby, entumecido de haber estado sentado tanto tiempo, se levantaba con trabajo y salía del trineo. Por el patio principal de la casa, tres de cuyos lados cerraban las cuadras y los establos, corrían regueros de luz por la nieve, procedentes de los reflejos de linternas paseadas por el exterior y por detrás de los cristales. A la izquierda de la granja había una casita separada de las demás construcciones. Habitábanla los retirados, viejos servidores que ya no podían trabajar, y á quienes Norby no quería dejar á cargo del Municipio.

—Pon una manta á «Negro»... Y ten cuidado de no darle de beber en seguida—dijo Norby al mozo.

Después, con el látigo en la mano, subió la escalerilla de piedra, sacudiéndose las botas, seguido por el perro.

## II

Marit Norby era orgullosa con las mujeres de los campesinos, porque las miraba de arriba á abajo; con las mujeres de las «autoridades», porque temía que hiciesen lo mismo con ella.

—Nosotras, las gentes del campo—decía á su marido,—no sabemos nada de nada.

Y sonreía á su manera.



—Vuelves tarde—dijo cuando Kunt entró en la habitación.

Estaba sentada haciendo media en el cuartito que separaba la cocina de las dos grandes habitaciones. Llevaba una cofia, como la mujer del pastor, sobre sus cabellos de un gris de plata. En su bello rostro, de facciones finas, la boca era dura y la barbilla prominente.

—Las cosas han ido mal en el Consejo de la escuela—dijo Kunt.

Permanecía en pie, y se frotaba las manos ante la estufa.

—¿Cómo ha salido?—preguntó ella.

Aludía á la proposición que su marido había llevado al Consejo.

—Se aguó, como es natural—dijo Norby, volviéndose de espaldas á la estufa.

Crejó observar una mirada irónica en su mujer, y sintió una sorda cólera. Ya bastaba con lo que los extraños le habían atormentado en aquel día, sin necesidad de que los de casa tomasen parte... Ella le compadecería.—¿Y qué será cuando sepa la historia de Wangen?

—Sí, me parece que siempre te haces derrotar, Kunt—dijo ella, metiéndose entre el pelo una de las agujas de hacer media.

—¿Siempre? ¡Ah, eso no!

Ella conocía aquella voz; hábilmente desvió la conversación.

—Sí—dijo, sacando la aguja para reanudar la labor;—tú siempre eres demasiado bueno. Las gentes que no tienen nada, las que no pagan un céntimo de contribución, son las que nos dirigen y nos dan órdenes; á nosotros no nos queda más que descubrirnos y pagar.

Esto era un poco de bálsamo para el amor propio de Norby; su mujer se servía precisamente de una de las proverbiales frases que él mismo gustaba de emplear.

—¿Sabrás lo que le ha sucedido á Wangen?—dijo ella con una sonrisa forzada, y sin alzar la vista de la labor.

«El diablo me lleve, lo sabe todo», pensó el viejo.

Permanecía en pie ante la estufa con las manos en la es-



palda. Era calvo, con barba negra, de amplio pecho y prominente vientre, oprimidos por su americana de paño azul; su gruesa cabeza se inclinaba, causada, sobre su pecho. La miró de soslayo disimuladamente, porque no se sentía en condiciones aquella noche de tener una explicación de cierta importancia. Había estado al exterior, al frío, durante muchas horas, y allí hacía calor; así es que el cansancio y el sueño se iban apoderando de él por momentos.

—Sí, me lo han dicho—contestó bostezando.—¿Quién hubiera pensado semejante cosa?

Ella se rió despreciativamente.

—Me parece—dijo—que lo has predicho diferentes veces en estos últimos tiempos; pero puedes estar satisfecho de no haber tenido negocios con él.

«No sabe nada», pensó Norby, con cierto alivio.

—Sí—contestó con un gemido confuso.

Y sus ojos empezaron á cerrarse. Decididamente no podía meterse aquella noche en historias de comunión ó en aquel asunto de Wangén.

En aquel momento oyó voces, bien conocidas en la habitación de al lado. Era una buena ocasión para escapar. Cuando entró en el cuarto, su nuera, sentada junto á un barreño de agua humeante, en medio de la estancia, estaba desnudando á su pequeñuelo, un niño de dos años, para bañarle.

El viejo se paró cerca de la puerta; su rostro, cansado, se animó de repente, tomó una expresión misteriosa.

—¿Quién es ese?—preguntó la mamá, que era joven y rubia, dirigiéndose al niño.

El pequeño miró á su abuelo, con sus ojazos redondos, y se puso á sonreír algo perplejo. En cuanto le quitaron la camisa, forcejeó para bajarse al suelo y correr á Norby. Pero, una vez en el suelo y libre, descubrió que estaba completamente desnudo, y esto le interesó aún más que su abuelo. Su cuerpecito delicado empezó á contonearse por el piso; se tumbó boca abajo y se echó á reír. Después se miró los botoncitos de sus pe-



chos, trató de alcanzarlos con el dedo, quiso escapar de nuevo de manos de su madre, que trataba de atraparle, y lanzó una carcajada triunfante cuando lo consiguió. El viejo tuvo que sentarse de tanto como se reía.

—Bueno, pues yo pediré al abuelo lo que traiga — dijo la madre.

Entonces corrió el pequeño. En un abrir y cerrar de ojos se subió á las rodillas del abuelo y empezó á registrarle todos los bolsillos, hasta que encontró un paquete de bombones.

El pequeño se llamaba Kunt también. Su padre, el hijo mayor de Norby, antes del nacimiento del niño, se mató al caerse del coche, una noche que estaba borracho, al volver de la feria de Sillehammer. A partir de aquel momento, el viejo tomó horror al aguardiente.

De pronto volvió su preocupación en aumento hasta convertirse en una verdadera ansiedad. Precisamente porque el viejo estaba cansado y quería la paz en su casa, aquella próxima explicación con su mujer le parecía dos veces penosa. Acostumbraba, junto á su nieto, á convertirse en un niño también él, pero aquella noche no podía dejar de pensar en Wangen, y aquello le irritaba. Mientras que estaba allí sentado sonriendo al pequeño, dirigía miradas de soslayo, como diciendo: «¿Pero ni siquiera aquí me puedes dejar en paz?»

Le parecía que Wangen se había metido en lo más profundo de su santuario familiar, y el viejo tenía deseos de ponerle en la puerta. Cada vez más sentíase enemigo de aquel hombre que introducía la discordia en su casa y que era el causante de que él, Norby, hubiera cometido con su mujer una ligera superchería que iba á ser descubierta.

—Vamos, ahora hay que bañarse—dijo la nuera, apoderándose del pequeño, que se resistía con todas sus fuerzas.

Y mientras que el niño forcejeaba y chillaba en el agua bajo las manos de su madre, el viejo, como de costumbre, reía, reía y lloraba á fuerza de reír. Pero al mismo tiempo seguía pensando en Wangen. Se acordaba de que en el último



otoño aquel hombre había establecido en su casa la jornada de ocho horas. ¡Valiente imbécil! ¡Prometía ser cómodo en lo futuro el oficio de labrador, si aquellas invenciones absurdas se propagaban y hacían más difíciles aún las condiciones del trabajo! ¿Era asombroso que semejantes personas quebrasen? Pero no hay cuidado de que se vaya á hablar de semejantes proyectos cuando se trataba de obtener fianzas.

Y de repente, el viejo se puso á patear de furor, yendo de un lado para otro por la habitación.

—¿No nos va á dar las buenas noches el abuelo? — dijo la joven cuando el viejo puso mano en el picaporte como para entrar en el otro cuarto.

El viejo se dominó. Ya el pequeño estaba vestido y le tendía los brazos...

En la habitación pequeña, entre las dos grandes y la cocina, hallábase reunida para la cena toda la familia. Desde que se había construído el nuevo cuerpo del edificio, los dueños no sabían ya literalmente en dónde estar; en aquellas vastas salas, amuebladas con gran coste, nadie estaba á gusto, y allí, en aquel local exiguo, estaban muy estrechos. La lámpara, adornada con chupadores de cristal, iluminaba el servicio de té y el mantel blanco. Sobre el antiguo aparador relucía una gran tetera de cobre. Eran cinco á la mesa. Las dos hijas, Ingeborg y Laura, que se sentaban á ambos lados del padre; frente á él, Marit, con su cadena de plata al cuello y el rostro grave, y á su lado la nuera.

Todavía le quedaba á Norby un hijo, pero estaba estudiando filología en Cristianía.

—Sácame esta noche el traje de campo—dijo el padre á Ingeborg.—Mañana tengo que ir á ver á los leñadores.

Ingeborg era el genio bueno de la casa. Desde que su novio, un médico joven, fué encontrado muerto una mañana, tres días antes de la fecha fijada para la boda, no le había sido posible volver á ser por completo ella misma. Aunque no tenía más de veinticinco años, el pelo estaba gris, el rostro



marchito, la mirada era vaga y medrosa. Tenía miedo al pensar lo que sería de ella, una vez muertos sus padres. Y para evitar todo mal pensamiento sobre lo futuro, procuraba estar siempre trabajando; era la primera en levantarse; se pasaba el tiempo en la cocina hojeando el libro de recetas, derramaba lágrimas de desesperación cuando se olvidaba de algo, y se sentía, á pesar de todo, perfectamente inútil en la casa.

—¡Es así como se está en la mesa en tu colegio?—dijo la madre á la joven Laura, dirigiéndole una mirada de reprehensión.

Laurita se desconcertó un poco, é hizo un ademán para separarse de su cara, un tanto roja, uno de los rizos de su cabeza. Pero en seguida recobró el aplomo. Estaba interna en un colegio de Cristianía, y no cesaba de contar historias sobre la vieja profesora, que iba siempre de un lado para otro con una tabaquera entre sus dedos negros de tinta.

Laura la imitaba:

—Queridas señoritas, sean ustedes buenas, yo lo ruego; no me disgusten.

Después, haciendo un gesto de lo más cómico, imitaba á alguien que se disponía á tomar un polvo de rapé. La nuera se echó á reir, mostrando que le faltaba un diente. Marit no pudo menos de sonreir, y el viejo mismo miró alegremente á la traviesa.

«Le escribiré mañana, se dijo vaciando su taza. Después de todo, estoy seguro de que no fueron más que dos mil coronas, ó me engaño mucho...»

Cuando por fin se metió en la cama, en la alcoba del segundo piso, apagó la vela de la mesilla de noche y bostezó con fuerza.

«Fingiré que estoy dormido cuando ella venga. Así me libraré por esta noche de estas historias de comunión y de fianza.»

Desde la cama se puso á mirar á la estufa, en donde lucían rojos los carbones de leña ya medio consumidos. Se abrió la



puerta, y Laurita entró suavemente en el cuarto. Sentóse en el borde de la cama de su padre, le acarició la barba varias veces y le confió al oído que sus cuentas de mes estaban en un desorden desesperante. La madre no las había examinado aún, pero podía pedir el libro mañana mismo.

—¿Pero te crees que vas á hacer de mí lo que te dé la gana siempre que te plazca?—dijo el viejo sin levantar la cabeza de la almohada.

Y como la niña, un poco confusa, retirase su mano, él la cogió y la sintió pequeña y tibia en la suya.

—Bueno, ven mañana á verme á mi despacho — dijo con voz de sueño,—veremos eso...

Laura le acarició la barba otra vez, y apoyó su mejilla en la de su padre; bien sabía que ahora se cubriría su déficit. En cuanto se marchó, la puerta volvió á abrirse, y el viejo se apresuró á cerrar los ojos. Pero era Ingeborg con el traje de campo al brazo.

—Me parece que atraviesa el patio una linterna — dijo el viejo, que veía los reflejos en la cortina.

—Sí, es la vaquera: espera una ternera esta noche.

Pero he aquí que Ingeborg fué á sentarse también en la cama de su padre.

—Quisiera hablarte de una cosa, padre—dijo ella en voz baja.—En el correo, hoy, he oído decir que Basting, el abogado, se jactaba de saber que á ti también te alcanzaría esa quiebra... No me he atrevido á contárselo á mamá antes de haberte hablado.

Pero el viejo se había propuesto tener paz aquella noche, y contestó:

—¡Pobre Basting! Siempre necesita un chisme que contar.

—¿No era verdad? Ya lo pensaba yo—dijo Ingeborg, levantándose.

Y salió suavemente de la habitación, después de haber bajado mejor las cortinas y puesto en la estufa un nuevo leño.



A la mañana siguiente, cuando Norby estaba todavía acostado, le preguntó Marit si había visto al mayordomo. Ante la respuesta negativa, estalló una escena entre ambos. Marit, al salir, amenazó con ir á comulgar ella sola, y dió un portazo.

Permaneció en la cama más tiempo que de costumbre, porque cuando Marit se enfadaba de veras, solía enmudecer como una carpa toda una semana. Y durante esos días había entre ellos como un foso profundo, pues ninguno de los dos quería pasar por la humillación de ser el primero en romper el silencio.

Se levantó por fin, y al salir al patio se le acercó un jornalero con cara de alegría:

—¿Es posible que ese Wangen sea un estafador, como se cuenta?

—Es una cosa muy parecida—dijo Norby, examinando el cielo para ver si el tiempo sería propicio para la excursión al bosque que tenía proyectada.

El jornalero estaba abriendo un camino en la nieve; se apoyó en la pala.

—Sí, hasta dicen que ha falsificado la propia firma de Norby—dijo mirando de reojo al viejo.—Se ha jactado, según se cuenta, de que Norby en persona era su fiador, y hoy las gentes de Norby nos dicen que es una mentira.

«En todo caso, esto no es de la incumbencia de este idiota», pensó el viejo.»

Y se alejó sin contestarle.

Cuando, al poco rato, fué á dar una vuelta á la granja, en donde jornaleros y mozos de labranza se ocupaban en batir el trigo, volvieron á hacerle la misma pregunta respecto á la falsificación de Wangen. Y como el viejo no se dignara tampoco contestar, y se contentase con pasar la mano por el grano, detrás de la máquina, un campesino dijo, rascándose la cabeza:

—Siempre dije que ese hombre acabaría en la cárcel.



Entonces, Norby se puso á reflexionar seriamente.

«Si se sabe que has hecho correr ese rumor, se dijo, Wangen se pondrá bueno contigo, y las gentes se van á divertir en grande.»

Y al disponerse á acabar con todo aquello, diciendo lo que había en el asunto, vió al otro lado de la puerta de la granja al herrero, que se alejaba con el saco al hombro.

—¿Ha estado aquí el herrero?—preguntó.

—Sí, le contestaron algunos, sin dejar de agitar la pala en la semioscuridad.

«Entonces sabe toda la historia, pensó Norby, y hoy se hablará de ella en todo el pueblo. Necesito parar al herrero.»

—¡Pero si debía haber venido á trabajar en los trineos!—dijo el viejo para explicar su brusca salida en persecución del herrero.

Aún no se había abierto camino tras la nevada de la noche, de suerte que era difícil andar, y más difícil todavía correr. Y cuanto más se fatigaba el viejo, tanto más se encolezaba.

«Heme aquí agitándome como un imbecil, gruñó, y todo por ese pelagatos.»

—¡Eh, eh!—gritó, haciendo signos para llamar.

Pero el saco que el herrero llevaba al hombro no tenía, por desgracia, ni ojos ni oídos, y el viejo tuvo que continuar saltando y sofocándose. Necesitaba que aquella historia concluyese en seguida, ó podía costarle caro.

Por fin, el herrero se ha parado; se ha encontrado con un hombre que, con los patines en los pies, se desliza por el camino. Pero antes de llegar Norby, el hombre de los patines se ha lanzado de nuevo y vuela por las pendientes de las colinas.

—¿Pero qué es lo que he sabido?—dice el herrero, dando dos ó tres pasos hacia Norby.—Ese Wangen ha hecho de las suyas. A mí también me ha robado. He recibido la nota de un saco de harina que pagué al contado.



—¡Es mentira!—dijo Norby, que pensaba en lo de la falsificación.

Estaba allí, jadeante por la carretera.

—¿Mentira?... no, por Dios. Es tan cierto como que estoy aquí—dijo el herrero, que pensaba en la harina.

Pero el viejo se acordó entonces del hombre de los patines.

—¿Le has hablado de Wangen?—preguntó.

—Claro que sí. ¿Por qué no?—contestó el herrero.—¡Ah! vivimos en un tiempo bien sucio.

Norby se volvió, se secó el sudor de la cara, se quitó la gorra y se limpió el cráneo, mirando hacia el de los patines, el cual estaba ya abajo, cerca del lago, á toda velocidad; un polvillo de nieve revoloteaba en torno suyo. Y la noticia corría con él.

Knut Norby le contemplaba, en la absoluta imposibilidad de hacer nada.

«Ya no vale la pena de que me ponga en ridículo á los ojos de este herrero ó de los campesinos, pensó, puesto que el diablo mismo se ha encargado de propagar la cosa. Estoy aviado.»

—¿Me parece que me llamaba usted?—dijo el herrero.—¿Tiene usted algo que decirme?

—¡Sí, tengo algo!—dijo el viejo, poniéndose furioso.—¡Ah! eres una alhaja. Hace meses y meses que me has prometido venir á trabajar en mis trineos, y nada... Eres un cualquier cosa; me debes dinero y no quieres pagarme. Ya veras; voy á formular hoy mismo una queja contra ti.

Y Norby se volvió hacia la granja á pasos rápidos. El herrero se quedó estupefacto, con el saco al hombro, y le miro alejarse, abriendo mucho los ojos.

«Debe de ser esa falsificación lo que está á punto de trastornarle el juicio, pensó.»

Y reanudó la marcha penosamente.



## III



Mientras que Norby volvía á su casa, pisando fuertemente te en la nieve, iba como un hombre á quien el viento acaba de arrebatar su sombrero, y no llega á descubrir lo que se ha hecho de ese sombrero. No comprendía cómo había nacido aquel rumor respecto á la falsificación de Wangen; pero sentía al mismo tiempo que en el fondo era culpa suya. Naturalmente, las mujeres eran quienes le habían comprendido mal la víspera, cuando estaba cansado y quería que, ante todo, le dejaran en paz; después, por la cocina, la cosa había llegado á oídos de los jornaleros; y pronto no se hablaría de otra cosa en todas partes, porque la historia lo merecía. ¿Y Wangen? Como es natural, no desperdiciaría aquella ocasión de llevar á Norby á los tribunales.

Asaltóle á Knut cierto deseo de tener un fusil á la mano para disparar sobre el hombre de los patines, que iba á propagar el maldito error. Sin él, de todos modos le hubiera sido preciso á Norby, aunque le costase trabajo, ir á decir á los campesinos:

«Todo lo que se ha dicho respecto á Wagen es una equivocación. Le he dado verdaderamente mi garantía. No ha cometido ninguna falsificación.»

Pero ahora tenía que recorrer todo el lugar, y esta idea le ponía completamente furioso.

Se dirigió á la escalera de la cocina para dar á las mujeres su merecido; pero, en medio del patio, cambió bruscamente de dirección.

«De todos modos, si esto se pone feo, será preciso que asuma la responsabilidad, pensó, puesto que al fin yo soy aquí el amo...»

No fué al bosque aquel día. En cambio fué á la cuadra, y



amenazó al mozo con despedirlo porque un potro estaba mal almohazado. Después se presentó en la granja en el momento mismo en que los trabajadores estaban un instante descansando, y también ellos recibieron lo suyo. Por fin se metió en su despacho, y se puso á escribir cartas conminatorias á la mayor parte de sus deudores.

«Evidentemente, tendré que pagar una multa; hasta será preciso tal vez que tenga que poner una retractación en un periódico, pensaba mientras escribía. He aquí lo que gana uno con ayudar á semejantes individuos. Se pierde la paz del hogar, sin contar el dinero, y, por añadidura, es uno la irrisión de los demás, con detrimento de la propia honra.»

La puerta se abrió, y, con gran asombro de Norby, entró Marit. Debía de haber ocurrido algún acontecimiento extraordinario para que se decidiese ella á romper el silencio. Pero sería demasiado que también ella fuese á atormentarle con la dichosa historia.

Marit permaneció en pie con los brazos colgantes. Sacó la barbilla, y dijo con voz temblona:

—Comprendo perfectamente que quieras ocultarme ese asunto; pero vengo á preguntarte si piensas ir á denunciarle al alcalde.

Knut se levantó de un salto, y se quedó en pie con las manos á la espalda, con las piernas abiertas.

—¿Al alcalde?—dijo, examinando á su mujer á través de los anteojos que se ponía para escribir;—¡jamás!... todavía no estoy loco.

Pero Marit, ya preocupada por la falta de palabra de su marido respecto á lo de la comunión, sospechó si todavía ocurriría algo más; avanzó un paso:

—¿De modo que no quieres?

Su voz temblaba cada vez más.

El viejo comenzó á soplar ruidosamente. Ahora que estaba furioso, el tono de autoridad de su mujer le parecía á la vez cómico y molesto. Jamás se le hubiera ocurrido en aquel mo-



mento ir á confesar una falta á la insolente personilla que estaba allí plantada

—¿Qué vienes á hacer aquí?—dijo, echando la cabeza hacia atrás y mirándola fijamente.

—Es preciso que vayas á buscar al alcalde.

—¡Vete! Quiero que me dejes en paz.

Pero, sin desconcertarse, siguió ella diciendo:

—Sí, se comprende: prefieres pagar y pagar siempre, aun cuando tus hijos se quedaran sin camisa que ponerse. En adelante, todos los canallas podrán servirse de tu nombre. Tú, á dar dinero, ó bien... (y aquí adoptó un tono de gran ironía) tal vez hayas firmado verdaderamente el documento. Todavía vas á ser tú el culpable.

Esta palabra «culpable» sonaba como si Marit le sospechase de asesinato ó robo. A Norby se la subió la sangre á la cabeza; incapaz de pronunciar una palabra, sopló, hizo grandes ademanes con los brazos y echó á su mujer.

Poco después, oyó sonar en el patio la campanilla del trineo, y, al mirar por la ventana, vió que Marit salía. ¡Bueno, Bueno! Ya empezaban también á tomar los caballos de la cuadra sin su permiso.

«Pronto se pondrá los pantalones, pensó.»

Y se puso á pasear, pateando como acostumbraba á hacerlo cuando le sucedía algo dentro.

Al poco rato oyó volver la conocida campanilla. Ni siquiera miró; fué á tumbarse en el sofá de nuevo, y cerró los ojos. No tardaron en oirse pasos en el vestíbulo. Se abre la puerta, es Marit; pero el viejo permanece tumbado y con los ojos cerrados. Mientras se desata las bridas del sombrero, dice ella:

—Eres muy capaz de volverme á echar. Pero puesto que no sirves para defender lo tuyo, preciso es que lo defienda yo. Este asunto no ha de quedar así, tan cierto como que yo soy el ama de esta casa. Vengo de casa del alcalde.

Knut se enderezó lentamente, quitándose el abrigo en que se había envuelto. Miró fijamente á su mujer. Bostezó, y siguió



mirándola. Por fin se pasó una mano por la barba, luego por su calva, y dijo en seguida con su voz habitual, espantosa de calma:

—No es posible. ¿Que vienes de casa del alcalde?

—Exactamente. Cuando no hay hombres en la finca, preciso es que las mujeres vayan al bosque—dijo ella.—Yo no estaba sin un céntimo cuando vine á esta casa, y no convinimos en que tú dejases que se perdiera todo.

Knut palideció, pero dominándose, se pasó otra vez la mano por la cabeza y trató de reír. No podía ella haber tocado á Norby en lugar más sensible; á él, que con su habilidad había poco á poco duplicado casi la fortuna de ambos.

Pero Marit juzgó entonces que era prudente batirse en retirada; retrocedió, cerrando la puerta lentamente, y se fué con paso tranquilo y firme. Knut se sentó y se volvió á pasar dos ó tres veces la mano por el cráneo. Por primera vez en su vida, pensó Norby en correr tras su mujer y darla una paliza. Porque ahora, hiciese lo que hiciera, la paz del hogar estaba en los quintos infiernos.

Se levantó y empezó á pasearse lentamente, con los pulgares en las aberturas del chaleco. De cuando en cuando se paraba, como para preguntarse si todo aquello no era un sueño, del que iba á librarse al despertar. Pero no; allí estaban los edificios de la finca pintados de rojo. Allí, encima de su mesa, colgaba el retrato del gran político Johan Sverdrup, y realmente, era él mismo, Norby, quien estaba en pie, vestido aún con el traje de campo. No, no era una pesadilla; su mujer había ido á casa del alcalde para aquella historia...

Tuvo la sensación de que el piso estaba poco seguro bajo sus pies; su despacho le pareció, de repente, demasiado estrecho, y tuvo que irse al vasto salón de esquina, en donde se puso á pasear con las manos en los bolsillos. Había allí muebles de caoba, grandes espejos dorados y otros muchos esplendores, pero ahora parecía á Norby que no le pertenecía nada de aquello. Parábase á cada instante, como para decirse:



—¿Pero eres tú, verdaderamente, Norby? ¿Sí ó no?

De pie en la blanca y fría luz que entraba por la ventana, se puso á mirar vagamente al jardín, medio enterrado bajo la nieve. Pero no veía los árboles; veíase á sí mismo bajando la colina, llevado en coche por el alcalde, conducido á la cárcel, por haber formulado una acusación falsa.

De repente, dió media vuelta y se dirigió á la puerta, pero se detuvo con la mano en el picaporte. Sentía la imposibilidad absoluta de ir en busca de su mujer y confesarle la verdad. En primer término, más bien sentía deseos de pegarla, y luego que no sabía cómo tomaría la cosa. Tal vez se limitara á ponerse mala de rabía, al pensar que había ido á ver al alcalde como una imbecil; pero también podía imaginar otros medios de vengarse más desagradables todavía.

Subió la escalera ruidosamente, y entró en su cuarto para mudarse de ropa. Necesitaba ir cuanto antes á ver al alcalde. Pero cuando se quitó los pantalones de campo para ponerse los otros, sus manos se pararon, y respiró con fuerza:

«Todo esto es para reir y llorar. Primeramente, ayudas á ese hombre por bondad; después, pierdes tu dinero; por último, te creas enojos en tu casa; y por si esto no bastara todavía, vas á correr de un lado á otro para ponerte en ridículo. ¡Más aún! Vas á entregar á tu mujer á las risas y á la chacota de todo el pueblo. ¡No; esto es demasiado, decididamente!»

Permaneció sentado con el pantalón nuevo en la mano. El feo retrato que se había trazado de Wangen la víspera, se hizo más repugnante todavía. Porque, en el fondo, todo lo que pasaba era por culpa de Wangen. «Y por ese hombre vas á ir...» El viejo rechazó bruscamente el pantalón que tenía en la mano y se volvió á poner el otro. Aun cuando fuese ahora á retirar la acusación, seguiría siendo responsable de los rumores que corrían. Y en cuanto á ir á casa de Wangen á presentarle excusas, no. ¿Excusas á aquel hombre? ¡Jamás!

No: tenía que haber alguna puerta excusada para salir de aquel asunto. Lo pensaría.



Knut Norby se encontraba de repente caído en una desgracia, cuya falta, después de todo, no le incumbía, pero con cuya responsabilidad debía cargar. Tampoco esta responsabilidad le parecía tan pesada como de ordinario. Todo lo que pasaba en su casa aquel día no era, en el fondo, sino la recompensa que le valía la ayuda prestada á aquel hombre, por pura bondad de alma. En suma: el único culpable era Wangen...

Cuando el viejo, al anochecer, sentado en la habitación pequeña, oyó en el cuarto próximo los gritos del pequeño Knut, se levantó para entrar, como de costumbre, pero se detuvo en la puerta; no le era posible ver hoy á su nieto.

—Tal vez ese Wangen no fué ajeno á la desgracia que mató al padre—se dijo al pensar en el niño.—¿Quién sabe si no fué él quien le arrastró á beber la noche fatal.

En todo caso, Wangen fué á la feria de Sillehammer el día en que ocurrió la desgracia; esto era un hecho cierto.

Pasaron los días. El viejo estaba en ascuas. Pero cada vez que se sentía dispuesto á cambiar de traje para ir á ver al alcalde, se apresuraba, sin darse bien cuenta de ello, á representarse á Wangen en su imaginación, á recordar lo malo que de él se decía, á ponerle en postura ridícula ó fea, á llenarle de defectos repugnantes, y sentía nuevas fuerzas para permanecer inactivo; cada vez más, sentía la imposibilidad de humillarse tan profundamente ante aquel hombre.

¿Y si había pensado bien? ¿Y si Wangen había contribuido á la muerte de su hijo?...

Aunque esta hipótesis pusiera al viejo enfermo de rabia, seguía estando como en ascuas. Ciertamente era que el testigo del acta, Jorge Haarstad, había muerto. Pero Knut Norby no quería negar su firma. Había que encontrar una salida á toda costa.



## IV

Enrique Wangen se apeó del tren de Cristianía, cuyos coches estaban completamente blancos de nieve, y, con una maleta en la mano, se apresuró á adelantarse á las gentes y tomar el camino de su casa. No saludó á nadie. Su quiebra arruinaba á la mitad de la localidad, y sabía que las gentes le seguían con los ojos como á un canalla, al que hubieran deseado moler á golpes.

Era un hombre de unos treinta y cinco años, alto y delgado, con la barba castaña, con facciones finas y frescas. Pero su marcha era la de un viejo. Las humildes gestiones que había hecho, yendo de un rico comerciante de la capital á otro, no habían dado resultado. Y tenía miedo de entrar en su casa, porque era preciso que su mujer supiera hoy al fin toda la verdad.

Wangen era el hijo de un recaudador que se hizo culpable de una malversación de fondos. Había ensayado un poco todos los oficios; era agrónomo cuando se caso con la hija de un labrador muy rico. El padre de la joven, que siempre se había opuesto á aquella boda, concluyó por dar su consentimiento, estipulando, sin embargo, la separación de bienes. Pero cuando Wangen fundó su tejería, no solamente obtuvo la confianza y el dinero de su mujer, sino que su elocuencia y su entusiasmo hicieron también que su suegro, su cuñado y otros muchos le confiaran su dinero. Y ahora...

Cuando llegó al extremo del puente, en donde se agrupaba todo un enjambre de casas obreras en el flanco de la colina, se encontró á un hombre, de silueta arqueada, gabán usado, gorro de piel, con una boca hundida y unos lentes de oro en su roja y prolongada nariz. Wangen se detuvo, abrió la maleta y sacó una botella envuelta en un papel. Era un encargo hecho á la ciudad. El hombre de los lentes sonrió á la botella como á un preciosísimo género, y se la puso bajo el brazo.



—Escucha—dijo con una sonrisa,—tengo que darte una pequeña noticia.

Pero ya Wangen seguía su camino. Pensaba en su mujer, que esperaba el cuarto hijo; ¿podría soportar lo que iba á decirle?

Pero el otro le siguió y le cogió por el brazo:

—No; un minuto; es preciso que te enteres de mi noticia—dijo riendo de una manera bastante malévola.—Entra un instante á probar el género.

—Gracias, otra vez será—dijo Wangen apresurando el paso.

Wangen se había dejado tentar, desgraciadamente, más de una vez por aquel borracho, un antiguo cónsul en Cristianía, al que su familia había puesto en pensión aquí en el campo. Pero hoy había decidido entrar completamente en ayunas en su casa. Sin embargo, el otro continuaba sin soltarle del brazo, y tanto le dijo, que Wangen se dejó por fin llevar á la casa del cónsul.

Cuando entraron en la pequeña habitación, que apestaba á aguardiente y á tabaco, vieron la mezquina figura de un hombre, sentado á lo sastre junto á la ventana, muy ocupado en hacer solitarios. Era un compañero de cartas, un compañero de *grogs*, un viejo abogado, completamente deformado por la gota, que hacía tiempo se había retirado de los negocios. Llamábanle «el ex miembro del próximo gabinete».

—Siéntate—dijo el cónsul.

Pero Wangen se quedó de pie, con la maleta en la mano.

—¿Una partidita?—dijo el hombre de junto á la ventana, con un movimiento de su barba blanca.

—Deja eso—dijo el cónsul, que se ocupaba en poner unos vasos.—Vamos á trincar primeramente un poco de lo fino, de lo mejor.

—Gracias; yo no tomo nada—replicó Wangen.—Pero ¿qué era eso que tenía yo absoluta necesidad de saber?

—Siéntate, hombre—dijo el cónsul.

Miró á su vaso, y añadió con una sonrisita:



—¡Dios mío! Hay que confesar que el mundo es todavía peor de lo que pienso.

Y no era poco decir, porque el cónsul no tenía precisamente la costumbre de juzgar á las gentes con benevolencia.

—¿Qué es lo que pasa?—preguntó Wangen.—¿Ha ocurrido algo á mi mujer, en mi casa?

El cónsul dejó el vaso en la mesa; fijó sus malignos ojuelos en Wangen, y frunció su nariz roja á manera de burla.

—¡Dios mío! ¡Sucedan tantas cosas!—dijo.—Veamos, ¿qué dirías tú si yo te preguntase lo que piensas, por ejemplo, del poderoso propietario de Norby?

—¿Lo que pienso de él? No pienso nada absolutamente; bastante tengo con mis asuntos... Pero tengo que irme.

—Espera un poco—dijo el cónsul.—Preciso es que Norby tenga muchas quejas contra ti, porque, hablando claro, quiere meterte en la cárcel por haber falsificado su firma.

El «ministro» alzó los ojos del solitario que estaba haciendo, para ver en la cara de Wangen si debía reirse ó no.

Hubo un silencio, durante el cual el cónsul gozó de la situación, sin dejar de mirar á Wangen al través de sus lentes.

Wangen se echó á reir, é, inconscientemente, extendió la mano para tomar un vaso lleno.

—A tu salud—dijo;—no está mal la broma.

—¿Pero es que no lo crees? Pues es completamente cierto, sin embargo. Pregúntaselo al «ministro».

El «ex miembro del próximo gabinete» hizo con la cabeza un signo afirmativo.

Las miradas de Wangen iban de un lado á otro.

—Pero ¿qué tontería es la que me estáis contando?

Todavía creía en una broma.

—Sí, puedes decirlo—contestó el cónsul con una maligna sonrisa.—Vivimos hoy en un bonito mundo.

—¿Ha ido alguien á atormentar á mi mujer á casa?

La voz de Wangen empezaba á temblar. Palideció de pronto, y quiso coger su maleta.



—Sí, ha recibido una visita—dijo el cónsul, clavando en él sus más pérfidas miradas.

—¿El alcalde?

—Sí.

—¿Por qué... porque yo he cometido una falsificación?

—Precisamente.

El cónsul gozaba de tal manera con la situación, que se olvidó de vaciar su vaso.

Wangen había vaciado el suyo, y lo tendió para que se lo llenasen de nuevo.

—A vuestra salud — dijo en seguida. — Si esa historia es cierta, Norby, así Dios me condene, es quien irá á la cárcel, y no yo.

Después se abotonó el gabán, y salió apresuradamente.

JOHAN BOJER

*(Continuará.)*



## CRONICA LITERARIA

---

*Vendimión*, poema por Eduardo Marquina.

Insensiblemente, como se operan estos hechos literarios, apareciendo hoy un libro de poesías, revelándose mañana un nuevo poeta, la lírica castellana ha llegado á alcanzar un estado de florecimiento que no desmerece, por el número ni por la calidad de los poetas, de las más brillantes y luminosas horas que tuvo en el curso de su historia.

Entre los nuevos poetas, Eduardo Marquina no sólo es uno de los más notables, sino uno de los más interesantes; es decir, de los que más convidan al estudio y mayor materia le ofrecen en sus obras. Marquina es uno de los poetas más personales, de los que menos se parecen á otros y menos influidos se muestran por las tendencias dominantes en la poesía contemporánea. No es un modernista ni un clásico. Poeta muy de su tiempo, es moderno, ante todo, en esa facultad de comprender todas las épocas y estilos del arte, que hace de la hora actual una hora sincrética, de múltiples renacimientos, en que toda la historia humana revive á nuestro alrededor sin divorciarnos de lo presente, ofreciéndonos su espectáculo, su emoción, su lejano aroma. Pero con ser moderno, Marquina, no participa de los morbosos extravíos de una gran parte de la lírica contemporánea. La pálida musa del ajeno, que se complace en cantar degradaciones y sentimientos enfermos, no le ha seducido con la sonrisa canallesca de sus pintados labios. Tam-



co el preciosismo femenino ó pueril, que se deleita en pinturas de abanico, le ha arrastrado á fáciles imitaciones. Poeta civil, poeta de ideas, poeta también de amor fuerte y honesto, de amor cuyas girnaldas adornan el ara familiar, los acentos de su poesía son robustos y viriles. Su inspiración no es solitaria, ni se encierra en las moradas interiores; se asoma gustosa al espectáculo del mundo, y acompaña con su vibración á las figuras y á las escenas que desfilan por el escenario del drama humano. Acaso esta facultad de comunicarse con el mundo exterior, esta curiosidad de sus fenómenos y este interés efusivo y humano, presta vigor á la poesía de Marquina. Los poetas muy reconcentrados en sí mismos, á fuerza de cultivar su propio yo, llegan á desarrollar una sensibilidad demasiado aguda. De tanto hurgar en el sentimiento, se lo ponen en carne viva, y sólo arrancan de él sensaciones doloridas y enfermas. No conviene que nos encerremos demasiado en nosotros mismos. Acabaríamos por devorarnos, por abrasarnos en nuestro propio fuego.

Esa facultad comunicativa, ese dón de relación de Marquina, le ha permitido llevar á cabo un interesante ensayo poético: el de las *Canciones del momento*, en que ha entregado á la vulgaridad de los grandes públicos de la prensa diaria, un comentario ó una impresión poética de la actualidad. Dentro de la poesía periodística, que no lo es por publicarse en periódicos, lo cual no pasa de ser un accidente, sino por seguir paso á paso el curso de los sucesos públicos é inspirarse en la actualidad, las *Canciones del momento* representan una excepción. Son demasiado aristocráticas, demasiado finas para ese empleo, y es fácil que los copleros y poetas jocosos, que ponen al margen de la actualidad sus estrofas, hayan tenido más lectores y hayan sido mejor comprendidos y más celebrados que Marquina. Hay cierta contradicción entre la naturaleza de la poesía, que parece aspirar á formas de perpetuidad, y la índole del periódico, que es una información y un comentario pasajeros que nacen y mueren cada veinticuatro horas. La rima, como



el mármol y el bronce, parece consagrada á la permanencia, á la duración, y al mismo tiempo requiere un esmero y acabamiento en la ejecución difíciles de conciliar con la rapidez de los escritos periodísticos. Marquina ha vencido estas dificultades. Ha esculpido las figuras que pasan, el tumulto de la calle, las apariciones fugitivas de lo actual, y al hacerlo, ha realizado obra de innovador. Estas *Canciones*, que merecen coleccionarse, han contribuído á popularizarle ó, por lo menos, á difundir su nombre y fama, que no es enteramente lo mismo. Su leyenda dramática *Las hijas del Cid*, evocación romántica del espíritu del Romancero, y su hermoso canto á Espronceda, dado á conocer en una lectura pública en un teatro, también han ayudado á su presente notoriedad. El teatro y el periódico son los vehículos más eficaces de la fama literaria, particularmente en los pueblos donde se lee poco, y el libro tiene un reducido círculo de difusión.

\*  
\* \*

En su reciente poema *Vendimión*, acomete y lleva á cabo Marquina una vasta y atrevida empresa poética. Hoy se escriben pocos poemas. Estamos en una época de poesía fragmentaria. Entre cien libros de poesías que se publiquen, apenas se hallará uno que no esté compuesto de composiciones breves. Cooperan á ello muchas causas: la decadencia de los elementos épicos y didácticos; el predominio de lo lírico que se amolda bien al marco reducido de las poesías de corta extensión; la transformación del público, que ha crecido en cantidad y bajado en calidad—hoy hay mucha gente que lee y poca que paladee la lectura;— el ejemplo y el hábito de escribir con brevedad, que ofrece y crea el periodismo, escuela literaria por la cual pasa la mayoría de los escritores de todos los géneros, y, al mismo tiempo, medio de difusión de toda clase de escritos. Escribir un poema cuyos versos se cuenten por millares, ó sumen cuando menos muchas centenas, es empresa á que suelen sentirse poco inclinados los poetas contemporáneos, y sólo por eso



debería excitar nuestra curiosidad la obra de Marquina, bien que encierra elementos más poderosos y positivos de interés.

La índole de este poema también es poco frecuente. *Vendimión* es un poema mítico y filosófico, muy alejado del tono familiar y de la amable ironía de conversación en verso que puso en los más famosos de los suyos Campoamor, y también del matiz legendario é histórico, de claras sonoridades épicas, que encontró tan apropiada vestidura en el verso abundante y majestuoso de Núñez de Arce. En *Vendimión* todo es simbólico, todo tiene un oscuro y profundo sentido que rodea de un velo de misterio las imágenes y nos lleva á una región de nieblas, á una penumbra de santuario, donde no siempre comprendemos bien lo que nos dice esa musa esóterica que habla por alegrías como los oráculos. La voz del poeta semeja á veces la música sacra de un misterio que se está celebrando detrás de una cortina, al través de la cual distinguimos confusamente las figuras del hierofante y de los iniciados. Esta oscuridad del poema *Vendimión* limitará bastante el número de los lectores que aprecien sus bellezas. La claridad es un mérito, relativo, pero generalmente estimado, y el lector que abre un libro de poesías no suele hallarse en un estado de espíritu propicio á la meditación y al recogimiento, ni va á buscar en los versos el rastro de un problema ó una sensación metafísica.

Tiene con todo cierta grandiosidad este misterio que rodea á *Vendimión*. De él se puede decir, sin abusar de este término augusto, que es un poema metafísico, un poema donde mora un sentido que está más allá de lo físico, de la significación directa y corriente de las figuras poéticas que lo pueblan. También, desde otro punto de vista concurrente, podríamos decir que es un poema mítico, un mito moderno, envuelto en bellas estrofas, algo flotante y vago, como suelen ser al nacer los mitos, hasta que las interpretaciones los van alumbrando, y á par que los despojan de su original misterio, los van convirtiendo en una expresión alegórica ó figurada de un principio.

Aunque el encanto de lo misterioso no ha desaparecido



porque vivamos en una época crítica, lógica y razonadora, amiga del análisis, no quisiera yo alejar de *Vendimión* á ningún lector posible con estas indicaciones acerca de la oscuridad del poema de Marquina. Para leerle no es indispensable haber cursado en aulas de Filosofía ni haber vivido en comunicación con los grandes metafísicos. Aparte del sentido esotérico que encierran, las alegorías de este poema tienen belleza propia y comprensible. Hermosas imágenes, expresiones poéticas felices, metros de grave y armoniosa cadencia, pueden deleitar en esta obra hasta al lector que no quiera lanzarse á interpretaciones y se quede un tanto perplejo ante el pensamiento total del poema.

\*  
\* \*

*Vendimión* es el tiempo, considerado como principio destructor.

¡Oh tiempo, *Vendimión* de todas las vendimias!

El poema es un mito poético de la lucha entre el tiempo y la eterna renovación de la vida, entre la destrucción y la creación. La obra de Marquina no tiene otra unidad que la interna del pensamiento. Exteriormente, sus partes carecen de trabazón; son fases ó aspectos de ese mito del tiempo, y hubieran podido ser más ó ser menos, sin que la traza general del poema se resintiera de ello, dejando ver alguna laguna ó algún añadido. El poema no tiene una arquitectura armónica; no es un edificio fabricado con arreglo á plan y proporciones, sino una agrupación de pequeños edificios, de cantos ó poemas menores, cuyo conjunto compone la obra total. En esto mismo se advierte aquella tendencia á hacer poesía fragmentaria, de que antes hablaba. Pero aunque esto quite armonía al conjunto y nos le presente como una suma de partes, más que como un cuerpo ordenado y simétrico, evita, en cambio, la monotonía de los poemas narrativos de forma historial, que suelen caer en el prosaísmo, ó se hacen á la larga fatigosos, si se mantienen desde el principio al fin sobre el coturno.



*Vendimión* se compone de un prólogo y seis partes: *Los mitos del Vendimión ético* (Primer mito, «El asno»; segundo mito, «El cisne»; tercer mito, «El águila»); *Vendimión ermitaño* («Libro de horas»); *Vendimión doméstico* (Salmos); *Vendimión hispánico* (Primera parte, «El mendigo»; segunda parte, «El rey»); *Vendimión astral*; *Vendimión combatido* (Primera parte, «Hércules y Vendimión»; segunda parte, «Vendimión y el Dante»; tercera parte, «Reconciliación suprema»).

Bastan los títulos para que se comprenda lo desordenado, confuso y casi caótico que es el poema, al mismo tiempo que la riqueza y variedad de sus elementos.

*Los mitos del Vendimión ético* me parece una de las partes del poema más difíciles de entender y de relacionar con el pensamiento general de la obra. Yo la interpreto creyendo que el poeta ha querido representar en esas bestias simbólicas, en la humildad y paciencia del asno, en la altiva pureza del cisne y en la fiera independencia del águila, las virtudes en que la vida debe ejercitarse en su lucha con el tiempo.

En *Vendimión ermitaño*, el tiempo, disfrazado de anacoreta, hace la apología de la muerte, del final reposo. La muerte, tentadora, habla por su boca, ofreciendo sus perspectivas de paz, de fusión en el todo de las cosas.

Morirás.

No temas  
que este horrible peso  
de tu alforja, oprima  
sin cesar tu espalda.

Morirás.

Serán  
aire tenue, tenue  
tus ojos, tus manos,  
tu sangre, tus huesos.

Morirás.

Tendrás  
la paz, el olvido,



la calma, el reposo,  
la muerte, la muerte.

.....

Morirás.

Irán

dolores, dolores,  
por toda la tierra  
sin que tú los sientas.

.....

Irás al seno de Dios padre  
durmiéndote en su seno.

—Padre ermitaño, no me basta,  
sigue, sigue diciendo.

Verás la esencia de las cosas  
en su fervor eterno.

—Padre ermitaño, no me basta,  
si yo mismo no hiervo.

—Hervirás en la esencia de las cosas,  
uno con ellas siendo.

—Padre ermitaño, no me basta,  
si al cabo yo me pierdo.

—Te perderás, pero serás el todo.

—Padre mío, no quiero.

Esta parte del poema es quizás la más elevada, la de más pronunciado sabor metafísico, y á la vez la que tiene más claro sentido. Es la lucha entre la tendencia mística que invita á sumirse en el Nirvana, á fundirse con el ser universal y el fenómeno individual aferrado á la vida. En el lenguaje de Schopenhauer, la lucha entre la negación y la afirmación de la voluntad de vivir. Este bello trozo de poesía acredita la cultura ó la adivinación filosófica de Marquina, y en él late una grave y profunda inspiración.

Muy bello también, pero con otro género de hermosura, apacible y tranquila, es el *Vendimión doméstico*. Es una poesía nupcial, poesía del amor coronado por la fecundidad, poesía de la vida naciente, de la esposa amada, del hijo, numen



del hogar, del amor, venciendo con sus obras los estragos del tiempo. Tienen estos versos una noble pureza que corresponde á la dignidad de su asunto. Vibra en ellos la intimidad y el fuego del *Cantar de los Cantares*, pero su llama es más suave y más austera; no arden en ella embriagadores perfumes de molicie oriental. El sentimiento que vibra en estas estrofas es el de la paternidad, el espíritu del hogar ario que inspiró las instituciones de la antigua familia india, griega y latina. Yo creo que nuestros remotos antepasados arias hubiesen entendido á un vate que les hablara como Marquina, y hubieran incluido este canto entre sus viejos himnos.

Esta poesía doméstica es como una oración ante el lar familiar; tiene una gravedad religiosa, que evoca los antiguos ritos del hogar. Quizás lo mejor del poema de Marquina, en el sentimiento y en la expresión, es esta poesía del hijo, del amor fecundo. Dice el poeta:

Este que viene, tierno en su armadura  
y liviano en sus huesos.

Este, en quien son sustancia y levadura  
mis besos y tus besos.

Este de carne en flor y de la vida  
balbuciente que late,  
sangriento en desnudez, como la herida  
de un glorioso combate.

Este es mi casa, al fin, que en el divino  
gesto de un sér humano,  
viene á poner en medio del camino  
mi pendón soberano.

.....  
Porque «de tus entrañas—está escrito—  
hacerá el Salvador». Y en cada nueva  
creación entrañable, el infinito  
prodigio se renueva.

Mira tu casa, en él, sobre tu casa;  
mira, en él, á los dos en una hechura;



mira del tiempo que inflexible pasa -  
 puesta á cobijo en él mi levadura.

.....  
 «..... hoy llegan á la cumbre, en su abundancia  
 mujer, nuestros amores.

Que tú eres mi Elegida, y yo te he puesto  
 en lo mejor de mi jardín florido,  
 y has dado flor». Y aquel del agrio gesto,  
 que llamo Vendimi3n, huye vencido.

*Vendimi3n hispánico* se compone de dos partes. La primera, *El mendigo*, se nos presenta bajo la figura aleg3rica del amor entre un mendigo leproso y la hermosa muchacha Grana, toda salud y belleza. Es un mito algo oscuro, en que acaso el poeta ha querido representar las lacerias de la raza, el esp3ritu aventurero y el decaimiento místico, vencidos por la triunfal floraci3n de la vida. En la segunda parte, *El Rey*, aparece la lucha entre la tradici3n hist3rica, entre todo lo que el tiempo hace viejo y caduco en los pueblos y el anhelo de renovaci3n. El poeta ha elegido, como representaciones de ese esp3ritu de renovaci3n, al Cid, al Condestable D. Alvaro de Luna y á Padi-lla, extraña trinidad hist3rica que, hist3ricamente, pugna con el sentido aleg3rico que el poema la presta. A mi parecer, la obra de Marquina decae algo en esta parte, como si su inspiraci3n, al descender al campo de los hechos hist3ricos y ponerse más en contacto con nosotros, perdiera parte de su mágico encanto.

En *Vendimi3n astral* vuelve á elevarse el poema á luminosas alturas. Esta parte es el poema cósmico, la poesía de la creaci3n; el astro solitario, animado por la aparici3n del amor é invadido por la vida. Si *Vendimi3n* tuviese una ordenaci3n l3gica, ésta hubiera sido su primera parte, que en el desorden poético de la obra aparece relegada casi al final.

*Vendimi3n combatido* comprende una glosa poética del mito de Hércules y Deyanira, y la evocaci3n de la figura de Dante considerado como un emancipador.



Alma de formación, cosa latina,  
 juntó en sí mismo todos los contrarios,  
 y fué su vida guelfa y gibelina.

Unificó la raza, y de los varios  
 balbuceos del mundo, hizo la entera  
 plenitud de sus gestos arbitrarios.

Tuvo el cuerpo sensual y el alma austera;  
 en hez del pueblo hundió, al vivir, su lira,  
 y en luz del sol la alzó, en el canto, fiera.

Despedazó el engaño y la mentira,  
 y puso á fuego sus concupiscencias  
 en los hornos calientes de su ira.

Y cuando estaban todas sus potencias  
 á la más agria lucha preparadas,  
 pasó la de las castas inocencias,  
 y vió «la vida nueva» en sus miradas.

Algo arbitrarias me parecen ambas alegorías en su aplicación al pensamiento del poema; pero la majestad del verso las viste de una regia púrpura y da á esta parte de la obra una belleza de expresión que, con el deleite que de ella dimana, nos distrae de lo que contiene de enigmático y oscuro.

En el final, *Reconciliación suprema*, se precisa el sentido del poema. Para vencer al tiempo y á la muerte, la humanidad debe poner en sus obras un pensamiento de eternidad, laborar *sub specie aeterni*:

No derribes, levanta... En la tremenda  
 soledad del sepulcro y la leyenda,  
 afianza segura  
 Humanidad, la nueva arquitectura.

No des forma carnal á cosa alguna;  
 lo que nazca en tu cuna,  
 que tenga aliento largo, y no termine,  
 y que le toque el sol cuando culmine.

La eternidad, no el tiempo, es tu cuadrante;  
 ya no á la muerte, á Dios tienes delante

.....



Las obras que hoy hacemos  
ya á los tiempos futuros las movemos;  
la iglesia que fundamos,  
á un Dios que no ha nacido destinamos.

Así ponemos en la muerte fiera,  
á logro y plenitud nuestra quimera,  
y si en ella morimos,  
en la obra interminable persistimos.

Esa invitación á la perpetuidad parece animar los versos de Marquina, que tienen una severa construcción clásica, que les da aire de estar destinados á las futuras antologías. En las rimas de este poeta no hay nada fofo é inconsistente; dan la sensación del relevado, de una solidez y una precisión hechas á golpe de cincel y martillo. Marquina, en este poema de lucha, no sólo ha luchado con el tiempo, con *Vendimión*, sino con la rima, y la ha conquistado definitivamente, haciéndola suya, modelándola á la medida de su pensamiento. Hay en el poema una exuberante variedad de metros, de combinaciones, de armonías; pero su música es una música domada por el espíritu, que le sigue dócilmente y se ciñe á él, sin entregarse nunca á caprichos de vana sonoridad. La métrica sigue obediente al poeta, en vez de arrastrarle.

E. GÓMEZ DE BAQUERO



# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—**COSTUMBRES:** Fueros de Aragón.—**PEDAGOGÍA:** Los niños y los juguetes.—**CRÍTICA:** Manojó de quisicosas.—**FEMINISMO:** La lealtad femenina.—**LITERATURA:** Rousseau y Lemaître.—**IMPRESIONES Y NOTAS:** Cortesanas y provincianas.—Las curas por hambre.—Una versión de la muerte de Luis II de Baviera.—Falsificaciones artísticas.—El diablo.

## COSTUMBRES

**FUEROS DE ARAGÓN.**—El laborioso catedrático del Instituto de Madrid, D. Luis Parral y Cristóbal, ha acometido la magna empresa de la publicación íntegra de los Fueros de Aragón, con la traducción á dos columnas de los textos latinos ó lemosines, con vocabulario de las voces anticuadas por el sentido ó por la ortografía y con un estudio previo, histórico, geográfico y estadístico, del reino de Aragón. La obra ha de constar de cuatro voluminosos tomos, de los que van ya publicados el primero y el segundo, estando en prensa el tercero.

Como muestra, y para conocimiento de nuestros lectores, entresacamos de la colección los referentes á los alguaciles y á las dotes, por ser de los más curiosos para el estudio de las costumbres de la época en que fueron dictados.

Helos aquí:

### ORDEN DE PEDRO II EN ZARAGOZA, 1381, SOBRE LOS ALGUACILES

«La virtud principal por la que reynan los príncipes en este mundo, y consiguen el reino perpetuo, es la justicia, pues ven ser necesario á ellos que los ministros sean tales personas para aquélla, que de aquello que es virtud, y por la que espe-



ran que dos no cambien en vicio por abuso de aquélla, de la que tuviesen castigo y tormentos y á evitar que eso no pueda ser. Ordenamos que el Alguacil tenga y tome un *moravedí* de oro de todo precio que haya tenido diez días ó más. Y tome cada día de nuestra Corte ocho *caneles*. Pero ordenamos que en su oficio ponga ocho hombres de á pie, buenos y capaces, y haga estar cada día uno de éstos un día á la puerta de nuestro palacio para guardar los motines de riñas y para castigarlos, que no griten, ni den vueltas, ni hagan ruidos, y que no dejen tener las bestias delante de la puerta de palacio, les hagan dar gran carrera antes de entrar y salir. Reciba todavía de todo preso que haya tenido diez días en la prisión, un maravedí; esto es, diez sueldos por aquél. Y si está allí más de los diez días en la prisión, no reciba ya más. Y si el preso no sale antes de pasar aquellos diez días, no tenga que pagar el dicho maravedí, ni otro derecho al dicho Alguacil. Y si dentro de los diez días ó después se malea, ó sale de la prisión con fianza, queremos que tenga el Alguacil por su derecho medio maravedí: y el Escribano que escriba la dicha fianza, tenga por las escrituras que haga tres sueldos, y no más. Y en el caso que el preso muera y sea hombre de lugar ó ciudad, honrado, ú otra persona que mantenga caballo y armas, queremos que el Alguacil tome por su derecho tan solamente el caballo, y las armas, y la espada, y la correa, y la bolsa, ó cuchillo, que estén guarnecidos de plata cuando sea apisionado: y la vajilla de plata en que se le sirva en la prisión, y la cama en que duerma en la misma y la moneda de oro que lleve cuando se le haga preso, hasta la cantidad de treinta maravedises de oro. Todavía queremos, que si por ventura viniera ocultando una deuda delante de nuestro Alguacil, y pasados los diez días que el da, tenga que hacer ejecución en dicha deuda; tómelas, pues, los derechos de tanto como sea la dicha deuda: los cuales pague el deudor, de los que ha de dar el alguacil á los hombres de su oficio la mitad por sus trabajos que conviene hacer para citar á aquéllos. Y de todo Ju-



dío ó Moro que nuestro Alguacil prenda, por poco que lo tenga en la prisión, queremos que tome por su derecho el dicho maravedí. Y si sucede que nuestro Alguacil parta de nuestra Corte á instancia de parte, y por sus oficios, tome por su salario y dietas cada día cuarenta sueldos barceloneses y no más; y que aquéllos los tenga que pagar la parte demandante. Y de todo preso que esté un día ó más ó menos, pague á los hombres del oficio de carcelaje por herrar y desherrar ó por cualquier otro servicio, dos sueldos, cuatro dineros y no más. Queremos más, que nuestro Alguacil haya de certificar á nos ó á nuestro Consejo, de qué delito está acusado el preso que tenga, porque de aquello ha de ser hecha la diferencia de su prisión, más ó menos fuerte que la de los otros. Y queremos que todas estas diferencias sean hechas: la primera, si es preso por causa civil, sea menos preso de cadena, con grillos de..... libras sin guardia. Y si es preso por hecho criminal, que no parezca que ha de ser condenado á muerte, entonces sea preso con grillos de..... libras y con cadenas sin guardias. Y si es preso por causa criminal, que ya parezca que ha de ser condenado á muerte corporal, queremos que esté preso con grillos y con cadenas de..... libras. Empero si el dicho Alguacil ve que, por la fuerza ó estado de la persona que esté presa, habida nuestra licencia con el consejo de nuestros jueces, á quien se ha encomendado el hecho, le puede aliviar la prisión, según la forma y mandamiento que Nos hagamos, y el dicho Juez aconsejará, hágalo. Y si ha de hacer venir guardias, que se asegure de nos y del dicho Juez cuántos han de ser: y aquéllos en tal caso, reciban de dicho preso ó presos cada uno diez y ocho dineros. Y si guarda dos presos ó más, reciban de cada uno doce dineros, hasta completar cinco sueldos y no puedan tomar más. Y si por acaso los dichos hombres van fuera de nuestra Corte á instancia de parte, tome de salario y de dieta, cada día que estén fuera, tres sueldos barceloneses y no más. Y si el preso que tengan es condenado á muerte, tomen los vestidos que aquél lleve al tiempo de ser apresado, excepto la



golilla. Queremos también que si el dicho preso condenado á muerte tiene moneda de plata ó dineros menudos (cuartos sueltos), sean de los dichos hombres, hasta la cantidad de cien sueldos y no más. Y si tiene espada ó cuchillo que no esté guarnecido de plata, sea de los mismos. Y si por ventura hacen alguna citación dentro de la ciudad, villa ó lugar donde nosotros estemos á instancia de parte, cobren por sus salarios doce dineros nada más: y si sucediera que alguno de nuestra casa fuera preso en poder del Alguacil á instancia del Canciller, del mayordomo ó del Contador mayor ó del Camarero mayor, por castigo, no tomen de él maravedí, ni carcelaje, ni herrar ni desherrar.»

Los relativos al derecho de las dotes, son los siguientes:

«JAIME I EN HUESCA, 1247

»Muerto el marido, la mujer viuda, aunque tuviese hijos de él, poseerá todas las cosas que juntamente tenían, mientras ella se mantenga viuda. Pero, aunque no se case, si manifiestamente tuviese fornicador ó adúltero, pierde la viudedad y las dotes, como si se hubiese casado.

La ingenua, esto es, la Infanzona casada con un varón, ha de ser dotada por éste en tres heredades, que tenga de presente, ó pueda alcanzar en el porvenir, y muerto su marido, puede empeñar todas ó parte de ellas, sin oposición de nadie, si no tuviere de dónde vivir. Sin embargo, si tuviese hijos que la quieran proveer de las cosas necesarias, no puede hasta cierto punto empeñar su dote ni tampoco otras heredades. Y si cuando se la dota, el marido no tuviera más que dos heredades, en ellas debe dotarla, y aunque no tuviere más que una. Pero esta ingenua puede bien dar una de las heredades de su dote á uno de sus hijos, á quien quisiera más, reservándose ella la viudedad; pero no de otra manera: porque, tan pronto como se casa con otro, pierde la viudedad y las dotes. Podrá también dar la segunda heredad á aquel lugar en que estuviese enterrado su



marido, si ella también eligiese allí sepultura. Mas la tercera podrá darla á los hijos, para que todos la sorteen allí, y así, como se ha dicho, pueda la ingenua dividir la herencia. En la división, empero, de otras cosas, la misma debe sacar íntegros sus vestidos y sus joyas, y una cama parada de las mejores ropas que haya en la casa, y un vaso de plata, una esclava, una mula de cabalgar, si de todo hubiera allí; también debe tomar dos bestias de labor con sus aparejos, si administrasen. Y si no hubiese esto, tome ella de aquellas cosas de las dichas que hubiera en la casa, y de cuantos pertrechos tuviesen tome uno de cada materia, y de igual manera, tome la mitad de los demás muebles.

»La mujer franca es dotada en quinientos sueldos por aquel con quien se casa, asignados en aquellos bienes que tiene ó ha de tener. Puede, no obstante, dotarla en más, si quisiere. Sin embargo, si tiene un hijo del marido, viva ó no el hijo, no puede pedir las dotes á ella prometidas, según el Fuero. Pero si no tuviere hijo, debe recibir íntegramente sus dotes con todas las otras cosas, que se contienen en el precedente próximo capítulo.

»La villana debe tener por sus dotes una casa cubierta, en la que haya doce vigas y una aranzada de viñas y un campo, en el cual pueda sembrar una arroba de trigo, dicho linar; íntegramente sus vestidos y joyas, y una cama bien parada con las mejores ropas que haya en la casa, y las dos mejores caballerías para trabajar, con todos sus aparejos. Pero si tuviese hijo del marido, solamente que nazca vivo, pierde la villana sus dotes, aunque muera al momento. Tiene igualmente parte, según el Fuero, en las demás cosas que hay en la casa. Si no tiene casa de doce vigas, dele otra en que haya más de doce, y la misma reciba íntegramente la parte, é inmediatamente la mitad de todos los muebles y la mitad de todos los inmuebles que ganaron de lo que tuvieron de común.

»Toda mujer que comete adulterio pierde las dotes de tal manera, que nunca en adelante podrá pedir las.



»Ni el marido ni la mujer pueden vender la heredad que los padres dieron á su hijo en axobar cuando se casó, antes de tener sucesión, salvo que procuren, por buenos fiadores, poner el mismo valor en otra finca tan buena y en lugar tan conveniente.

«Los hijos legítimos pueden y deben heredar las dotes de su madre ingenua. Sin embargo, si su padre quiere contraer segundas nupcias, y no tiene otra heredad con que pueda dotarla, podrá dotarla legalmente, según el Fuero, en una de las tres heredades de las dotes de la primera mujer, aunque la impugnen los hijos de ésta. Y que la misma reciba su parte íntegramente, y la mitad indistinta de todos los muebles, aunque se opongan los hijos de la primera mujer. Y si dicho noble se casase, acaso por tercera vez, y no tiene alguna heredad en la que pueda dotar á la tercera mujer, puede dotarla en la tercera heredad de las dotes de la primera mujer, no obstante la oposición de los hijos de los dos matrimonios anteriores: y los hijos de la tercera mujer heredarán esta tercera finca.»

«Item por quanto se han visto muchos inconuenientes en total destruzión de las haziendas vincladas, con firmas de dote y dotaciones principales de hijas y nietas que es quasi por indirecto anullar los vinclados. Por tanto de voluntad de la Corte statuymos y ordenamos, que qualquiera hazienda vinclada como fuese cargada por el possesor della en perjuizio del successor assi en firmas de dote como en dichas dotaciones principales, en mas de doze mil ducados, dicho cargamiento sea nullo, y de ninguna efficacia y valor, como si hecho no fuese, aunque sea Concejil. Lo cual se haya de entender en las ocho casas principales de Aragón, que son las siguientes: casa del Conde de Ribagorça, casa del Conde de Sastago, casa de Illueca, casa de Ricla, casa del Conde de Aranda, casa del Conde de Belchite, casa del Conde de Fuentes, casa de Castro y no en otras algunas: y esto haya lugar en las dotes y firmas que de aquí adelante se harán y constituyrán.—(Carlos I en Monzón.)»



## PEDAGOGÍA

LOS NIÑOS Y LOS JUGUETES.—Con el título de «Los derechos de la infancia á la belleza», publica Leo Claretie, en *La Revue Bleue*, un artículo sosteniendo la tesis de que la educación del gusto en el hombre debe empezar desde la infancia, y que para ello debe prestarse especial atención á los juguetes que se ponen en manos de los niños.

El juguete, en efecto, desempeña un gran papel en la formación del alma infantil, y es muy posible que las sonoridades falsas y discordantes de las trompetillas de feria y los colores chillones de los juguetes en boga, sean el origen de los horrores musicales con que atruenan nuestros oídos muchos de los actuales compositores, y de los mamarrachos pictóricos que nos vemos obligados á contemplar en casi todas nuestras Exposiciones. En los siglos xvii y xviii, así como bajo el Imperio y la Restauración se hacían muy lindos juguetes, como puede verse en los Museos y en las vitrinas de los coleccionistas; entonces se sentía el arte, la gracia, el estilo, porque los artistas vivían en medio de ideales, y los juguetes conservaban la huella de aquel ambiente artístico; se modelaban en cera muñecos que representaban las notabilidades del tiempo; Boucher y Gravelot grababan series de lindos juguetes de niño; Watteau decoraba huevos de Pascua; Caffieri cincelaba cocinitas de bronce; nadie desdeñaba trabajar para los niños, y por todas partes se producían juguetes seductores de tonos decentes y de líneas puras.

Todo esto se ha acabado; hoy se hacen los juguetes sin cuidado ninguno, como si importara poco que los niños empiecen su existencia trabando conocimiento con la fealdad. Nuestro tiempo es el de los juguetes feos, chillones y amazacotados, de pura pacotilla, y el de los libros malsanos. Contra esta situación no han faltado espíritus que protesten y voluntades que reaccionen, como sucede con la sociedad *El Arte en la Es-*



*cuela*, agrupación de espíritus generosos que ha producido ya algunos ensayos interesantes, como las lindas muñecas de las señoras Daussat, Laffitte y Prévost-Huret, de la señorita Riera y del Sr. Landolt, las siluetas recortadas de Caran d'Ache, Sem, Rabier y Grandval y otros semejantes. Para que se vea hasta qué punto se ha perdido el sentido de la estética aplicada á la construcción de juguetes, refiere Claretie que la sociedad *El Arte y el niño*, de que es fundador, propuso un premio de 500 francos para el inventor de un juguete que tuviese novedad elegante, graciosa, amable, linda, un reflejo de belleza, en fin. Pues bien; en la galería de los Feuillants, donde el concurso Lépine se había instalado, figuraban cientos de juguetes, pero ninguno digno de premio; allí no había más que medianías sin gracia ni belleza; los inventores buscan la risa por la fealdad, la alegría por la mueca, el humorismo por la caricatura. Sus cabezas, moldeadas de cartón, son monstruos; las caras de las muñecas son vulgares, sin expresión, completamente tontas. Todo el esfuerzo de inventiva se concentra en dos puntos: los juegos de combinación y los juegos científicos, modos nuevos de jugar á las cartas ó al dominó, imitaciones de aeroplanos, aplicaciones de principios eléctricos ó químicos, métodos ingeniosos para aprender música ó geografía, jugando á la lotería, al dominó ó á la ruleta, etc.; todo menos arte, que es lo que se pedía. Del arte nadie se preocupa.

Mucho se ha hecho en nuestro tiempo por la infancia; pero hay un elemento todavía descuidado en su educación: el gusto, el sentido del arte, el culto de la belleza. El niño tiene el sentido de las líneas y de los matices. ¿Por qué no dirigirlo y educarlo desde el principio? Es inexacto atribuir á la infancia predilección por los tonos violentos y los colores chillones; los experimentos de Player, de Baldwin, de Binet, prueban que prefieren el azul y el amarillo al rojo y al verde, que son más vistosos. Todos los niños dibujan; lo que prueba que tienen para ello una aptitud natural que se atrofia por falta de educación. Para los niños, el juego es el trabajo; manejando ó rom-



piendo su juguete, el niño se familiariza con las nociones fundamentales del espíritu. Los juguetes no son lo que se cree: son nuestros primeros educadores.

La mayor parte de los juguetes actuales proceden de Alemania. Si es explicable que traigamos la cerveza de Munich, el té de China y las pieles de Siberia, es inadmisibile que pongamos en manos de nuestros hijos juguetes de Alemania. Los de Nuremberg y Sonneberg han sido creados por sajones para sajones; no pueden convenir á los latinos, porque son contrarios al instinto y al gusto de la raza. El juguete francés (y lo mismo podemos decir del español, dentro de lo poco que aquí se hace) es coquetón, ó pícaro ó ingenioso. Mirad, por el contrario, una muñeca alemana: los ojos, de esmalte, no tienen expresión; las mejillas son mofletudas, la cabeza amanerada, los cabellos esteposos como los de una coqueta que se sirve de agua demasiado oxigenada; el sombrero, monumental, la aplasta y la da mal aire, y el traje es estrepitoso.

Hay que familiarizar al niño con el arte, y para ello hay que empezar por poner en su mano juguetes artísticos.

## CRÍTICA

MANOJO DE QUISICOSAS.—*La enfermería, el interregno, el diario la Zeit, verificativo, preteridos, reunir.*—Con frecuencia se tropieza en los periódicos y revistas profesionales de medicina, y más especialmente en *El Siglo Médico*, con noticias referentes al estado patológico de la población madrileña, en las que se habla de «la enfermería reinante», «la enfermería de Madrid», etc. La mayor parte de los diarios reproducen, sin la menor modificación, esas noticias, y poco á poco se van haciendo tragar al público semejantes disparates. Así, por ejemplo, recortamos el párrafo siguiente, que, con ligeras variantes, aparece todas las semanas en la prensa de todos colores: «Según *El Siglo Médico*, durante la semana última siguieron pre-



dominando las mismas enfermedades que caracterizaron la enfermería que sufrió Madrid este invierno.» ¿Hay mayor desatino? ¿Qué es eso de sufrir una enfermería? La enfermería, según el Diccionario de la Academia, no es otra cosa que la «casa ó sala destinada para los enfermos». No es que para nosotros sea inapelable, ni mucho menos, la definición del Diccionario de la Academia; pero en este caso, es indudable que la palabra *enfermería* no puede usarse en el sentido que la dan los redactores de *El Siglo Médico*. Madrid sufriría una enfermería cuando se tratara, por ejemplo, de un hospital cuyo sostenimiento fuera costosísimo, ó cuya mala administración fuera inaguantable, ó cuya pésima organización constituyera una amenaza constante para el vecindario; pero sufrir una enfermería, en el sentido de pasar por tal ó cual estado predominante de enfermedades, no es hablar en castellano. Antes, los mismos periódicos solían hablar de la *patología de Madrid*; otro disparate también, pues la patología es el tratado de las enfermedades, y hablar de la *patología de Madrid*, sólo sería lícito cuando se tratara de la existencia de una escuela patológica especial característica de la Corte, á semejanza de cuando hablamos de la filosofía alemana, por ejemplo. Sin duda, los redactores de la prensa médica cayeron en la cuenta de su error, y quisieron enmendarlo; pero lo han hecho de tal modo, al sustituir la patología por la enfermería, que lo han dejado peor que estaba.

\* \* \*

Casi tan disparatado como el anterior es el uso de la palabra *interregno* por *intermedio*. Este empleo es relativamente corriente entre la gente semiculta (abogadetes, comerciantes redichos, currinches, diputados provinciales y concejales con aspiraciones, y otros *ejusdem furfuris*), y así suele deslizarse en la conversación, no siendo extraño que trascienda á la prensa periódica. *La Correspondencia*, por ejemplo, decía, al dar cuenta del atropello de una anciana por el automóvil en que



iba la Reina: «En este interregno», etc. No sabe el gacetillero que *interregno* quiere decir entre uno y otro reinado, y que no puede emplearse bien sino cuando se trata de períodos en que no hay todavía rey, como, por ejemplo, en el que siguió á la muerte de Alfonso XII hasta el nacimiento de Alfonso XIII. Eso es un *interregno*, y en ese *interregno* sucedieron tales y cuales cosas, como la dimisión de Cánovas, el llamamiento del partido liberal, etc. No hay, pues, que confundir *interregno*, que es el espacio comprendido entre dos reinados, con *intermedio*, que es el espacio de tiempo comprendido entre dos sucesos cualesquiera. El *intermedio* es el género y el *interregno* es la especie. Da casi vergüenza hablar de cosas tan elementales, pero no hay más remedio que hacerlo, para corregir la supina ignorancia de ciertos escritores.

\*  
\* \*

Y vamos con otro palmetazo. Es frecuente, cuando se cita un periódico ó revista extranjera, presentar su nombre más ó menos desfigurado, no por cambios ó permutaciones de letras en los títulos enrevesados que suelen llevar, especialmente los periódicos alemanes, pues esto sería relativamente disculpable, sino por la traducción, indebida unas veces é impropia otras, del todo ó parte de esos títulos. Así, cuando se cita el periódico alemán *Die Zeit*, nuestros gacetilleros ó redactores de crónicas extranjeras suelen decir: «Leemos en el diario la *Zeit*», «dice el periódico la *Zeit*», etc. ¿Puede decirse así? No. El artículo *la* castellano no puede referirse al sustantivo *Zeit* alemán, pues ese hibridismo es inadmisibile; y aunque *Zeit* es femenino en alemán, no basta eso para que se mezclen en la cita del título dos lenguas distintas; si se traduce el artículo *die* por *la*, hay que traducir también el nombre *Zeit*, que significa *Tiempo*, y entonces ya no nos sirve el *la*, pues habría que poner *el* para concertar en castellano. Dígase, pues, *Die Zeit*,



todo en alemán, ó *El Tiempo*, todo en castellano, pero nunca se emplee ese pisto bilingüe á que son tan aficionados nuestros periodistas.

\*  
\* \*

Hay modos de decir enrevesados. Pero los que se gastan algunos de nuestros hermanos de allende el Atlántico son verdaderamente despampanantes. Véase la muestra, nada menos que en un oficio del Inspector General Técnico de las Escuelas Nacionales de Méjico, D. J. M. Sosa García: «Esta Inspección General Técnica estima altamente (*passons le mot*) los servicios prestados por V. como profesora de canto Coral en la organización de la Fiesta Escolar que tuvo su verificativo en este Puerto el 24 de Enero próximo pasado.» Miren ustedes que una Fiesta Escolar (así, con mayúsculas), que *tiene su verificativo*, ya debe ser fiesta magna, y magnífica, y magnánima! ¿No podría decir ese señor sencillamente que se verificó, y así hablaba en castellano?

Si no se tratara de un Inspector General, Técnico por añadidura, que debe saber ortografía, nos limitaríamos á señalar el *tuvo su verificativo*, de que hemos tratado; pero puestos á ello, nos llama la atención el uso que hace de las mayúsculas el Sr. Sosa y García, no por lo mucho que las prodiga, defecto de menor cuantía, sino por el modo con que las aplica. ¿Qué es eso de *profesora de canto Coral*? Si lo más, como término regente, es lo de *profesora*, y lo menos, como término regido, es el *de canto Coral*, ¿por qué no escribir Profesora, cuando se escribe Fiesta Escolar, y Escuelas Nacionales, y Puerto con mayúsculas, casi al estilo alemán? Por otra parte, ¿qué razón hay para escribir *canto* con minúscula y *Coral* con mayúscula? ¿No es coral el calificativo de *canto*? ¿No es Canto coral el título de la asignatura que desempeña la señora á quien se elogia? ¡Ay, señor Inspector! Tiene usted que repasar la ortografía ó recomendar, por lo menos, á los cajistas de *La Escuela Mexicana*



que corrijan bien las pruebas de sus escritos para que no resulten tan impropios de todo un Inspector General Técnico de la gran República del Condor.

\* \* \*

¿Qué se habrá imaginado uno de los gacetilleros de *La Correspondencia* que quiere decir *preteridos*? Viene hablando de la resistencia que ofrecen multitud de personas para aceptar los cargos de presidentes y adjuntos de las mesas electorales, y dice: «Hay entre estos señores, personajes muy conocidos en la política y en la banca madrileña, los cuales, sin duda, se consideran preteridos al ocupar las humildes presidencias de una mesa en un colegio electoral.» ¿De modo que la persona á quien se elige para una cosa, se considera *preterida* por esa elección? ¡Válgame Dios! ¡Pero si es precisamente todo lo contrario! El *preterido* es aquel de quien uno se olvida, á quien se omite en una relación, en una elección, en cualquier acto en el que, estimándose con derecho á figurar ó á tomar parte, no es designado para ello. Así, por ejemplo, el amigo que no es invitado á una jira, siéndolo otros de menos intimidad, puede considerarse *preterido*. Pero esos señores á quienes se designa para presidir mesas electorales, ¿cómo han de considerarse preteridos por esa designación? Se considerarán, si se quiere, rebajados, desprestigiados, por estimar que cargos tan humildes no son dignos de su alta representación social; pero jamás pueden considerarse preteridos cuando precisamente se acuerdan de ellos para endosarles esos cargos.

\* \* \*

¿No les parece á ustedes que para que se pueda hablar con razón de una reunión de cosa ó personas, es necesario que haya por lo menos dos personas ó dos cosas que se reúnan? Pues ahora resulta que caben reuniones de una sola cosa ó una sola



persona. ¿Lo dudan ustedes? Pues oigan lo que dice en *A B C* un erudito corresponsal de Roma, Franco Franchi, que explica á los lectores del popular diario la reforma introducida por Pío X en las elecciones pontificias: «Según las antiguas constituciones, y principalmente la de Gregorio X, si después del primer escrutinio ningún candidato reunía los dos tercios de los sufragios, los cardenales procedían á una nueva votación, que se llamaba de *acceso*, y estaban obligados á votar por alguien que hubiese reunido cuando menos un voto.» ¿Lo ven ustedes? Si se hubiera enterado antes Cierva, no se anda con chiquitas en materia de detenciones, y en lugar de mandar prender á los grupos de dos ó más personas, en cuanto hubiera visto reunida una sola, ¡zás! ¡á la Comisaría con ella!

### FEMINISMO

LA LEALTAD FEMENINA. —¿Es la mujer tan leal como el hombre? Pablo Gsell se hace esta pregunta en *La Revue* de París, y para contestarla se ha dirigido á varias mujeres célebres y á algunos moralistas, novelistas y autores dramáticos, en los términos siguientes:

«Hay misóginos que pretenden que si alguna vez la mujer, gracias á los progresos del feminismo, llegase á ocupar las mismas posiciones que el hombre, la moralidad social disminuiría.—Dicen que la mujer, siendo débil, es naturalmente astuta, y que su dependencia tradicional ha acentuado todavía más este carácter; que, capaz de heroísmo cuando el sentimiento la impulsa, no tiene en sus relaciones con los indiferentes sino una noción muy oscura de la lealtad, y no deja de sacrificar frecuentemente la probidad á su interés.—Piensan que la mujer, habiendo limitado siempre sus preocupaciones al hogar, está desprovista de principios para la vida exterior.—Ahora bien; ¿son justas estas observaciones, en opinión de usted? En caso afirmativo, ¿qué debemos esperar para la sociedad futura de los progresos del feminismo?»



Pocos elogios merece la fórmula adoptada por Gsell para su información; desde luego hay enorme desproporción entre la premisas sentadas y las consecuencias que de ellas se intenta deducir; y además las indicaciones recogidas de los misóginos adolecen de algo de oscuridad y de imprecisión. Pero en fin, eso es lo de menos; la cuestión es saber lo que opinan sobre el particular los personajes consultados.

Julietta Adam dice que no comprende lo que se llama progreso sino por la elevación moral y yuxtapuesta del hombre y de la mujer, que siendo social ella, no es ni feminista ni masculista, sino familiar. No cree en la superioridad de un sexo sobre otro, sino en su equivalencia complementaria, siendo el hijo la síntesis de ambos. Total: que, en resumidas cuentas, Julietta Adam deja sin contestar á Pablo Gsell, aunque éste crea otra cosa.

El célebre ironista Tristán Bernard toma mejor la embocadura á la cuestión, y dice que el hombre y la mujer pertenecen á la misma especie y se parecen mucho, y por eso precisamente se juntan. Cuando se hallan en lucha, cada cual usa de las armas de que dispone: el hombre, de la fuerza y de la autoridad legal; la mujer, de la astucia. Cambiad las condiciones en que se encuentra la mujer, y se volverían las tornas. Dice, además, que no hay que confundir el feminismo con la autoridad femenina, pues cuando el hombre manda, la mujer gobierna, y si algún día el poder es ejercido por la mujer, seguramente quedará disminuído, porque, como decía la duquesa de Borgoña á la señora de Maintenón, «los mejores gobiernos son aquellos en que las mujeres ejercen públicamente el poder, pues los hombres son los que gobiernan».

Marcelo Boulenger contesta, no sin acierto, que «cuando las mujeres sean hombres—de un momento á otro,—ganarán nuestras cualidades de desinterés, de buena fe y de franqueza relativa; pero acaso adquieran también nuestra dureza, nuestra malevolencia y nuestra prodigiosa vanidad; en todo caso perderán todas las virtudes de la debilidad, que son matices de-



licados y encantadores del corazón. Cuando llegue ese día se concluyó la risa; aquí abajo el feminismo es muy cargante».

Julio Claretie no comprende que se ponga en duda la lealtad femenina, ni que se estime dudoso que la mujer sea tan recta como el hombre, pues no hay nada más perfecto que una mujer honrada que añade á su encanto su lealtad. Dice que Judas es tan frecuente como David, y que la debilidad de la mujer no la condena á la astucia. Preguntad á la mayor parte de los hombres ilustres, añade, y os responderán que su primer guía ha sido su madre. Mujer verdaderamente mujer, orgullosa de sus derechos y consciente de sus deberes, esa es la mujer del porvenir. Pero ¡cuidado con que la mujer de hoy no lleve sus pretensiones hasta el ridículo!

Emilio Faguet dice que cree firmísimamente que la mujer no es astuta sino á causa de la dependencia y subordinación en que durante siglos ha vivido; por sí misma y naturalmente, es más recta y más leal que el hombre; porque es más desinteresada que él y se gobierna más por el sentimiento. La accesión de las mujeres á los oficios viriles y hasta á los derechos funciones políticas, daría por resultado el aumento de la moralidad general.

La baronesa de Pierrebourg dice que no niega ninguno de los cargos, por desagradables que sean, que los misóginos hacen á la mujer; pero que la culpa la tiene el hombre por su conducta.

Alfredo Fouillée es el que da la respuesta más completa y de más miga, como corresponde á un filósofo de tan positivo valer. Vale la pena de traducirla íntegro: Sensible y apasionada, de espíritu más intuitivo que lógico y científico, de voluntad menos enérgica y menos violenta, pero perseverante y paciente, amiga del hombre y de la medida, la mujer no es, desde el punto de vista moral, inferior en nada al hombre. He tratado de hacerlo ver en mi libro sobre el temperamento y el carácter. De que la mujer tiene frecuentemente más finura y flexibilidad, más diplomacia y tacto, como también más dul-



zura, compasión y ternura, no se deduce que tenga en las relaciones sociales menos rectitud, honradez y probidad. La estadística de los delitos y crímenes está por completo en su favor. Además, la maternidad por sí misma es una escuela de abnegación y de amor. El sexo fuerte, que tiene sobre su conciencia los *Panamá* y otros mil escándalos de robo y rapiña, no tiene el derecho de enorgullecerse tanto de su «lealtad». El sexo de hierro y de sangre, que ha dado al mundo el espectáculo de tantas guerras, degüellos y hogueras; el sexo brutal, que ha oprimido y subyugado á tantas criaturas, incluso á la mujer misma, tiene más que alabar su justicia que su bondad. La muchacha que se ve obligada á vender su cuerpo, ¿busca su placer ó su pan? El hombre que la compra, ¿busca su pan ó su placer? Si la mujer, en el largo curso de las edades, no hubiera, como esposa ó como madre, domesticado, dulcificado, enternecido al hombre, ¿quién sabe si éste no hubiera seguido siendo el más feroz, el más lúbrico de los gorilas? Realizados los progresos en el seno de la humanidad por los grandes moralizadores, por los Budas, los Confucios, los Sócrates, los Jesús, han consistido en parte en insinuar en el corazón del hombre algunas de las virtudes fundamentales de la mujer: mansedumbre, piedad, abnegación. Casi se podría decir que la civilización ha tenido por objeto no afeminar, sino feminizar en cierta medida la naturaleza feroz del sexo masculino. Tal es, á mi juicio, el sentido profundo que hay que dar á la leyenda antigua: la Fuerza desarmada por la Gracia.

«Moralmente igual al hombre, la mujer es diferente del hombre. Ni puede ni debe pretender, sin excepción é indiferentemente, las mismas funciones que él. Sobre muchos puntos, el feminismo no hace las distinciones necesarias.

»La mujer está hecha, sobre todo, para la vida del hogar. Por lo tanto, hay que reconocerlo: en los Estados de América ó de Australia, en donde está mezclada en las administraciones públicas, hace la guerra más útil al alcoholismo y á la prostitución, á la corrupción electoral, á la prevaricación y á



la improbidad en las empresas; sobresale en las cuestiones de higiene, de asistencia en las organizaciones de las escuelas; económica de los dineros públicos, prudente y previsora, concienzuda y ligada á sus deberes, no se la tacha más que de falta de audacia en los asuntos de mucho alcance, y de un espíritu algo demasiado conservador. En todas partes se rinde homenaje á la integridad femenina que contrasta con los Tammany Hall y otros palacios de corrupción ó dilapidación.

»La influencia moral y social de la mujer, agrandándose, no puede ser más que útil al hombre, útil á la sociedad entera. He visto recientemente en las montañas que rodean á Menton, á un aldeano sentado á la mesa de una taberna bebiendo y fumando; fuera, una mujer subía á la colina, rodeada de niños pequeños, el menor de los cuales la llevaba cogida de la falda; mientras andaba hacía pastar un rebaño de cabras, y hacía media sin perder un minuto. Si el hombre se hiciese tan laborioso, tan económico, tan exento de la mayor parte de los vicios como su mujer, ¿no sería un paso enorme hacia la solución de la «cuestión social»?»

Marcelo Prévost dice textualmente, que apenas es negable que la mujer, históricamente condenada á ser lo más débil, en su lucha contra el hombre, haya desarrollado mejor que él sus instintos de astucia; pero que el día en que tenga los mismos derechos y condiciones sociales que el hombre, su astucia le será menos necesaria, y acabará por desaparecer como órgano intelectual sin uso.

La duquesa d'Uzés, como sin quererlo, convierte su respuesta en brillante paliza al preguntón, diciendo que esas cuestiones sólo las suscitan generalmente falsos psicólogos que no conocen de la mujer sino la... cortesana, ó acaso menos. Esas, claro es, son inferiores; pero si se retorciese la proposición, y se fuera á juzgar de los hombres por los proveedores de vicios, ¿de qué lado se pondría el sentimiento de la lealtad?

Enrique Regnier no cree que la mujer sea «menos leal que el hombre», ni que sea «naturalmente astuta». En cuanto á



lo que sucederá cuando el feminismo triunfe, considera que todo lo que pueda decirse es prematuro. Hay que dejar á las mujeres que están en su período de ensayo tiempo bastante para mostrar lo que pueden dar de sí en otras condiciones.

Anatolio France dice que la moralidad social no puede subir ni bajar, sólo puede modificarse. Toda sociedad es moral para los que han adoptado sus costumbres y sacan provecho de ella; inmoral para los que no se avienen á ellas. Nuestra sociedad actual es moral para el hombre que la aprovecha, inmoral para la mujer que la sufre; cuando la mujer se haya hecho completamente igual al hombre, las costumbres cambiarán, y habrá que contar más en las relaciones sociales con ciertas tendencias propias del sexo femenino, y la nueva moralidad así creada será juzgada por las personas que se avengan á ella infinitamente superior á la nuestra.

Convengamos en que para decir estas perogrulladas no necesita uno llamarse Anatolio France.

Pablo Hervieu dice que cuando un hombre es verdaderamente leal, hay probabilidad de que las mujeres y los demás hombres lo sean menos que él. La mujer es más instintiva, pero no está demostrado que el primer movimiento sea malo.

Jorge Lecomte sostiene que la mujer tiende cada vez más á convertirse en un buen hombre, conservando su papel y su encanto femenino.

La señora Lesueur afirma, y hasta jura, que jamás ha visto que la mujer fuese más astuta que el hombre; pero aun concedido esto, su moral, más severa para ella que para el hombre, la ha hecho más escrupulosa. La mujer es moralizadora, y con la mayor independencia de la mujer, el nivel moral subirá.

Pablo Marguerite no cree que disminuya la moralidad general el día en que la mujer ocupe las mismas posiciones sociales que el hombre. La mujer en sí no es menos moral que el hombre, y su ingreso en el parlamento es muy de desear.

Alfredo Mezieres, con muy buen sentido, dice que no se



debe generalizar; que los que quieren emplear á una mujer, empiecen por darse cuenta de su carácter y por conocerla bien, y seguramente no serán más engañados que si empleasen un hombre en iguales condiciones.

Max Nordau declara una herejía la opinión de los misóginos. Para él, la moralidad social es cosa enteramente de la mujer; ella la ha creado, ella la desarrolla y ella es su guardiana. Lo único de temer, en caso de dominación femenina, sería un puritanismo exagerado con todo lo que implica de respetabilidad aparente y de vicio oculto. En cuanto al disimulo y á la hipocresía, no son cosas propias de un sexo, sino de todo débil: los esclavos y los siervos eran disimulados é hipócritas. Por lo demás, no sería Max Nordau quien se felicitara por el triunfo del feminismo, que produciría una reacción formidable, aunque de poca duración. La mujer se pondría en seguida en la vanguardia, y con su buen sentido, un poco pedestre, muy crítico, muy guasón, no aceptaría sino ideas prácticas, realizables y positivamente ventajosas.

La información abierta por Pablo Gsell, aparte del brillo de los nombres que en ella figuran, ha sido, como puede verse, tan estéril como insustancial. Pero no hemos querido, sin embargo, privar de ella á nuestros lectores, por el ruido que ha metido en el mundo literario y en el feminista.

## L I T E R A T U R A

ROUSSEAU Y LEMAÎTRE.—Juan Izoulet hace en *La Revue Hebdomadaire*, de París, una lista á dos columnas de los escritores partidarios y enemigos de Rousseau, que muestra el persistente paralelismo de las simpatías y antipatías suscitados por el filósofo ginebrino.

Así están:

E. M.—Junio 1909.



## POR ROUSSEAU

Sra. de Staël.  
 Sra. Roland.  
 Chateaubriand.  
 Lamennais.  
 Jorge Sand.  
 Pedro Leroux.  
 Michelet.  
 Edgardo Quinet.  
 Sainte-Beuve.  
 Amiel, etc.

## CONTRA ROUSSEAU

José de Maistre.  
 De Bonald.  
 Luis Veuillot.  
 Nisard.  
 Saint-Marc Girardin.  
 Taine.  
 Emilio Faguet.  
 Brunetière.  
 Pablo Bourget.  
 Julio Lemaître, etc.

Julio Lemaître ha reunido en un volumen sus diez ruidosas conferencias sobre J. J. Rousseau, que forman un verdadero requisitorio contra la doctrina y contra el hombre, en quien ve la encarnación y el alma de la Revolución francesa. De la doctrina dice que no fueron ni Voltaire ni Montesquieu los que dieron forma á la Revolución, sino Rousseau, pues suyas son las teorías de la democracia absoluta y del derecho divino del número, y «el Breviario del Jacobinismo es siempre el *Contrato social*». Del hombre afirma que fué un extranjero, un enfermo perpetuo, y, finalmente, un loco.

Y, sin embargo, Lemaître reconoce que «de la parte sana del alma de Rousseau, de su viejo fondo hereditario, brotan á veces hermosos resplandores», ideas admirables, afirmaciones magníficas, declaraciones completamente conservadoras y tradicionalistas, hasta tal punto, que en la conclusión de su libro dice que «sería posible é interesante componer todo un volumen de máximas y pensamientos conservadores y tradicionalistas sacados del *libertario* Juan Jacobo Rousseau».

Pues bien, ese volumen existe, y existe nada menos que desde 1790, y lleva el título atrevido y sugestivo de *Juan Jacobo Rousseau, aristócrata*; en él su desconocido autor no se limita á recoger tales ó cuales pensamientos escapados de la pluma del filósofo, sino que presenta á éste como el teorizador consciente y consecuente de la aristocracia, como un aristó-



crata de cuerpo entero. La paradoja, como dice Izoulet, es tremenda, pero muestra lo enigmático de la figura de Rousseau.

El autor, monárquico constitucional, como entonces se decía (pues en 1790 la cuestión no estaba todavía entre la monarquía y la república, sino entre la aristocracia y la democracia), desarrolla su tesis de un modo muy ingenioso: como Rousseau murió en 1778, once años antes de que la Revolución estallara, no se sabe lo que hubiera pensado, ni cómo se hubiera conducido de haber vivido diez ó quince años más. De ahí que el autor divida su libro en dos partes: Primera: Si Rousseau hubiera sido miembro de la Constituyente, ¿cómo habría votado? —Segunda: Si Rousseau hubiera sido ministro de Luis XVI, ¿cómo habría opinado en el Consejo? A estas preguntas contesta el autor con textos sacados de las obras de Rousseau, que demuestran que, lejos de ser el padre de la Revolución, habría sido su resuelto adversario si hubiera vivido, conclusión absolutamente opuesta, en apariencia por lo menos, á las afirmaciones de Lemaître.

En la introducción del libro, el autor, que asiste á las sesiones de la Constituyente, se entretiene en examinar los bustos que decoran la sala, y le choca que, estando colocados á la izquierda los de Wáshington y Franklin, se halle á la derecha el de Rousseau. ¿Era casualidad? No; el *Contrato social*, depositado á los pies de su autor, le convenció de que cualquiera que fuese el propósito de quienes le habían colocado en medio de la minoría aristocrática, aquel era su verdadero puesto, ya que la mayoría estaba rechazando con desprecio los principios de Rousseau, afirmando que «no sólo Rousseau no ha profesado las máximas, más que atrevidas, que están hoy de moda, y que han hecho y hacen la revolución, sino que ha profesado las contrarias, que hoy se repiten por parte de la Asamblea nacional que se llama aristócrata». «Esta consecuencia y el título que doy á mi obra, sigue diciendo, *escandalizarán seguramente á muchos admiradores de este grande hombre. ¡Que no se espanten de antemano, que me lean y me juzguen!*»



Y viene en seguida la demostración. Si Rousseau hubiera sido miembro de la Asamblea nacional cuando el rey se refugió en su seno, y la nobleza y el clero accedieron á la abolición de sus privilegios, la gran alma de Rousseau se hubiera conmovido, y, venciendo su timidez, habría subido á la tribuna y habría dicho (*Consideraciones sobre el gobierno de Polonia*): «Bravos franceses, tened cuidado; no vayáis, por querer estar demasiado bien, á empeorar vuestra situación. Pensando en lo que queréis adquirir, no olvidéis lo que podéis perder; corregid, lo podéis, los abusos de vuestra constitución, pero no despreciéis lo que os ha hecho lo que sois. No digo que sea preciso dejar las cosas en el estado en que se hallan; pero digo que no hay que tocarlas sino con extrema circunspección. En este momento estamos más impresionados por los abusos que por las ventajas; tiempo llegará, yo lo temo, en que se sentirán mejor estas ventajas, y, desgraciadamente, será cuando se las haya perdido. ¿Queréis cambiar el modo de representación? Yo temería que eso hiciese demasiado movimiento en el Estado y se acercara demasiado al *tumulto democrático*. No perdamos nunca de vista la importante máxima de *no cambiar nada sin necesidad*, ni para quitar ni para añadir. Como antes de elevar un gran edificio, el arquitecto observa y sondea el suelo para ver si puede sostener su peso, el sabio institutor no empieza por redactar buenas leyes en sí mismas, sino que examina antes si el pueblo á que las destina es capaz de soportarlas; por eso Platón rehusó dar leyes á los arcadios y cireneos, sabiendo que estos dos pueblos eran ricos y no podían sufrir la igualdad; por eso se vieron en Creta *buenas leyes y malos hombres*, porque Minos no había disciplinado sino un pueblo cargado de vicios. No quebrantéis demasiado bruscamente la máquina; no pudiendo crear de repente nuevos ciudadanos, hay que empezar por sacar partido de los que existen, y ofrecer nuevo camino á su ambición, es el medio de disponerlos á seguirlo.»

Verdaderamente, los textos citados son para impresionar,



y es seguro que Rousseau, como dice el autor, habría estado en contradicción con la mayoría de la Asamblea, y que sus doctrinas eran las constantemente sostenidas por el llamado partido aristocrático. Rousseau, por otra parte, hubiera sido partidario de la forma monárquica para el gobierno de Francia, porque en su *Contrato social* dice que «el gobierno democrático conviene á los pequeños estados; el aristocrático, á los medianos, y el monárquico, á los grandes». La idea que Rousseau se había formado del poder real y de su necesidad, era completamente opuesta á la que tenía la Asamblea. En efecto: el gobierno monárquico para él es «un gobierno concentrado en manos de un magistrado único, de quien los demás tienen su poder». «Ni la suerte ni los sufragios tienen lazo alguno en el gobierno monárquico, siendo el monarca de derecho el único príncipe y magistrado único; la elección de su lugarteniente sólo á él le corresponde»; cree imposible que «un gran Estado se pase sin rey, es decir, sin un jefe vitalicio supremo», y piensa que «una corona electiva con el más absoluto poder vale más que una corona hereditaria con un poder casi nulo». ¿Es esa la caricatura de rey creada por la Revolución?

«Si hubiera un pueblo de dioses, dice en otra parte, se gobernaría democráticamente; gobierno tan perfecto no conviene á hombres». Además, «¡qué cosas difíciles de reunir supone este gobierno! Primeramente, un estado muy pequeño, en que el pueblo sea fácil de reunir y en que cada ciudadano pueda fácilmente conocer á todos los demás; luego, una grande sencillez de costumbres que prevenga la multitud de negocios y las cuestiones espinosas; después, mucha igualdad en los rangos y en las fortunas, sin lo cual la igualdad no podría subsistir largo tiempo en los derechos y autoridad, y, en fin, poco ó nada de lujo». ¿Se parece en nada Francia á un pueblo de esas condiciones?

En cuanto á sus ideas sobre la aristocracia, Rousseau dice terminantemente en su *Contrato social*, que «en un estado monárquico hay necesidad de órdenes intermedios entre el prin-



cipe y el pueblo, sin lo cual el estado carece de enlace; para formarlo necesita príncipes, grandes, nobleza». «La aristocracia exige virtudes que le son propias, como la moderación en los ricos y el contento en los pobres; pues parece que la igualdad rigurosa estaría allí fuera de lugar, y ni aun en Esparta fué observada.» «Nada exclusivo es posible, dice en sus *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia*, para los grandes y los ricos; muchos espectáculos al aire libre *donde los rangos se distinguan con cuidado*, pero donde todo el pueblo tome igualmente parte; es bueno que el pueblo se encuentre á menudo con sus jefes en ocasiones agradables, que los conozca, que se acostumbre á verlos, que comparta con ellos sus placeres, *con tal que la subordinación sea siempre guardada y que no se confunda con ellos.*»

No menos concluyente que esta demostración de lo que Rousseau pensaba ó habría pensado si hubiera sido miembro de la Constituyente, es la relativa á la conducta que habría seguido Rousseau si hubiera llegado á ser ministro de Luis XVI, quedando así probado que Rousseau era un espíritu aristocrático, como lo fueron muchos de los Girondinos, sin que por eso deje de ser verdad lo que dice Lemaître al afirmar que Rousseau fué el verdadero padre de la Revolución.

### IMPRESIONES Y NOTAS

CORTESANAS Y PROVINCIANAS.—Marcelo Prevost, el autor predilecto de las mujeres, se ha dedicado en *Femina* al análisis de los defectos del bello sexo, y con ocasión de sus artículos y con motivo de varias cartas que ha recibido, compara á las parisienses con las provincianas, precisando las diferencias que entre ellas existen, y que en general pueden aplicarse á las mujeres residentes en las cortes ó en las provincias de cualquier Estado.

La parisina que se imagine que fuera de París las mujeres



no conocen nada de la actualidad, y sólo se ocupan de los cuidados domésticos y de chismografía, sería una tonta; y á la inversa, la provinciana que se atreviera á negar que París es la capital del arte y del ingenio, daría muestras de su falta de cultura; en provincias puede haber tal ó cual especialidad, pero en París se juntan todas las especialidades.

Una mujer de inteligencia media, por el hecho solo de vivir en París, amuebla su inteligencia con ideas, fórmulas y palabras, que jamás hubiera inventado por sí misma. Pero de ahí precisamente nace el peligro, pues una mujer algo tonta ó vanidosa que viva en París, arriesga al absorber ese exceso de pasto intelectual, que es incapaz de digerir, el convertirse en... una cotorra más. ¡La cotorra! He ahí el tipo peligroso que debe tratar de evitar á toda costa la parisina. París es un terrible tragatiempo, y si no se le sabe resistir, invade toda nuestra vida y nos arrebatata la vida interior, sustituyéndola por una vida de exterioridad que puede afectar apariencias de elegancia, de placer, hasta de inteligencia, pero que no por eso es menos completamente vana y disolvente.

La provinciana no corre el riesgo de convertirse en cotorra. Las cosas intelectuales no la caen del cielo, como á una parisina; tiene que ir á buscar, siguiendo la actualidad en los periódicos, leyendo las obras dramáticas ó literarias nuevas, estudiando el arte en las reproducciones y realizando siempre actos de voluntad y de reflexión, y desarrollando más completamente su vida interior. En el máximum de su cultura, representan un espíritu femenino superior al más culto de las parisinas. El peligro que corre, por poco que el medio ambiente en que vive sea soñoliento (y en provincias lo es frecuentemente), y como no tenga una poderosa iniciativa para sustraerse á él, es el de convertirse en... marmota.

\*  
\*  
\*



LAS CURAS POR HAMBRE.—El Dr. Guelpa, partiendo de la observación de que en todas las enfermedades febriles la curación avanza con tanta más rapidez y seguridad cuanto más enflaquece el enfermo, establece en *La Revue* una nueva teoría del hambre, demostrando, con multitud de hechos, la eficacia de la dieta absoluta como medio curativo, especialmente en las enfermedades febriles.

Convencido de que en todo organismo enfermo hay elementos gastados inútiles ó nocivos, entiende que lo primero de que hay que preocuparse es de eliminarlos, y para ello emplea, ante todo, las purgas, y tras la purga, la dieta. A primera vista, parece que el que se purga y no come, debe sentir gran necesidad de beber; lejos de eso, el enfermo no bebe más que la mitad de lo que bebería en estado normal, lo que suprime una de las causas de intoxicación, y atenúa, hasta en pleno verano, el sudor.

El Dr. Guelpa ha ensayado en sí mismo su método, para poderlo apreciar mejor; el año pasado salió de Tánger en estado de ayuno completo, un viernes por la mañana, y no volvió á comer hasta el martes siguiente á medio día; en estos cinco días sólo tomó una limonada purgante en Tánger, el jueves por la noche, la víspera de salir, y otra el sábado en Madrid; durante el viaje, atravesando en el mes de Julio las zonas abrasadoras de España, no tomó más que cuatro tazas de té, cuatro limonadas, dos cafés y una botella de agua, sin sentir la menor sed ni verse molestado por el calor, el sudor ni el hambre. A estas ventajas hay que añadir todavía la de un sueño más corto, pero muy reparador; la regularización del pulso, con disminución de la presión arterial con hematosis y fagocitosis más perfecta; el funcionamiento más fácil del corazón y del hígado; el decrecimiento progresivo del peso, un kilo por día próximamente, y la desaparición de los dolores de las articulaciones, de la molestia de la respiración, y, por consiguiente, la mayor facilidad en los movimientos y una agilidad completamente juvenil.



El Dr. Guelpa lleva quince años practicando su método, y afirma que sus resultados son maravillosos.

\*  
\* \*

UNA VERSIÓN DE LA MUERTE DE LUIS II DE BAVIERA.—Con el título de «La muerte de un rey», encontramos en la *Revue Hebdomadaire* el siguiente relato de la muerte, todavía no puesta en claro por la historia, del infortunado rey de Baviera Luis II, el gran protector de Wagner:

«El rey, declarado demente, acababa de ser encerrado hacía unos días en su castillo de Berg, bajo la vigilancia del doctor Gubben, cuando una tarde, una barca de aspecto misterioso y de marcha prudente, pero rápida, apareció en la extremidad del lago de Starnberg, cuyas verdes aguas bañan el parque en que Luis paseaba sus solitarias meditaciones; manejaban los remos robustos montañeses de los Alpes bávaros, y dos hombres, uno alto, delgado, con sombrero echado sobre el rostro, gran bigote y largas patillas, y otro, un sacerdote católico, estaban sentados en la popa hablando.

—¿De modo, monseñor—decía el cura,—que no hay peligro?

—Ninguno; la Iglesia y la Patria ganarán en ello; nuestra dinastía es la más popular de Alemania. Se recuerda que Baviera le ha dado en otro tiempo un emperador. Los hombres del Norte lo recuerdan también, y no ignoran que en nuestro rey hay madera para un nuevo César. Prusia lo sabe, y ha sido preciso que el genio entusiasta de nuestro príncipe fuese llamado locura. Se ha necesitado eso para que el partido prusiano y protestante triunfara. Pero ese proyecto condenado, al que quizá no resistiría la razón de nuestro amadísimo Luis, no puede ejecutarse. Por eso sus fieles súbditos han venido á arrancarle de su prisión. ¿Estáis seguro de vuestros hombres, señor cura?

—Respondo de ellos, monseñor; nuestros montañeses mori-



rían con alegría por nuestro rey. Ved su resistencia, su disciplina y su silencio. ¡Y qué tiradores!... ¡Oh, Dios! ¿Sería posible que Baviera recobrara su antiguo esplendor, que la religión floreciera de nuevo y que Luis ciñera la corona imperial?

Se acercaban; la barca tocó en una cortina de juncos. El gran chambelán, que estaba observando con un anteojo las cercanías del castillo, murmuró: «Es él que viene.» El silencio se hizo más profundo en la barca; las miradas se tendieron. A través de los troncos negros de los pinos se distinguía claramente la alta silueta del rey bajando con lentitud hacia el lago; algunos pasos tras él iba el Dr. Gubben. Entonces, uno de los montañeses llevó á sus labios el cuerno colgado de su cinturón, y las primeras notas del aria del *despertar* de *Tannhauser* resonaron. Al oírlo, Luis se irguió y bruscamente emprendió su carrera con Gubben á los talones. Llega á la orilla, ve la barca á algunas brazas, aparta los juncos y se mete resueltamente en el agua; pero su tenaz guardián le sigue; se arroja sin vacilar en el Starnberg, y se agarra á sus vestidos gritando: «¡Señor, señor!» Luis se detiene un instante, se vuelve hacia Gubben y le manda: «¡Soltadme!» Pero el alienista se hace el sordo; por un momento el puño formidable del rey se levanta sobre la cabeza de Gubben...; pero Luis se domina y continúa avanzando en el agua, cada vez más profunda, arrastrando consigo al doctor. El fondo cenagoso y las hierbas dificultan la marcha del príncipe, que, á pesar de su vigor, se detiene un instante. La barca está cerca y los montañeses le llaman. La presión de Gubben se debilita; el rey, con un último esfuerzo, como un león, lo sacude, y Gubben, agotado, desaparece en el agua. La salvación parece segura; el rey tiene libres sus brazos y su cuerpo; pero Gubben, que lucha con la muerte, le coge por las piernas y el rey vacila y cae.

En el castillo se ha dado el grito de alarma, y las balas silban sobre el lago. Los montañeses empuñan sus remos y los últimos defensores del último de los Wittelsbach desaparecen entre las brumas de la noche.



Después de algunas horas de investigaciones, y á pesar de sus corrientes traidoras, el verduzco lago de Starnberg restituyó sus dos víctimas, y al día siguiente los periódicos publicaban largos artículos sobre «el atentado contra la persona del rey de Baviera».

\*  
\* \*

FALSIFICACIONES ARTÍSTICAS. — Cuando, en lugar de valer 23.000 francos, no valían más que 5.500 *El escallo* y *El cántaro roto*, de Debucourt; y *El paseo* de Moreau, se vendía en 5.000, en lugar de 15.000; y por un busto de Luis XIV se pagaban 700 francos, en lugar de 42.500 que ha valido veinte años después, los falsarios no tenían interés ninguno en ejercitar su paciencia; pero hoy, que todo el mundo se las echa de inteligente, y quiere tener colecciones artísticas ó, por lo menos, algún trabajo de arte firmado por algún autor célebre, los falsificadores tienen ancho campo en que ejercitarse, realizando muy serios beneficios.

Estos plagiarios tienen asombrosa habilidad, habiendo algunos que hacen de su oficio un verdadero arte, como el difunto Groult, que había llegado á imitar los dibujos de Fragonard con tal perfección, que engañaba á los peritos mejor documentados. Lo difícil, con serlo mucho la imitación, es el llegar á dar á las obras ese sello de vetustez, esa pátina de antigüedad que parece garantizar la autenticidad de las firmas. Para ello, eligen desde luego una tela vieja, y cuando la pintura está seca, obtienen el tono dorado con un barniz de Holanda de color de sepia; impregnan luego los empastes con jugo de regaliza; hacen las resquebrajaduras con la punta de una aguja y dando martillazos sobre la tela, previamente cubierta de una placa de metal; cuecen luego los colores, colgando el cuadro en un horno de panadero, y... ¡sírvasse caliente! ¡ya está la pega preparada!

Al lado de la pega del artista está la del marchante. Algunas son verdaderamente épicas. Un corredor de Londres había



encargado á un especialista de Montmartre una *Escena de bebedores*, de gusto flamenco; entregado el cuadro, el corredor lo encuentra perfecto, pues nada falta en él, ni siquiera la firma de Jan Steen, ni la fecha de 1672, calcadas sobre un fac-símile de Rotterdam. Hasta tal punto llega la satisfacción del marchante, que dice al pintor: — Está tan bien este cuadro, que no sé por qué no lo firma usted; ahí tiene usted una paleta y pinceles; ponga usted su nombre en la tela.

El otro, creyéndose lanzado, no vacila; extiende una capa de pintura sobre la firma de Jan Steen, y la reemplaza por la suya. El cuadro sale para América; pero, al mismo tiempo que él, una carta anónima advierte á la Aduana la llegada de una obra maestra de la escuela holandesa, que se quiere hacer pasar bajo una firma moderna sin valor. El director de la Aduana de Nueva-York entregó el cuadro á una comisión de peritos, que no tardaron en descubrir, bajo la firma del autor desconocido, la famosa de Jan Steen. El corredor fué multado en 100.000 francos; pero pocos días después vendía en 250.000 su falso Jan Steen, declarado auténtico por los expertos de la Aduana.

\*  
\* \*  
\*

EL DIABLEO.—La señora Daniel Lesueur refiere que, estando en Londres, oyó entre dos señoras el diálogo siguiente:

—¿De modo que está usted verdaderamente contenta? ¿Se las arregla usted bien?—preguntaba la más elegante á su compañera.

—Ya lo creo—contestó ésta;—estoy encantada. Gano lo que quiero.

—Sus lecciones de usted deben ser muy estimadas.

—Ya no doy lecciones.

—¿Y qué hace usted entonces?

—Pues ahí verá usted: tengo una clientela de señoras del gran mundo, y... *diableo* para ellas.



—¡Cómo!... ¿Usted *diablea* para esas señoras? ¿Qué quiere usted decir con eso?

—Esas señoras quieren poder decir algo sobre todos los asuntos interesantes del día, faltándoles el tiempo ó la voluntad para formarse sobre ellos una opinión personal. Yo leo la novela nueva, la revista de la última pieza, los debates del Parlamento, el catálogo y la crítica de las exposiciones, las reseñas judiciales de las causas célebres, la invención de que se habla, el escándalo de que se murmura, la catástrofe que ocurre, todo lo sensacional, y colecciono frases y citas, y, provista de todo esto, voy á casa de mis abonadas y las surto de noticias, de opiniones y frases, para que puedan todos los días, ó una vez por semana, según el trato que hacemos, lucir su genio y su saber, en una comida ó en una recepción, en el paseo ó en el teatro. Eso es lo que se llama *diablear* para esa señora.

—Y ¿tiene usted muchas clientes?

—Más de las que puedo atender.

—¿Se lo pagan á usted bien?

—¡Oh, *my dear!* ¡Ya lo creo!

FERNANDO ARAUJO



## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

*La magistratura*, per Eduardo Piola-Castelli.—Torino, Unione tipografico-editrice torinese, 1907.—Un volumen de 440 págs., 8 liras.

La índole y el contenido de este libro los indica el subtítulo que el mismo lleva, á saber: *Estudio sobre la organización judicial en la historia, en las leyes extranjeras, en la legislación italiana y en los proyectos de reforma*. Es de advertir, no obstante, que los únicos países cuya organización judicial expone son los mas conocidos, tanto de Europa como de América, y son: Inglaterra, Francia, Alemania, Austria, Bélgica, España, Suiza, Estados Unidos de América y, desde luego, claro está, Italia, al estudio de cuya organización judicial, ya en la Italia antigua, ya en la actual, á partir de su unificación política, ya en las reformas proyectadas, dedica el autor las dos terceras partes de su obra. Pero ni de los pueblos escandinavos, ni de los eslavos, ni de Turquía y otros Estados europeos, trae noticia alguna, ni tampoco dice nada de la organización judicial existente en las muchas naciones civilizadas de América (aparte la gran república de los Estados Unidos), de Oceanía, de Asia y aun de Africa.

A pesar de todo, el lector no perderá el tiempo consagrado á este libro, pues encontrará en él un cuadro bastante completo de la organización judicial vigente en los citados países



---

Europeos y de Norte-América. Tal vez, sin embargo, los datos que el Sr. Piola-Castelli ha recogido adolezcan alguna vez de deficiencia y aun inexactitud. Por lo menos, en lo que se refiere á España, no son todo lo completos ni fieles que deberían. El autor ha tenido á la vista, para coleccionarlos, pocas fuentes, y éstas anticuadas: tales son, cuando menos, las que él cita expresamente.

P. DORADO



# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>Literatura fraudulenta: La ilegitimidad del Buscapié</i> , por Alberto Blanco.....	5
<i>La lengua española entre los judíos</i> , por Rodolfo Gil.....	30
<i>El cristianismo español según Angel Ganivet</i> , por Mauricio Legendre.....	44
<i>Goya</i> , por Valeriano de Loga.....	74
<i>Parnaso internacional: A una joven árabe, que fumaba el narguilé en un jardín de Alepo</i> , por Lamartine.....	102
<i>Los tapices flamencos de la Exposición de Zaragoza</i> , por Emilio Bertaux.....	106
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	126
<i>Un veredicto injusto</i> (Troens-Magt).—Novela por Johan Bøjer....	138
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	163
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	174
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	206